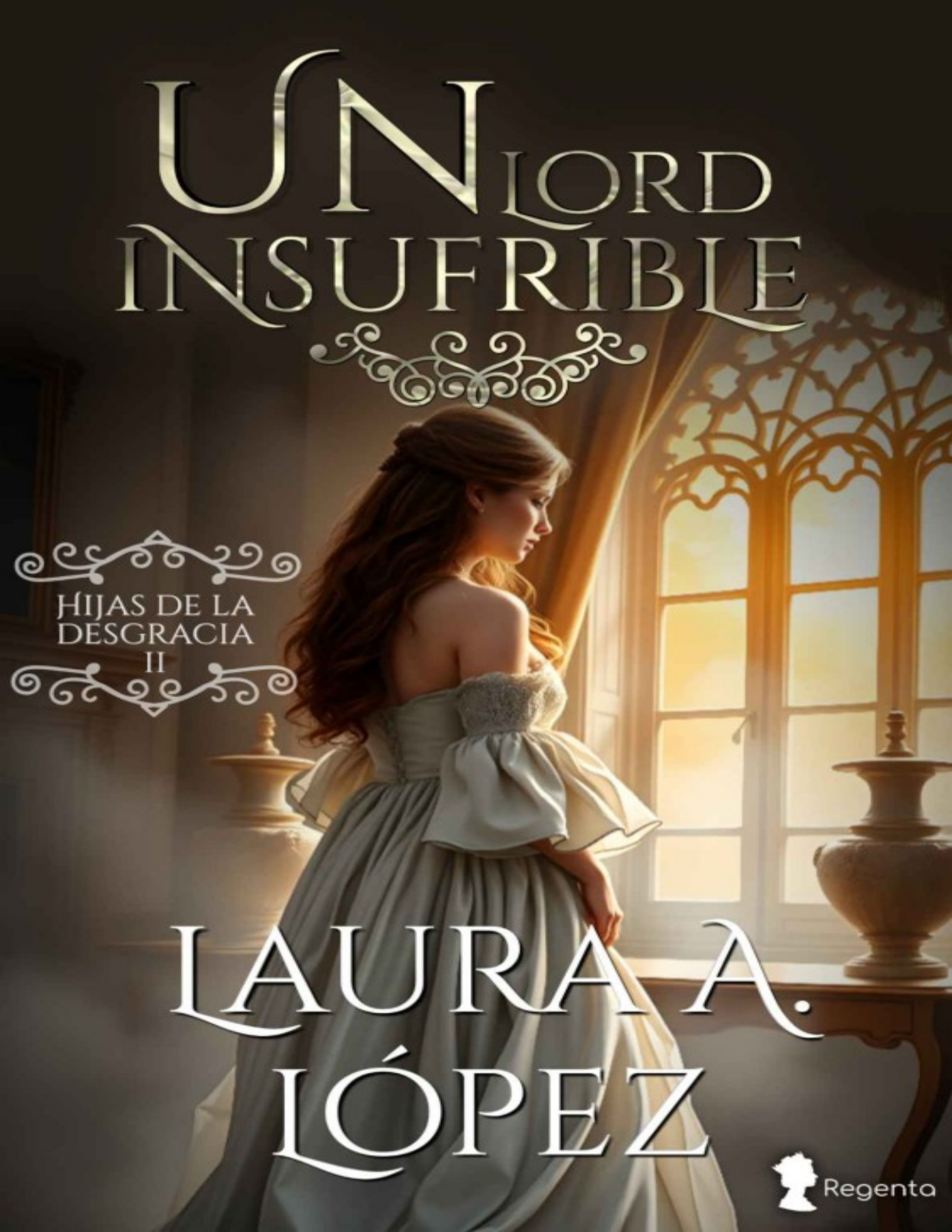
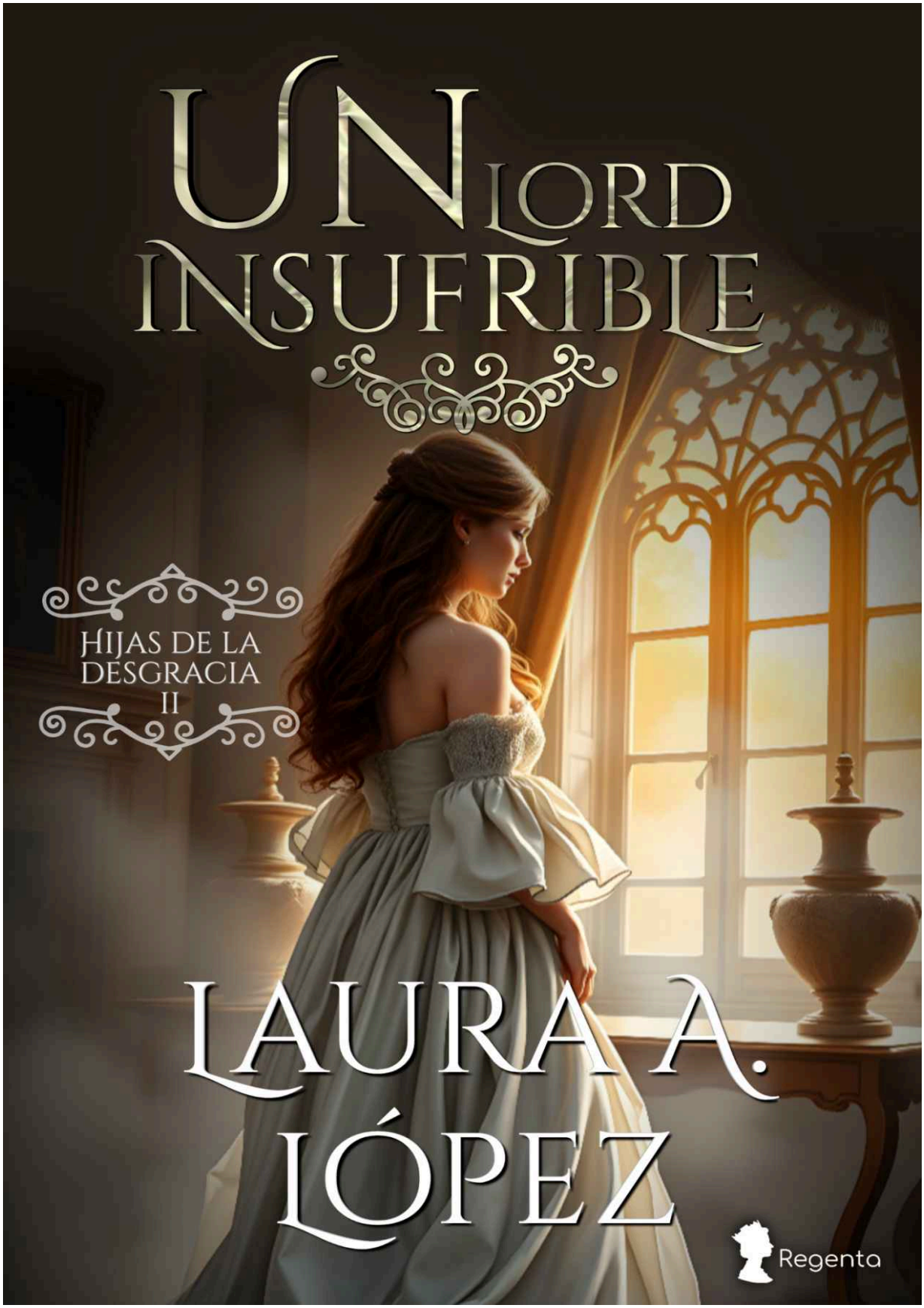
# UN LORD INSUFRIBLE

HIJAS DE LA DESGRACIA
II



LAURA A. LÓPEZ

Regenta


UN LORD INSUFRIBLE
HIJAS DE LA DESGRACIA
II
LAURA A. LÓPEZ
Regenta

# Un lord insufrible

Laura A. López

© TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS.

CORRECCIÓN: SANDRA GARCÍA

IMAGEN: PIXABAY



# Contenido

Contenido
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Final
Continúa con la serie Hijas de la desgracia
Si te gusta el romance contemporáneo, podría gustarte…
Si te gustó No me convencerás, podría gustarte…
Biografía

# Capítulo 1

En la residencia de John Preston se preparaban para una de las cenas mensuales que tenían con Lily y su esposo, el marqués de Archer. Llevaban casados casi siete meses. Para la nueva marquesa todavía representaba una gran dificultad la vida de casa y más porque extrañaba a su familia. Dormir en una habitación solitaria no era algo a lo que estaba acostumbrada, Daisy siempre fue su compañera.

—Esta mesa quedará pequeña en un año más, milord —dijo Matthew Rogers, el marqués de Archer—. Cuando llegue su próximo yerno. Daisy no va a defraudar a la familia.

—Es cierto. Estuve pensando en un candidato para ti. Julian es un conde, quizá con problemas de vista, no muy graves, no te preocupes... —manifestó Lily, la esposa del marqués, sonriente.

—Lo vi en la boda, es bien parecido, pero creo que puedo conseguir a otro caballero —alegó Daisy Preston.

—Demasiadas novelas románticas en la biblioteca de nuestro padre. Ella debería estar leyendo cosas sobre filosofía... —expuso Iris en tono burlón.

—Ninguna de mis hermanas se casarán con hombres aburridos que amen más las artes filosóficas que a una dama. Aprendan de mi esposo que prefiere a una fémina.

—O a un par de féminas, Lily, ¿no recuerdas que tu esposo era peor que un picaflor antes de casarse contigo? —masculló Primrose.

Matthew casi se atragantó con el vino que estaba bebiendo justo en aquel momento. Sus cuñadas eran un par de víboras

agazapadas esperando arrojarse sobre el primer roedor o reptil que estuviese cerca para morderlo. Lastimosamente, fue el primero en entrar al nido. Lo hizo tentado por Lily, pero con cada cena compartida comenzaba a arrepentirse de sus decisiones.

—Eso solo era para darme celos. Pregúntate quién es la marquesa. No veo a ninguna de esas aquí... —dijo Lily con altivez.

—¿Se pondrán a pelear por cosas que pasaron? Seamos felices. Estas cenas son para agasajar a las niñas que se casan al igual que a los próximos varones que tendrán esposas. Una nueva tradición familiar —anunció Martha Preston, esposa de John.

William Lowther, duque de Welberg, y Dimitry Preston, conde de Preston, miraron hacia otros lugares a causa de la insinuación de la matriarca de la familia.

—No quiero que mi mesa quede vacía. Es mejor tener nuevos miembros en la familia... —musitó John, sonriente.

—Creo que es el momento de comunicar que la mesa quedará más pequeña en un par de meses —comentó Matthew un poco nervioso. No sabía cómo tomarían la noticia.

Ninguno comprendía lo que querían decir hasta que Camellia, la mejor, cogió su copa de jugo y dio un sorbo.

—¿Van a tener un bebé? —preguntó Camellia, pero nadie le contestó, porque se armó un gran alboroto por parte de Martha, mientras que John ocultaba sus emociones detrás de sus manos que cubrían su rostro.

Daisy sintió un vuelco en el estómago y miró a Lily. Ya no era una niña, era una orgullosa mujer casada. Sufrió para dar aquel paso y estaba más que feliz por su hermana, solo se sentía extraña. Su habitación solitaria era un recordatorio de que su vida estaba

cambiando. Ella debía ser la próxima en casarse y no sabía por dónde empezar.

—¿No vas a felicitar a Lily? —curioseó Primrose al ver a Daisy perdida en sus pensamientos.

—Sí, por supuesto. Un nuevo miembro en la familia siempre es bienvenido... —dijo sonriendo.

Sus hermanos no estaban tan felices, sabían cómo habían concebido a ese bebé y se sentían incómodos al imaginar a su hermana en esas condiciones, aunque tuvieron que unirse a la corriente de felicitaciones.

—¿Cómo supiste que estabas embarazada? —indagó Martha, interesada en aquel tema, puesto que nunca pudo quedar encinta.

—Me sentía mal todas las mañanas y no podía comer lo que siempre me gustaba. Aparte de calambres y dolores en los senos. No es tan glamuroso como se escucha —confesó Lily. Pudo haber dicho que era lo más maravilloso del mundo, pero no, los síntomas eran horrorosos.

—¿Has pensado en que si es una niña tendrás que volver a embarazarte? Eso suena incómodo —alegó Iris, pensativa.

—No, no quiero pensar en que algo salga mal. Considero que después de tener tantas hermanas, Dios me dará varones y a mis hermanos les dará niñas —se burló Lily.

—Que el castigo se te devuelva, Lily —masculló Dimitry, juguetón.

Todos en la mesa rieron y continuaron hablando de muchas cosas y, por supuesto, el asunto de un heredero era motivo de

orgullo para Matthew que no dejaba de decir que sería un varón que llevaría su riqueza para las próximas generaciones.

Cuando la cena terminó, la casa se sumió en un silencio calmado. La señorita Bruster hacía su último recorrido por el largo pasillo de las habitaciones de las niñas. Al de sus hermanos no llegaba. Siempre cuestionaba la razón por la que ellos no se habían mudado a sus casas. Tenían mansiones en Londres, pero ellos preferían vivir en el cuarto que compartían desde la infancia. Daba la sensación de que no querían dejar solos a Martha y John y tampoco descuidar a quienes todavía quedaban en esa casa.

La cama que perteneció a Lily todavía parecía tener su aroma. En el tocador solo quedaban sus cosas, no estaban las joyas, peinetas, horquillas, peines y perfumes de su hermana. Casarse cambiaba por completo sus vidas. Antes de esa noche le preguntó a la nueva marquesa, cómo se sentía dormir con su esposo y ella le contestó que escasamente dormían juntos, porque el marqués era incapaz de quedarse en una parte de la cama, lo llamó el síndrome de la estrella de mar: acaparaba todo el lecho. Lo mejor era que cada uno tuviese su espacio. Entonces, Daisy se preguntaba, ¿el matrimonio no era para sentirse acompañado? Al parecer, eso no significaba soportar las manías de otros.

Sin poder dormir, dio vueltas en la cama hasta que no pudo más, se levantó, encendió una lámpara, cogió un libro de los que tenía en la mesilla y se colocó en la ventana. Prefería ver cómo Londres dormía en compañía de una de sus novelas que llenaba esos espacios de soledad de cada día.

Estuvo despierta sin saber qué hora era hasta que comenzó a rendirse. Lo único que sabía era que no estaba amaneciendo.

Dejó lo que tenía cerca de la ventana y bostezó varias veces hasta quedarse dormida en su cama. Cuando la señorita Bruster entró a la habitación esperando que solo necesitara que se le

acondicionara el pelo, se dio cuenta de que Daisy dormía como una roca.

Se retiró y fue a despertar al resto. Aquellas otras eran bulliciosas y no se quedaban quietas cuando estaban cargadas de energía. Daisy también era así, le gustaba ser extrovertida y vivir la vida a su manera; sin embargo, como educadora, ella sabía que eso no sería bueno para ninguna de ellas, pero eran mimadas por los dueños de la casa y no podía hacer demasiado si siempre las consentía.

El sonido de sus hermanas corriendo por los pasillos hizo que ella despertara, pese a sentir somnolencia. Era una persona de sueño ligero.

Al levantarse y observar de nuevo la cama vacía que le perteneció a su hermana, Daisy suspiró con fuerza. Sentía tristeza al despertar sola. Desde la noche anterior se encontraba más pensativa que de costumbre, retraída en sus libros en ocasiones y si no estaba ahí, se perdía en las eternas dudas de una debutante sobre lo que encontraría al ir a una velada.

Lily le había dado un breve adelanto de lo que era una temporada social. En términos sencillos lo describió como: miserable, insufrible y casi eterna. Eso no era alentador. Ella se alegró por casarse apenas a los dos meses de su compromiso a fines de la primavera, pero a su paso dejó un rastro de duda en Daisy que, según sus novelas románticas, conocería a un hombre apasionado, de palabras grandilocuentes y poesías infinitas, pero tenía miedo de encontrar a alguien que amara más a sus caballos o su trabajo en el parlamento. Entonces, comenzó a hacer una lista de solteros elegibles. El que amase más a sus animales o a alguna corriente filosófica, sería un no rotundo. Ella quería ser el centro de su esposo, porque Daisy lo tendría a él como el suyo.

Bostezando y tropezando con su propia alfombra, fue hasta su tocador en donde comenzó a arreglarse con desánimo, porque todavía estaba cansada. Dejó caer su cabeza en la madera y cerró los ojos por un rato. Ni siquiera el sonido de la puerta abriéndose llamó su atención.

—Daisy, es extraño que no bajes a desayunar con tu hermana —dijo Martha que se acercó y acarició los hombros de su hija.

—No dormí bien, madre. Estuve despierta toda la noche leyendo.

—Querida, hemos hablado sobre esos libros que te compró tu papá. Recuerda que no es la realidad, no es para que lo tomes en serio.

—Sé distinguir la realidad, madre, y creo que eso es lo que me duele.

—No escuches a Lily cuando habla mal de lord Bremerton. El asunto es sencillo: él no es hombre para ella, pero eso no significa que otra mujer no pueda apreciar lo que ofrece.

—¿Y qué ofrece?

—Mucho. Una dama puede prescindir de su esposo, pero no del dinero. Si los caballeros mantienen bien a su esposa, ellos pueden hacer lo que deseen, eso no significa que no la aprecie y no la valoren. La mano de una dama se ve en su casa. Por ejemplo: tu padre sabe que me ocupo de todo y él atiende sus asuntos.

Los gritos estridentes de Iris y Primrose estirando un listón hicieron sonreír nerviosamente a Martha. Esa casa no era el mejor ejemplo de armonía en algunos momentos del día.

—Lily dice que no duerme con su esposo, ¿eso está bien?

—No me hagas pensar que no prestaste atención a las clases de tu institutriz. Lily hace lo que debe, lo que significa que dieron esa clase y no prestaste atención.

—Lo oí, pero no entiendo la razón.

—¿Dormirías con alguien que acabas de conocer? Los compromisos son de meses. No sabes si tiene malas costumbres al dormir o si ronca como si fuese un monstruo en la oscuridad.

—Pero si Lily lo conoció al menos dos meses antes de casarse y en la primera noche durmieron juntos.

—Para consumar el matrimonio, si no lo haces, es probable que tu esposo quiera devolverte.

—Eso sería desafortunado.

—Sí, entonces, no pienses en esas tonterías. Si tu esposo no ronca y no te roba la manta, duermes con él y es todo.

—¿Usted duerme con mi padre?

—¿Qué pregunta es esa, jovencita?

—El ejemplo, madre, el ejemplo.

Eso mismo era lo que le explotaba a Martha en la cara. Sus propios dichos vueltos en su contra eran un gran problema con niñas tan perspicaces en esa casa.

—Tu padre habla dormido con sus clientes. No puedo dormir con él, querida. ¿Eso responde tu pregunta?

—Sí, pero me deja más dudas sobre qué tipo de hombre traeré a mi vida. ¿Cree que deba preguntar a cada candidato sobre qué hace al dormir?

—Te quedarás soltera y pecarás de tonta. Ni se te ocurra abrir la boca para una tontería de esas. —Martha cogió el peine y comenzó a peinar el cabello de Daisy para formar sus ondas.

Daisy rio porque sabía que su madre podía desesperarse con poco. Entendía lo que ella quería decirle, pero su curiosidad no era tan buena consejera. Su lista de filtros para esposo se estaba alargando, sumado a no querer políticos y hombres que quisieran solo a los animales, tampoco deseaba alguien con malos hábitos.

Cuando su mamá terminó de arreglarla, ella bajó al comedor para desayunar con sus hermanas. Primrose e Iris tenían sus manos atadas con el listón por el que estuvieron peleando minutos atrás. No hacía falta decir que la señorita Bruster las encontró en medio del escándalo y las castigó.

—Se ve que no has dormido —comentó John dirigiéndose a Daisy en medio del desayuno.

—No me gusta estar sola en la habitación. ¿Alguna de mis hermanas puede dormir conmigo? —indagó Daisy.

Las otras tres niñas se miraron y señalaron mutuamente, ninguna quería dejar la comodidad de la habitación. Se sentían como trillizas.

# Capítulo 2

Charles Mulgrave, conde de Mulgrave y primer lord del Almirantazgo, era el presidente de la junta de Almirantazgo que era un departamento de gobierno que administraba la Marina Real.

El conde ni siquiera sabía cómo había llegado hasta ahí. Su vida política era apenas algo relevante en su existencia, le aburría y eso lo hacía notablemente arrogante. La gente lo describía como petulante, asocial y desagradable. No veía la hora de que lo reemplazaran para poder ser libre de la carga. No podía decir que le desagradaba el mar, tenía un gran barco que usaba para cruzar el océano. El suyo era para atender sus propios negocios y después tenía los barcos de la Marina.

Disfrutaba subir en a ellos y velar por la seguridad de su país; sin embargo, la política no lo entretenía lo suficiente. Cuando tenía tiempo libre, practicaba boxeo y esgrima. Sabía de eso para poder manejar con mano de hierro la gestión de la Marina Real en los aspectos militares.

De ser un hombre inteligente, educado y rico, su padre lo obligó a esto, como si fuese un cargo hereditario y, para los demás, era más fácil escoger al hijo de alguien que ya fue lord del Almirantazgo. Sus padres comandaron su vida desde el principio. No lo dejaron pensar por sí mismo para lo que deseaba hacer. Ninguno de ellos quiso que se convirtiera en un libertino, por lo que no podía usar el dinero a su antojo. Fue inútil luchar para ser libre, hizo lo que pudo en sus años de jovenzuelo sin dinero y, siendo un hombre pensante, sabía que no necesitaba una sola moneda en el bolsillo, para eso tenía amigos con recursos. Mark Sloan, conde de Milltown, un irlandés que gustaba de la vida londinense. Su amistad había superado cada adversidad y él se había quedado a vivir en el país.

Pese a que su amistad lo había ayudado durante sus años mozos, no pudo evitar que lady Mulgrave, su madre, cuyos tentáculos llegaban a la corte, hiciese llegar a Su Majestad, el pedido de una esposa para Charles.

Nueve meses atrás, el conde recibió una misiva de la corte, en donde Su Majestad ordenaba que contrajera matrimonio en el plazo de dos años. De eso ya se habían cumplido nueve meses y sumando. De por sí era una desgracia buscar esposa, pero lo peor era que ninguna era de su agrado. Todas le parecían sosas, tontas e ignorantes. Su apatía se reflejaba en cada movimiento, no le interesaba el matrimonio, no quería seguir siendo manejado por nadie. Quería ser el cochero, no el carruaje. Suficiente fue vivir en el infierno con su madre, cambiar de diablo sería regresar al mismo sitio.

—No puedes pensar en que todo es malo, Charles. Inglaterra posee a las mujeres más hermosas —dijo Mark Sloan.

—Para ti. Para mí todas son sin gracia, tontas a morir. No estoy acostumbrado a convivir con ellas.

—Solo porque no quieres. Eres un hombre frío. Deberías pensar en abrir tu mente...

—¿Abrir mi mente? ¿A qué? ¿A casarme con alguien igual que mi madre? Mejor me disparo en la entrepierna.

—¿Sabes cuál es el problema? Que lo primero que quieres es ir a buscar a una mujer idéntica a tu madre, que arrastre tu hombría por el empedrado de la ciudad. Si ya sabes lo que no quieres, ¿qué demonios te cuesta pensar en lo que quieres?

—No hay una mujer fina, inteligente y preparada.

—¿Quieres una esposa o una institutriz? Las damas deben ser vivaces, capaces de robarte una sonrisa, hablar con coquetería... ¿por qué buscar a alguien aburrido?

—Para mi tormento, debe ser lo más adecuada posible. Sabes que me reúno con personas de la junta de Almirantazgo. Que el demonio me libre de encontrar a una mujer como la que describes.

—¿Para cuidar una carrera que ni siquiera te gusta y no necesitas?

—Me mantiene entretenido.

—¿No hay más entretenimiento que trabajar? Puedes jugar al ajedrez conmigo, aunque sé que no represento un digno oponente. No soy tan inteligente, prefiero vivir la vida como venga. ¿Para qué complicar lo sencillo? Para eso estás tú. —Mark se sirvió más whisky en su copa y le agregó un poco a la de Charles—. Bebe, mi amargado amigo.

Aquel cogió la copa, dio un sorbo y después la dejó a un lado.

—Hace un par de meses se casó la sobrina del letrado. Me pareció que podía ser una mujer inteligente por ser pariente de alguien con la preparación de ese hombre, pero quedé decepcionado al ver su elección. ¿El marqués de Archer? ¿No pudo joder su existencia con un ser menos razonable que él?

—Pues ella tampoco lo es. Rechazó a lord Bremerton.

—Ese lord es un fanático irracional, pero preocupado por su país. Compadezco a la dama que se casará con él.

—¿Y qué tal la otra sobrina? Esa con la que te cruzaste en la boda. Debuta esta temporada. El letrado tiene muchas niñas bajo su techo, solo que no te alcanza la sentencia para fijarte en las demás.

—¿Esa niña que ni siquiera mira su camino? ¿Quieres que me muera en la primera noche?

—Yo la vi feliz. No me parecía una mujer tonta, quizá emocionada por la boda de la joven a la que consideraba su hermana o no sé si es su prima, ya sabes. Ese lugar es una cueva de huérfanos.

—Sí. Entablé contacto con lord Preston y el duque de Welberg. Considero que serán de utilidad en cualquier momento. Esa familia tiene lo que un hombre ambicioso necesita.

—¿No te consideras ambicioso? Al parecer, el marqués sí lo es.

—Por supuesto que tengo ambiciones. Una de ellas es sobrevivir a la orden de casarme.

—Amigo, eso no es ambición, es codicia.

Los dos brindaron y terminaron riendo en el salón de Mark, puesto que Charles llevaba al menos unos diez años sin pisar su residencia oficial como conde de Mulgrave, puesto que vivir bajo el techo de su madre era un verdadero suplicio.

Con el tiempo, Charles prefería las noches privadas en la casa de su amigo o en la suya. En escasas ocasiones, cuando él no estaba de viaje, iban a burdeles a mirar mujeres o en el mejor de los casos, tocarlas. Durante su momento rebelde de juventud, cualquier agujero era una trinchera; no obstante, con el tiempo, prefería algo más elegante, uno que otro affaire con una viuda o solterona. Era un hombre de honor, jamás tocaría a la mujer de otro, prefería sacarse los ojos que fijarse en alguien prohibido.

Llevaba al menos un año de una sequía femenina, pronto buscaría a alguna vieja conocida para pasar una noche llena de

lujuria, en la que dejaría escapar todos sus demonios que estaban contenidos en su mente. Lo que no podía decir su boca, lo acumulaba en el corazón. Esperaba que nunca se desbordara o terminaría en un desastre.

Al regresar a su residencia de soltero, un poco atontado por la bebida, su sirviente, Steve, lo miraba como si le pidiese socorro.

—¿Qué pasa, Steve? No me gustan las mímicas —gruñó pasando junto a él solo para darse cuenta de que en su salón se encontraba un espectro: su madre—. Debiste decirme algo...

—Usted dijo que no le gustan las mímicas.

—Charles, ¿por qué no vas a tu casa? Esta residencia es indigna de ti. Oh, mírate, ebrio. Qué desagradable. Siendo alguien tan importante para tu país, no deberías arrastrarte por la bebida. Si estuvieses viviendo bajo mi techo.

—Qué me aspen. Ni en mis pesadillas reviviría estar en su casa, milady. Prefiero beber orina de caballo.

—¿Y ese lenguaje? Todos los perceptores caros y de gran reputación que pagamos no han servido de nada.

—Por supuesto que sirvieron, me dejaron la piel quemada y golpeada por sus grandes métodos de enseñanza. ¿Todavía pretende preguntar la razón por la que no me ve? No sea ridícula.

—Desagradecido. No serías nadie sin tu padre y sin mí, Charles.

—No pedí ser esto. No quiero esta porquería de vida, ni a usted que no vale una moneda después de lo que hizo. ¿Por qué mandó una carta a la corte?

—Herederos, querido. Es momento de que los tengas. El próximo año cumples veintinueve años.

—Si yo tuviese una esposa e hijos, nunca los vería ni tocaría, ¿escuchó bien o lo repito más fuerte para que retenga eso en su memoria?

—Soy tu madre, a mí te diriges con respeto —ordenó con prepotencia.

Charles rio sin humor.

—Baje de su burro, milady. Porque me parió, he tenido consideración y no la eché como a un perro, aunque lo merezca. No intente volver aquí o no respondo. Está abusando de su posición, ahora quién tiene el poder soy yo y no usted. Aprenda humildad. Si no lo demuestra, quizá traiga a uno de esos preceptores para que la eduquen a golpes.

—Grosero. Solo quiero lo mejor para ti. Eres primer lord del Almirantazgo, algo importante y tu hijo también debería serlo en el futuro.

—Esta maldita costumbre se acaba conmigo. Lárguese...

—Te arrepentirás...

—Sácala, Steve.

—No te atrevas a tocarme, sirviente inmundo. Las cosas no se quedarán así, Charles. Me debes respeto.

—Bla, bla, bla... —El conde hizo un ademán con la mano para que se retirara.

La mujer elegante se retiró con el rostro agrio por la grosería de su hijo. Dio un portazo y dejó a los hombres en silencio.

—Su madre tiene un carácter insufrible.

—Por algún lugar debí salir tan parecido. Quería arrastrarme a su control otra vez, pero llevo años siendo feliz y viviendo mi vida sin ella.

—Ella es capaz de cualquier cosa con tal de tenerlo bajo sus alas como si fuese una gallina, milord.

—Ya no soy ese niño tonto que dejó que decidieran por él. Mi vida es mía y yo escogeré. Esa maldita bruja vivirá lejos de mí. El respeto ya no existe en mi caso. No pueden manejarme, chantajearme o manipularme de ninguna manera. Mi padre está muerto y solo falta que ella le haga compañía.

—Cualquiera que lo oyera diría que es un hombre cruel.

—¿Y cómo más puedo ser con esas personas de mi familia? Mínimamente, soy una víbora.

Steve sonrió y al ver que su patrón se sentó en el salón, se dispuso a servirle whisky. Sabía que estaba tomado, pero como estaba de permiso para buscar esposa, se le permitía hacer lo que quisiera en privado. No tenía que cuidar ninguna apariencia.

—¿Desea algo más, milord?

—Sí, una manta, dormiré aquí. No quiero subir, estoy cansado. Trae unos cigarros para que me acompañen y ve a acostarte. Mañana debes empezar el día temprano. No te preocupes por llenar mi copa, puedo hacerlo solo, quizá se me caigan unas gotas, pero no será nada importante.

—Sí, milord.

El sirviente hizo todo lo que él mandó y después se retiró. Alrededor de Charles todo era oscuro, solo una lámpara, que estaba a su lado, hacía un pequeño claro en la oscuridad. Entre el mareo a causa de la bebida, recordaba varias cosas de forma desordenada. Su infancia infeliz llena de instructores que parecían sacados del infierno. Una juventud privada de lo que cualquier joven rico desearía y una adultez decadente con un oficio que, pese a que le daba orgullo, despreciaba. Esperaba que pronto lo destituyeran, llevaba tres años en el puesto y estaba cansado de lo que significaba. Prefería ser ignorante como los demás, sin enterarse de los verdaderos problemas de Inglaterra y de lo que se gestaba en Europa y fuera de ella. La ignorancia mantenía feliz a las personas y él, en cierta forma, quería ser tan feliz como todos ellos, aunque su propia personalidad se lo impedía.

Entendía que era un hombre tosco en el trato con quien no le agradaba y prefería alejarse de la gente que parecía demasiado contenta. Esa tendencia era una lucha constante, porque esas personas lo asustaban, no podía creer que existiesen humanos con vidas plenas y felices desde que eran pequeños. Su amigo, Mark Sloan, era una de las pocas personas optimistas que conocía y el que más llenaba su mente de ideas absurdas, pero que, dentro de sí, Charles quería llevar a cabo.

# Capítulo 3

Para tristeza de Daisy, ninguna de sus hermanas quiso mudarse a la habitación de ella, por lo que a Iris se le ocurrió una idea brillante: sacar la cama sobrante, porque dijo: «ojos que no ven, corazón que no siente».

Primrose, Iris y Camellia no querían separarse. Sabían que llegaría el momento de que ese grupo perdieran miembros, pero dijeron que lo afrontarían al llegar el día.

La habitación se sentía enorme y su cama ocupaba el medio, ya no estaba de un lado. El esfuerzo por hacer que se sintiera mejor no funcionó del todo, pero era una solución temporal, quizá con el tiempo lograra tranquilizarse. Además, no le quedaba demasiado tiempo en la casa. Empezaría la temporada y la búsqueda de un esposo.

Pasaba mucho tiempo en la biblioteca, buscando entre libros un refugio ante la duda, el temor y la soledad. También escribía en un cuaderno sobre sus descubrimientos o cualquier cosa que merecía su atención.

Mientras escribía una de sus nuevas ideas para buscar esposo fue interrumpida, sin querer, por la señorita Bruster.

—Disculpe, milady. Llevaré unos libros para sus hermanas. Están impacientes por algo de emoción.

—¿Emoción? Si quiere ver emoción debería darles cuchillos, estos libros harán que se duerman. Sabe que no son tan hábiles con las lecturas.

—En la vida hay dos opciones, milady. Puede potenciar sus debilidades y corregirlas, o solo puede concentrarse en lo que sabe hacer dejando atrás múltiples habilidades.

—Prefiero hacer bien una cosa que muchas mal.

—Cada uno tiene sus métodos. Mis pupilas estarán preparadas. A usted le conviene practicar el pianoforte. Para conquistar a un esposo no es necesario que lea para él en una velada.

—Tal vez, pero esto ayuda a mi vocabulario, señorita Bruster. Tomaré en cuenta sus recomendaciones. Me quedaré una hora más escribiendo y después iré a practicar.

—Muy bien, milady. Recuerde que tiene a una hermana marquesa, hay mucho que superar.

La señorita Bruster la dejó sola y Daisy rodó los ojos, moviendo la boca como si estuviese imitando las palabras de la institutriz. Aquella pensaba que estaban compitiendo entre ellas; no obstante, lo único importante era un esposo que las solventase hasta el último aliento.

Después de que la mujer se fuese, ella intentaba concentrarse en lo que había estado escribiendo. Al menos eso levantaba su moral. Cuando terminó, cogió otro libro que suponía que devoraría en un par de semanas. Era grueso y tal vez detallado en los aspectos poéticos del romance.

Su familia le hacía pensar que el amor existía, pero que el romance era un verdadero mito, algo que solo existía en la imaginación popular o pertenecía a la corriente de las personas soñadoras como ella. En el tiempo en que vivía, el amor estaba sepultado bajo gruesas capas de monedas que servían para que todo siguiera en pie. El interés estaba sobre cualquier sentimiento, incluso de la empatía. Suponía que Lily despertó en el último

momento para conseguir esposo, porque lo había rechazado por algo tan simple y corriente como el dinero. Quizá hablara de su privilegio de ser una niña criada en cuna de oro, pero después de crecer entre tantos sentimientos encontrados, creía que eran importantes. Perdió a sus padres y consiguió otros que son amorosos y que jamás le hicieron faltar nada y menos afecto. Esa casa era perfecta con todos sus defectos. Su padre era despistado con ellas, pero las amaba. Su madre era sobreprotectora, mas las adoraba. Lo único que hacía falta en ese lugar era cordura.

Pasaron las horas y Daisy olvidó ir al pianoforte. Perdió su oportunidad al oír a una de sus hermanas tocándolo. Salió de la biblioteca con el libro tapando su camino.

—No tardas en darte con algo en la cabeza —le advirtió Dimitry que pasaba cerca.

—Conozco esta casa como la palma de mi mano, no me va a pasar nada —replicó siguiendo con lo suyo.

Atravesó la sala hasta que se golpeó las rodillas con una silla.

—¡Demonios! —gruñó soltando el libro para cogerse la parte lastimada y darles un poco de cariño.

Sus hermanas se desternillaban de risa. Era evidente que una de ellas fue la que hizo la diablura de mover esa silla, porque aquel no era su lugar.

—¿Quién de ustedes se atrevió a esto? —cuestionó, enfadada.

Las tres señalaban hacia la escalera, en donde estaba sentado Dimitry.

—Te lo dije, el golpe era inminente... —dijo burlón.

—¡Oh, señor conde! ¿No se te ocurrió una mejor idea que hacer eso? Eres un niño. Cuando le diga a mi padre, tendrás tu merecido.

—Inténtalo, veremos si te hace caso.

La joven levantó la barbilla con altivez y fue cojeando hacia el despacho de su padre. Golpeó un par de veces y al no recibir respuesta, abrió y entró. El lugar parecía vacío, pero los zapatos de su padre se veían bajo la cortina. Fue hasta ahí y lo descubrió.

—Padre, debe corregir a Dimitry. Ha hecho que me tropiece. ¿Cómo bailaré si estoy lesionada?

John suspiró y salió de su escondite. Al parecer ellas ya sabían todas sus mañas. Sin mediar palabras le dio una bolsa de dinero.

—Olvida el asunto, querida. Tu hermano solo estaba jugando.

—Padre, no estamos hablando de un crío, sino de un hombre de más de veinte años.

—Compra algo bonito, Daisy. Ahora déjame trabajar. —El letrado le dio un beso en la frente mientras la acompañaba hacia la salida de su despacho y cerraba la puerta tras ella.

Siempre supo que su padre la ignoraría. Gracias a esa bolsa de dinero entendía la razón por la que ella no le daba la misma importancia que otras personas.

No regresó al salón con el rabo entre las piernas. Les enseñó a sus hermanos lo que su padre le había dado por la queja presentada

—Gracias, Dimitry. Agrandas mis arcas con tus tonterías —musitó pasando a su lado.

—¿Por qué a nosotros no nos da dinero? —interrogó Dimitry.

—Porque quejarte de tus hermanas habla mal de ti y nuestro padre no pagará por niños llorones —replicó perdiéndose en el pasillo del área de dormitorios.

Con lo que tenía guardado podría comprar un caballo. Su padre solía ser generoso al extender la bolsa para calmar bocas. No le sorprendería saber que de alguna manera ha hecho eso con algunas personas en su trabajo.

Con el paso de los días, comenzaron a llegar las primeras invitaciones de la temporada. Su padre no la llevó a la pequeña antes de la oficial como lo hizo con Lily. Al menos esta vez no tenía algo escondido para ella, no había seleccionado un candidato, por lo que todo dependía de los gustos de Daisy y ella no dudaría en ponerse exigente.

Para su primera noche, Lily y Matthew también acompañarían a la familia. William y Dimitry no pensaban pisar un salón lleno de debutantes por seguridad, puesto que podrían ponerse intensas y ellos creían ser muy jóvenes para sufrir tal acoso.

—Mi consejo es... —habló Lily que estaba ayudando a Daisy para que se viese perfecta— aléjate de los hombres sin dinero, pueden ser persuasivos. Sé que crees que te dedicarás a alimentar indigentes con el dinero de la familia, pero no es la realidad. Un esposo rico es lo que conviene, pero uno al que ames. Que eso tampoco obstruya lo que sientes.

—No quiero hacer caridad con ningún dinero familiar, Lily, será con el de mi futuro esposo —se burló Daisy.

—Hay buenos candidatos, solo debes saber escoger.

—O ser escogida, Lily. Entiendo cómo funciona esto. Es difícil coincidir con alguien que sí quiera casarse.

—Solo preocúpate por bailar, eso ayuda a que conozcas a las personas y te mantienen despierta en las conversaciones aburridas. Estos consejos te salvarán la vida. Si alguien solo habla de política, huye, hazte la muerta o comienza a aullar.

—¿Qué es eso de aullar...?

—Considero que la vergüenza es tolerable a tener que escuchar horas enteras sobre proyectos, cámaras de Lores y comunes. Llegas a un momento en que evalúas si salir de tu casa es bueno o malo. Deseo que tengas una gran experiencia, Daisy.

—Ahora solo estoy asustada, con temor a no tener lo que espero. Sé que es difícil conseguir un esposo decente; sin embargo, no pierdo la fe...

—Espero que tu fe dure mucho.

—No me animes, Lily, porque logras lo contrario.

—No es mi intención, solo trato de darte un buen consejo. Alguien como lord Bremerton no es bueno y me refiero más a sus conversaciones que a sus creencias. Es un hombre inteligente e interesante en lo que cabe, pero no, no lo sé.

—Estoy segura de que no lograste ver su encanto.

—La verdad es que no. Me cuestionaba mentalmente si me gustaba más ser Whig o Tory. Concluyo que no me gusta la política. Si no te gusta conversar sobre eso, busca a otro hombre. Aquellos que gustan de la lectura son como filósofos improvisados y terminan siendo más divertidos mientras escuchar la cantidad de tonterías que dicen.

—Espero encontrar a alguien que tiene el mismo objetivo que yo. Quizá que al menos leyera un par de novelas.

—Escucha, tenemos mala suerte. Dudo que encuentres lo que buscas. Verás que los salones estarán llenos de hombres que gustan de la política. De esos, la mitad serán de la cámara de Lores.

—Comienzas a asustarme, Lily.

—Y es solo el principio...

Con eso que le había dicho su hermana, sus dudas comenzaban a ser peligrosas. No se negaría a conocer a nadie, pero de preferencia, esperaba que solo se acercaran a ella los caballeros que tuviesen sus mismas inclinaciones.

Partieron desde la casa de la familia hacia donde se realizaría el evento. Al llegar, Daisy estaba tan ocupada mirando la iluminación y las decoraciones, que los demás habían avanzado unos pasos.

—Daisy, ven. Sin ti no tiene sentido que entremos —dijo John, haciéndole un gesto a la joven para que se acercara.

Ella tuvo que obedecer y seguirle el rumbo al resto. Daisy quería saber de dónde habían salido tantas damas, eso parecía un orfanato, pero solo de jóvenes. Los varones eran un poco más escasos, por eso comenzaba a hacer cuentas para saber cómo todas las mujeres solteras tendrían parejas para el baile. Eso le hizo darse cuenta de que el mercado matrimonial era una verdadera bolsa llena de gatos y que tener un pretendiente que te escogiera era casi un milagro.

—¿No quieres conocer a algunas jóvenes? —preguntó Martha a Daisy al ver que Lily conversaba con su amiga Mary Anne, a la que conoció en un concierto el año anterior.

—Son la competencia, madre. Podrían truncar mis oportunidades.

—Eres la más hermosa de todas las jóvenes del salón. Tu cabello rubio es precioso, tus ojos verdes son como esmeraldas y tus ojos gruesos son una invitación a desearlos. Ninguna de esas puede contigo —alegó Martha queriendo levantar la moral de la joven.

—Querida, ven, te presentaré a un par de personas —pidió su padre.

Al oírlo decir eso, el estómago de Daisy dio un vuelco y su corazón comenzó a latir descontrolado. Este era el momento para el que fue preparada toda su vida. El tiempo de conseguir esposo había llegado.

Pese al ligero temblor en su mano, fue con su padre y este hizo las presentaciones correspondientes con personas que ella podía decir que eran sus clientes. Aquellos parecían encantados con Daisy y pedían a sus hijos que se acercaran. Muchos eran amables, trataban de hablar de cosas para después firmar el carnet que llevaba. En sus primeros minutos dentro del salón tenía cinco firmas. No era una victoria, sino que significaba que avanzaba y obtenía preferencia.

Daisy pensaba en qué temas contemplar durante los bailes. Darse importancia podría ser malinterpretado como egoísmo y ella sabía que a un hombre debía darle lo que deseaba para que la tuviese en cuenta, eso incluía seguirle la corriente en cada conversación por incoherente que esta pudiera ser.

La mesa del tentempié estaba un poco alejada de su ubicación, pero ella tenía un poco de sed, así que fue a por una bebida. Aprovechaba ese tiempo para mirar con interés a más candidatos que iban llegando. Estaba entusiasmada por lo que le deparaba la noche y esperaba que su padre tuviera muchos contactos más.

# Capítulo 4

Charles llegó a la que sería una velada llena de debutantes. Si el año pasado no consiguió nada, este debía ser diferente, puesto que se le acababa el tiempo para conseguir a la mujer indicada. No le parecía justo buscar a una dama solo por un cargo temporal y después quedarse con el problema de forma permanente, por lo que debía escoger con inteligencia.

—Este lugar está lleno de vestidos en tonos marfil —comentó Mark con aquel acento irlandés que lo caracterizaba.

—Sí, parece la tienda de una modista. Lamento tener que estar aquí.

—Hay comida, bebida y música aburrida, pero música al fin.

Las personas, al percatarse de la presencia de Charles, disminuyeron el tono de sus conversaciones. Era como tener a un espía en medio de la sociedad, cuando en realidad él solo era otra persona, por más que los demás lo vieran como alguien que estaba en otro nivel.

—Lord Mulgrave —lo saludó el esposo de la anfitriona con una sonrisa en el rostro—. Es un placer tenerlo aquí.

—Quisiera decir lo mismo, pero aquí estoy —masculló con un poco de desagrado en sus palabras.

—Me ha llegado la voz de que está buscando esposa y este es el mejor lugar para hacerlo. Solo la aristocracia, milord. Las cunas más puras están aquí esta noche. Tiene a la hija del marqués de Rotter, la del conde de Chester, la sobrina de lord Preston...

Al oír «la sobrina de lord Preston», el conde hizo una mueca de desagrado. Sabía que el letrado era un hombre importante de la comunidad, de hecho, era el auténtico conde de Preston que decidió ceder su título a su hermano que falleció y, por ende, lo heredó su hijo. Al menos por respeto a su posición debía ofrecerse en sacrificio para bailar con ella.

—Las conoceré, no se preocupe. Todavía tengo tiempo de escoger correctamente.

El hombre asintió y dejó que Charles y Mark continuaran su camino hacia el salón.

—Ahí está —dijo Matthew cogiendo con cariño el brazo de Lily —. Es lord Mulgrave. Debemos ser amables con él.

Lily asintió, pues ellos alquilaban con frecuencia el buque de ese hombre para traer sus diamantes desde América. Los piratas no se animaban a atacar algo que pertenecía al primer lord del Almirantazgo de Inglaterra. Su solo nombre infundía respeto hasta en los delincuentes.

—Podríamos ofrecer a Daisy como carnada para he no nos cobre el alquiler de su barco... —comentó Lily que cogió a su esposo del brazo.

—No había pensado sacarle ese tipo de provecho a mi cuñada, pero no es una mala idea...

Los dos se acercaron a él, sonriente.

—Lord Mulgrave... —saludó Matthew con una inclinación de cabeza para Charles.

El conde tenía al marqués en uno de los conceptos más extraños posibles. No lo quería, pero tampoco lo odiaba. Gracias a él

ganaba más dinero y podía conversar sobre asuntos distintos a la política. Agradecía que ese hombre no le gustara hablar de límites territoriales y defensa, era más sencillo: negocios, joyas, propiedades, caballos y, al parecer, comenzarían con el tema de mujeres.

—Su señoría... —correspondió con tranquilidad, después no perdió tiempo en coger la mano de su bella esposa, esa que él creía que se le escapó, aunque no hizo ningún esfuerzo por tenerla en realidad—. Este es mi amigo, Mark Sloan, conde de Milltown.

—Es un placer... —replicó Mark saludando a los otros.

—Tiene un acento particular —dijo Lily con amabilidad.

—Soy de Irlanda, pero prefiero Londres a vivir en un lugar tan triste como mi país...

—Por supuesto. Milord, pronto tendremos otra carga en camino. Cada nueve meses se proyectan los envíos desde la mina —contó el marqués a Charles.

—Sí, mi asistente privado lo tiene cubierto, su señoría. Toda la tripulación está entrenada y sus diamantes estarán seguros.

—¿No quieren conocer a mi hermana Daisy? Ella es encantadora y amable. Esta es su primera temporada. No malentiendan mi cortesía, es solo para que la conozcan —afirmó con voz suave.

Charles frunció un poco su boca porque vagamente recordaba a una criatura tonta que había chocado con él por no mirar su camino.

Lily no dejaba de buscar a su hermana con la mirada hasta que la encontró.

—Iré a por ella. —Lily fue a buscarla para presentarla con dos buenos candidatos. Ambos condes y no podía dejar a su hermana fuera del festín. Podría matar dos pájaros de un tiro.

Cuando Daisy estaba a punto de darle un sorbo a su bebida, alguien se la quitó y ella se quedó con los labios en el aire.

—No es tiempo de beber. Ven, te presentaré a dos caballeros. Sonríe y compórtate —agregó con premura.

—Lily, quiero mi bebida.

—No te comportes como una mujer decadente y ebria. Debes ser amable con estos dos, mi esposo tiene negocios con uno de ellos y el otro es amigo del socio de mi esposo.

—¿Estás intentando vender a tu hermana?

—Por supuesto que no, estoy consiguiendo ventajas para ti y para nosotros. ¿No suena mejor así?

La joven tuvo que aceptar lo que Lily le dijo. Le devolvió la copa a poco de llegar junto ellos. Cuando Daisy vio al hombre, lo recordó del matrimonio de ellos y fue grosero.

Matthew sonrió al ver a Daisy y enseguida se colocó a su lado para presentarla.

—Esta es mi queridísima cuñada, Daisy Preston —la presentó con una gran sonrisa. Ella era muy agradable y divertida, por eso suponía que podía ser una buena opción para ser esposa de alguien que destilaba amargura.

Mark levantó una ceja al ver a Daisy. En verdad le parecía bella y adecuada. Era elegante, de buena estatura y con una belleza desgarradora. A él sí le gustó al instante y no pudo evitar sonreír. Sin

embargo, Charles no tuvo la misma reacción. Miró de pies a cabeza a la joven y su expresión se agrió. La primera impresión que tuvo de ella no lo dejaba impresionado con la segunda. Ciertamente, era la más atractiva del salón, pero no lo suficiente para correr tras ella.

Tanto Daisy como Lily leyeron el desagrado en el rostro del conde de Mulgrave. Querían que la tierra se abriera bajo sus pies, pero Daisy no sería grosera, lo trataría con educación y se alejaría para continuar con su conocimiento de los demás. Él no podía echar a perder su buena racha en el salón.

—Es un verdadero placer conocerla. Soy Mark Sloan, conde de Milltown. —Él privatizó la mano de la joven en el primer instante y plantó un beso educado. Aquel todavía seguía impresionado con ella.

—Es un gusto, lord Milltown —replicó con gracia.

—Es bueno conocer a la cuñada del marqués —habló Charles con indiferencia controlada. Tuvo que hacerle un gesto a su amigo para que dejara de acaparar a la joven—. Soy Charles Mulgrave, conde de Mulgrave y primer lord del Almirantazgo.

No tenía ningún atributo propio que ser la cuñada del marqués, concluyó la misma Daisy. Ese hombre tan elegante y atractivo, con su cabello castaño claro y sus ojos grises, no era más que otro de los muchos engreídos de ese salón. Ella no perdería el tiempo en querer cazarlo teniendo tantas posibilidades. No quería tener nada que ver con un grosero.

—Un cargo importante... —habló con un poco de condescendencia en sus palabras. Evitó su mirada, aunque de todas formas le entregó su mano para que la besara.

Cuando sus manos se tocaron a través de los guantes, Daisy se atrevió a mirarlo a los ojos con desafío. Se perdió en aquellos ojos

grises, intentando entender la razón del evidente rechazo hacia ella con sus palabras y aún más con sus gestos.

En cambio, Charles se sintió extraño al tocarla. Era como si quisiera huir de ahí. Además, aquella mujer de mirada verde y penetrante parecía desafiarlo con sus ojos. Definitivamente, era hermosa y un halo de luz se cernía alrededor de ella. No sabía si se debía a la iluminación o a algo parecido a que estaba perdiendo la buena vista y necesitaba llamar al médico.

—Sí, me encargo de la seguridad de Inglaterra... —alegó Charles cortando el contacto.

—Interesante —musitó Daisy que después pudo darle un sorbo a su copa.

—Milady, me encantaría colocar mi nombre en su carnet. —Mark no era tonto, por supuesto que aprovecharía un baile con ella para conversar un poco y compensar la antipatía de Charles.

—Claro, milord, será un verdadero placer. —Daisy le entregó la sonrisa más hermosa que había perfeccionado frente al espejo por muchas horas. Su institutriz decía que lo más importante era la apariencia y la seguridad que alguien transmitía. No importaba que uno de esos caballeros fuese grosero, ella se comportaría como una verdadera dama.

Charles no comprendía el interés de Mark para colocar su nombre. ¿Por qué lo hacía si fueron a buscar esposa para él, no para su amigo? También tenía que bailar con ella por educación, por el qué dirán del primer lord del Almirantazgo si no demuestra su clase.

Después de que Mark estampara su firma, Charles lo hizo sin pedir permiso, solo observó a Daisy y colocó su nombre. Él aceptaba el desafío de la mirada de la joven.

El marqués observaba a su esposa con verdadera confusión. Sabían que el conde de Mulgrave no era destacado por ser sociable, pero esto le parecía una perfecta grosería socialmente aceptada. Una unión entre ellos era impracticable. Lily tendría que quitarse esa idea de la cabeza.

—Será un placer compartir un baile con ustedes. Con permiso, mi padre quiere presentarme con otros caballeros... —dijo Daisy urdiendo una forma de escapar de esa situación tan incómoda.

Ellos hicieron una inclinación de cabeza para despedirla y Daisy pudo suspirar. No dejaba de pensar en la mirada tan fría de lord Mulgrave. No era la primera vez que era desagradable con ella, el año pasado lo había sido en el matrimonio de Lily. En esta ocasión era cuestión de convivir en un mismo espacio. Era probable que tuviese que verlo más veces en el futuro y lo único que podía hacer que un amargado retrocediera era una sonrisa encantadora y a seguir. No queda otra cosa que hacer.

Se refugió junto a su padre, su madre y las personas con las que conversaban. Admiraba cómo su madre hablaba con soltura, en realidad, hacía preguntas y sobre las respuestas que daban, volvía a hacer otras. Esa misma desenvoltura deseaba tener con las demás personas, por más que el tema no fuese interesante. Ahí estaba la clave para no aburrir ni aburrirse. Confiaba que a través de eso conseguiría una excelente conversación con un candidato agradable.

Charles y Mark continuaron unos minutos más con los marqueses y después estos también se disculparon para ir a conversar con otras personas.

—Te comportaste como un tonto, Mark —siseó Charles.

—Esa joven era hermosa, ¿eres ciego? Es ideal para un hombre de alto perfil.

—No sabe controlar sus acciones, es una tonta mayúscula y hay que permanecer lo más lejos posible.

—Discrepo contigo en cada cosa, Charles. Es una mujer preciosa y tú un ogro ridículo. Cambia eso o te perderás lo mejor. Continúa buscando a la dama que crees que está a tu altura, si esta que es indicada por muchos motivos, no te agrada.

—Eso está difícil, todas parecen huecas.

—Que sea hueca no está mal, significa que no tiene posibilidades de ser como tu madre.

—Buen punto. Esa es una bruja inteligente.

—¿Lo ves? Lo mejor es una mujer tonta que una inteligente que te haga la vida imposible. Si consideras a la cuñada del marqués como eso, es el momento de tomarla, porque si no lo haces, otro verá su potencial.

—¿Potencial? Dime otro chiste, Mark. Es bonita, pero una más del montón de mujeres que quieren un esposo. Todas piensan en lo mismo cuando ven a un buen candidato, solo en llevarlo hasta pedir matrimonio por medio de artimañas.

—Pues ella no parece interesada en tu importante cargo gubernamental como lo estaría cualquier otra dama. Digo, si seguimos lo que dices. En términos generales, no lograste impresionar a esta niña de familia acomodada.

# Capítulo 5

Charles recibió un golpe que no esperaba. No podía ser posible que alguien no quisiera ser la esposa de un hombre tan importante para la seguridad de Inglaterra. Él protegía sus aguas. ¿Cómo era posible que una niña mimada y tonta no sintiera al menos un poco de interés por él?

La duda hizo que buscara a Daisy con la mirada. Sí, era hermosa, elegante y por como conversaba parecía inteligente, pero no era esa la idea que tenía de ella. En el matrimonio de su hermana lo golpeó sin duda, se disculpó, pero a él no le importó. Estaba inmerso en la seriedad de la situación.

—Tu falta de emociones es el problema, Charles. Puedes perder todo por no sentir absolutamente nada. No sé si siquiera sientes dolor o preocupación. Eres alguien que no piensa en los sentimientos ajenos y menos en los propios, porque no los tienes —siguió su amigo.

—Si no tuviese sentimientos, tú y yo ni siquiera nos hubiésemos conocido.

—Nos conocimos en el proceso de que los perdieras, cuando todavía tenías esperanza y creías en algo.

—Muy tonto de mi parte, por cierto. —Charles rio sin humor.

—Creo que aún podemos apelar a la piedra que tienes en el pecho. La mayoría de las personas cree que es un corazón.

—El corazón es para los que no saben tolerar el dolor. Tuve que crecer así o moriría en esa casa. Ahí no existían los sentimientos, siempre fui solo una forma de continuar con los sueños ajenos.

El pasado de Charles estaba lleno de dolor y sufrimiento. No sabía quién era sin ello y la seriedad. No creía que hubiese algo que rescatar de él. Estaba acostumbrado a vivir de esta manera, solo se había revelado al sentirse cansado de su madre, pero eso no resolvía nada sobre su identidad. No recordaba algo que realmente amara y recordase con afecto. Nada de años atrás podría considerarse digno de llevar al futuro. Lo mejor era enterrar todo.

Cada cierto tiempo Charles se fijaba en Daisy. Ella no parecía buscarlo como él. Trataba de no ser evidente para que no se diera cuenta. Quería saber qué hacía y con quién pasaba el tiempo hasta llegar a él, que sería el último en bailar con ella si no le fallaban los cálculos de tiempo de cada pieza. Charles no pudo buscar a otra dama porque no estaba enfocado. Era una noche perdida en su totalidad. Después de cumplir por la más mínima educación con Daisy, arrastraría a su amigo para que se fueran. Para el conde, la bebida y comidas no eran demasiado tentadoras como para Mark, este siempre disfrutaba de todo lo que podía como si hubiese escapado de un hospicio.

—Es mi turno, Charles. Procura no tener espuma en la boca. No celes, estaré aquí pronto.

—Vete, Mark. No podría celar de nadie porque confío en ti —le dijo con un guiño al ver que su amigo irlandés iba a buscar a la cuñada del marqués.

La vio bailar con varios y al menos era buena con los pies y sus movimientos en la danza eran comedidos y recatados, manteniendo la distancia reglamentaria con su pareja de ese momento.

Mark se acercó a Daisy que lo estaba esperando. Ella hizo una reverencia y él una venia para que pudiesen ir al centro del salón.

—Si me permiten, cumpliré con mi pieza —anunció Mark frente a la familia.

John asintió y dejó que ella fuese para divertirse. Para ser la primera vez de Daisy, podría considerarse más exitosa que Lily.

Una vez ubicados para comenzar el baile, ambos volvieron a saludarse.

—La vi bailando y puedo decir que mis pies estarán seguros —comentó Mark con una sonrisa.

—Muchos años de práctica con mis hermanos han resultado. Ellos han sido los heridos en este asunto. Imagine bailar con cinco hermanas. Esos dedos deben parecer cortes de jamón —comentó Daisy entre risas.

—Oh, todo en la vida se paga —alegó Mark que comenzó a rodearla como parte de la danza.

—¿Qué hace un irlandés en Inglaterra?

—Que no parezca que quiere expulsarme de país, milady. Esto tiene una explicación sencilla. Primero vine a estudiar, después me gustó el sitio y conocí a Charles. Estos factores hicieron que me quedara.

—Usted es tan distinto a su amigo. Pese a su carácter, parecen complementarse muy bien.

—Charles es especial. Lo comprendo porque lo conozco mejor de lo que él cree conocerse. Son muchos años de compañerismo.

—Lo imagino. Debe ser un hombre agradable en ocasiones. Cuando lo conocí la primera vez fue grosero, pero no creo que esa

sea su verdadera forma de ser —mintió porque había metido la pata hasta el fondo y la sacó en otro continente.

—Es cuestión de tratarlo y ser paciente. Es un hombre con una gran responsabilidad en los hombros. No anda riendo mientras protege la seguridad marítima contra todo tipo de amenazas. Usted sabe, los piratas han sido un gran problema desde hace tiempo.

—Sí. Desde que el marqués se casó con mi hermana, no ha dejado de contar las constantes preocupaciones para cuidar su fortuna que viene de los diamantes americanos.

—¿No ha pensado en visitar la mina del marqués?

—No pienso subir a una embarcación nunca. Me quedaré en esta isla sin importar que esta pueda destruirse.

—¿Podría contarme el motivo?

—Mis padres y mis tíos murieron en un naufragio al regresar de las minas. ¿Le parece suficiente motivo?

—Lo lamento, milady... —habló avergonzado.

—Ha pasado demasiado tiempo. Lo acepté, pero eso no significa que me atreva a surcar las aguas que rodean este país.

—Es comprensible. A mí tampoco me gustan los barcos. Sufro de mareos constantes...

Él sabía que el mareo no era lo mismo que la muerte, pero lo que quería era salir del hoyo en el que entró la conversación.

Desde la distancia, Charles no dejaba de observar cómo se desenvolvía su amigo. Aquel sabía mantener la distancia correcta tanto como ella. Cuando terminara la pieza no sabía de qué

demonios hablaría con la joven. Pecar de mal hombre sería pésimo para su reputación. La educación debía primar sobre sus propias creencias.

Los vio acabar el baile y Charles sintió un nudo en el estómago. No se había sentido tan nervioso en años y no comprendía la razón. ¿Por qué esa mujer que no era nada le hacía pensar más de la cuenta? Se sentía disminuido en su importancia al notar que ella ni siquiera se sintió incómoda al saludarlo. La segunda impresión no había sido mejor que la primera, solo alcanzaron a verse por más tiempo.

—Es tu momento, amigo —anunció Mark que le tocó el hombro —. Ahora habrá un descanso y después podrás tenerla.

—Como si fuese un premio. Es solo una más del montón.

—No lo es. Te sorprenderá saber cosas sobre ella.

—Imagino que debe ser hábil para convencer a otros tontos para que sean parte de su séquito.

—¿Te crees tan inteligente, Charles?

—No, no me creo, simplemente, lo soy. No caigo en estas tonterías.

—Quiero verte caer. Sé que soy tu amigo, pero me gustaría ser la mosca pegada a la pared de la conversación en la que ella te coloque en tu sitio.

—Espero que te salgan las alas de mosca, mi buen amigo, pero para que presencies que tus deseos no se realizarán.

Los dos rieron burlándose de ellos mismos. Mark estaba seguro de que Daisy era la mujer que derrumbaría la muralla que Charles

había construido durante toda su vida para resguardar sus sentimientos que durante años fueron maltratados. Buscaron un par de copas para refrescarse en medio de aquel salón abarrotado. El conde de Mulgrave parecía beber con mayor frecuencia y su amigo solo colocó su mano sobre la de él para indicarle que era suficiente, después de eso no podría mantenerse estable en el baile. Al terminar podrían salir a beber con tranquilidad.

Los danzantes comenzaban a acomodarse en el centro del salón, entonces Charles, un poco envalentonado, pero no ebrio, fue a buscar a Daisy. Él era más alto que ella, al menos por una cabeza. Tenía excelente estatura para ser una dama, era una de las más altas del lugar. La vio hacer una reverencia al acercarse y él correspondió con una inclinación de cabeza. Ella le sonreía, mientras el conde permanecía con el rostro pétreo.

Dentro de sí, Daisy meditaba cuál sería la mejor estrategia para lidiar con ese hombre, pues no sabía si hablar era bueno o si no hacerlo también lo era. Él parecía bastante impredecible en sus movimientos. Ni siquiera podía asegurar que la toleraba.

—Debemos cumplir... —musitó el conde de Mulgrave mirando hacia ella para después dirigir su mirada al letrado. Fue suficiente una sola observación de él para saber que debía conversar con su persona. Aquel no parecía aprobarlo, al menos no con facilidad.

—Al terminar la pieza me interesaría una conversación, milord —reveló John con presteza al ver a ese hombre rondando a Daisy. Le parecía que ella era demasiado impresionable para alguien tan insensible con el primer lord del Almirantazgo.

—Así se hará, milord —concedió Charles—. Acompáñeme.

A ella no le quedaba más que aceptar las cosas. Lo que sí me sorprendía era la advertencia de conversación de su padre. Eso era digno de estudio. Solo esperaba que no pensara en que se

conocieran mejor, porque no estaba muy de acuerdo. Ese caballero no era apto para el tipo de esposo que buscaba.

Inclinaron sus cabezas para iniciar el baile y, mientras se rodeaban al seguir los pasos, se miraban con intensidad, como si con solo mirarse fijamente pudiesen encontrar respuestas a sus preguntas y delirios.

«¿Qué tiene que me haces pensar más de lo necesario?», se cuestionaba Charles sin perder el ritmo, ni los ojos de ella.

«No me intimida, lord Mulgrave. Solo quiero saber la razón por la que me detesta sin merecerlo», rumiaba Daisy en su mente. Ella ganó la grosería de ese hombre sin mover un solo dedo. No podía ser posible que no perdonara un simple choque accidental. Era una persona rencorosa en toda la extensión de la palabra.

Llevaban la mitad del baile sin decir nada. Solo se mantenían fijos el uno en el otro. Ninguno rompía el hielo que los cubría, pero Daisy quería hacer la diferencia.

—¿Encontró lo que buscaba en mis ojos, lord Mulgrave? —preguntó Daisy con inteligencia.

Charles casi perdió el paso, pero se mantuvo pese a la sorpresa. No podía creer que ella se atreviese a hacer esa pregunta. Al parecer, aquella creía que quien cuestionaba primero ganaba la disputa, pero eso no le ocurriría a él.

—Lamento decirle que no pude encontrar nada útil. Es algo que me pasa con frecuencia...

¿Qué había querido decirle con eso? Daisy entendió el mensaje. Seguiría la conversación para no aburrirse tanto. Las tonterías eran buenas de vez en cuando.

—Es una verdadera lástima. Debería considerar cambiar sus hábitos, aunque es comprensible. No debe ser algo sencillo ser un hombre que debe rendir cuentas al monarca.

—Es más sencillo de lo que cree cuando uno es capaz. Me han preparado toda la vida para este cargo.

—Qué coincidencia, a mí me prepararon toda la vida para el cargo de esposa de algún aristócrata al que le agrade. —Ella le sonrió ante lo que ella creía que era la devolución de la fanfarronería del conde de Mulgrave.

Por un segundo, sintió que sus labios querían curvarse como si estuviese a punto de sonreír, pero lo detuvo al instante. Él no sonreía por gusto, sino por conveniencia o porque algo salía a pedir de boca. No le daría el gusto a esa joven de verlo en una faceta que hasta él desconocía.

—Es una ventaja que existan hombres inteligentes que no caigan con mujeres poco idóneas para el cargo de esposa.

—¿Qué de idóneo puede haber en dirigir una casa? ¿Que lo haga en bata? Cualquiera puede ser esposa y también cualquier otro puede ser primer lord del Almirantazgo. Otra diferencia entre su cargo y el que yo quiero ocupar es la duración. El mío es hasta que la muerte nos separe y el suyo hasta que el monarca diga «siguiente».

# Capítulo 6

Esa era una bofetada para Charles, una humillación sin precedentes, algo que nunca debió ocurrir, puesto que esa mujer debía respetar a un hombre importante como él. Antes de que pudiese hacer una réplica, la pieza llegó a su fin y ella tenía una sonrisa tibia en el rostro. Era una sofisticada criatura ponzoñosa que inyectaba el veneno y se escondía con la velocidad de un reptil.

Ambos terminaron el baile con sus inclinaciones respectivas y los aplausos pertinentes.

Por inercia, el conde le ofreció su brazo para llevarla hasta el lugar de donde la había sacado.

Daisy se sentía conforme al silenciar al conde. Por un momento creyó que perdería la puja, pero no fue así, aunque tampoco había ganado, porque aquel no pudo escupir lo que, evidentemente, se le había quedado atorado en la garganta.

—Fue grato haber bailado con alguien tan talentoso, lord Mulgrave —habló Daisy, condescendiente.

—Agradezco su apreciación. Le deseo suerte en su búsqueda de un esposo...

¿Qué acababa de decir? ¿Desearle suerte a esa arpía que lo llamó prescindible? Era evidente que no estaba sabiendo la forma de transmitir su desagrado de manera eficiente. Ella lo ofendió con palabras embadurnadas de falso respeto para asestarle un golpe al ego que lo dejó doblado y de rodillas. Lady Daisy Preston atacó lo que hacía y eso era terrible. No le gustaba, pero le daba orgullo poder decir que era un hombre útil en el país, aunque también era

cierto que en algún momento tendría que ver otras maneras de distraerse porque el puesto no era eterno.

Cuando llegaron hasta donde estaba la familia de ella, John estaba atento. Apenas dejó a Daisy, él le mostró un camino al hombre para que fuesen por ahí para conversar en privado.

—¿Cómo te fue con ese hombre, Daisy? ¿Sabes lo importante que es para el país? —preguntó Martha, entusiasmada.

—Sobreviví. Eso habla mucho de su encanto. Por cierto, no tiene ninguno. Es tan encantador como una piedra.

—Esperemos que en el futuro sea tan encantador como una piedra que se llama diamante —afirmó Lily con una sonrisa cómplice.

—¿Futuro? ¿Cuál? Ni siquiera creo que lo vuelva a ver. Usé las palabras correctas para que no tengamos que tolerarnos. No lo insulté, pero tampoco dejé demasiado para que quiera volver a bailar conmigo. Tienes que saber una cosa, Lily, también tu esposo, no me casaré por conveniencia, para ahorrarles un par de guineas y para que no les roben los piratas. ¿Está claro? Entiendo que hay sacrificios que se pueden hacer por la familia, pero existen los que son razonables... Casarse con alguien sin alma, sin espíritu, sin corazón, es demasiado.

—¿No estás exagerando, querida? Debe ser un hombre reservado. Considero que deberías tratar más con él. Si tu padre quería hablar con este caballero, es por una razón —alegó Martha.

—Mientras que no quiera fungir de Cupido, creo que mi padre puede hablar con quien quiera. No me sorprendería que fuese su cliente como la mitad adinerada de la ciudad.

John le alcanzó una copa de whisky a Charles y este lo aceptó.

—He oído hablar de usted, lord Mulgrave.

—Una gran coincidencia, porque también he oído hablar de usted, no solo por su trabajo, también por sus sobrinas.

—Mis hijas, lord Mulgrave. Las considero así porque las he criado y son eso.

—¿De qué desea hablar conmigo? ¿Le interesa mi barco como a su yerno?

—No. Me intriga saber si está detrás de Daisy. No lo he visto firmar ningún otro carnet, lo que significa que solo la ha escogido a ella. Si quiere encontrar esposo, como dicen las malas lenguas, debería probar todos los terrenos y aquí hay bastantes.

—Ella no es nada especial, es tan común como las demás, lord Preston. No se preocupe, no será mi escogida. Le recomiendo que busque un buen esposo para la joven, lo necesitará. ¿Es todo lo que quería decirme?

—No, ¿quién es su letrado?

—Es un hombre de campo, el señor Fisher. No confío en los letrados de Londres que pueden ser comprados por familias malintencionadas.

—Si conoce el caso de alguno, avíseme para poder ocuparme del asunto. Las leyes se han hecho para respetarlas y no para corromperlas.

—Estoy de acuerdo con usted.

—Me quedo tranquilo al saber que no le importa Daisy. Que encuentre a la dama ideal, lord Mulgrave. No olvide que, si necesita un letrado, sabe el lugar en el cual puede encontrarme.

Lord Preston se retiró y dejó a Charles un poco confundido. ¿El hombre solo quería asegurarse que no estaba interesado? Eso le resultaba extraño, pero entendible. Conocía la fama de uno de los letrados más prestigiosos de la ciudad. No tenía dudas de que la integridad formaba parte de su vida, no así de varios a los que tuvo el disgusto de conocer a lo largo de su existencia.

Antes de terminar su copa, Charles regresó junto a su amigo para que pudiesen irse.

—Vámonos —mandó lord Mulgrave.

—¿Solo porque te fue mal? No sabes tratar con una dama, Charles. Trata de ser más encantador que una silla para la próxima oportunidad o terminarás casado con una almohada. Te vi con lady Daisy y es evidente que no fuiste una buena pareja.

—¿Esa mujercita que me dijo prescindible? Si antes no la quería, ahora mucho menos. Es una mujer educada, pero no lo suficiente para ser mi esposa. Es la primera soltera a la que rechazo sin perjuicio alguno, no tiene nada bueno que resaltar, salvo la reputación familiar.

—Su gracia y belleza también. Te olvidas de las cosas o eres tan ciego como lord Julian.

—Nos iremos después de que baile un poco más. He firmado el carnet de una dama que me pareció interesante. Es amiga de la marquesa.

—Al menos tú te diviertes en este vertedero de debutantes. Iré a sentarme.

Antes de hacer eso, fue a por otra copa y ahí distinguió a Daisy, que estaba siendo presentada a otros caballeros por su padre. Ella

parecía dulce y encantadora con todos, incluso con él. Fue maliciosa, pero se debía a su propia impertinencia.

Perdía el tiempo en aquel lugar. No tenía nada más que hacer y quería irse para no buscar con la mirada a esa joven desafiante que no respetaba lo que él representaba para esta nación. Le molestaba que no estuviese como la mayoría al conocerlo. Siempre lo halagaban e intentaban darle conversación sobre lo que hacía, pero lady Daisy Preston no estaba interesada en ser educada.

Cuando Mark se desocupó pudieron salir. Ya no tenía razones para estar enfurruñado y aburrido, en un rincón de un salón abarrotado de gente y, a medida que pasaban las horas, también de aromas no tan agradables como perfumes.

Fueron a la residencia de soltero que el conde alquilaba para no vivir con su madre. Aquel era su oasis de paz. La mayoría no preguntaba las razones por las cuales no vivía en la casa y si alguien lo hacía respondía con algo simple como el deseo de independencia. No evidenciaba la ausencia de una relación con su madre, aunque ahí lo que existía era un agujero negro.

—Al fin en casa. Pensé que nunca dejaríamos esa velada. He tenido mejores noches que esta. Parecía una verdadera estafa —dijo el conde cuando se sentaron en la sala.

—A mí me pareció divertido. La noche londinense tiene mujeres que saben hablar y divertirse. El problema eres tú y no ninguna de ellas, Charles.

—No sé si calificarte como mi amigo o uno de mis grandes detractores.

—Detractor, por supuesto, al menos en este último año. Trato de ayudarte a conseguir una esposa y tú te empeñas en objetar a cada una de las damas socialmente aceptables. Si no te gusta lo que

hay en los salones, pídele al diablo que fabrique una que sea a tu voluntad, porque sin duda Dios no te la daría.

—No exageres. Por supuesto que la mujer que necesito está ahí afuera, pero no estuvo esta noche en esa velada.

—¿Estás seguro? No he visto a tantas mujeres hermosas en mucho tiempo y tú sabes que disfruto mucho de las fiestas. A veces creo que nací en una.

—Sí, tanto como que mi nombre es Charles. Esa mujer saldrá de su casa en algún momento y la encontraré, lady Daisy no es nadie.

—¿Acaso hablé de ella? No es por nada, pero el pez cae por la boca, señor bacalao. Ella te gusta, Charles, y te ha gustado desde que te chocó. Como tú no toleras a la gente torpe, no puedes admitir tu interés por alguien así.

—No te vi beber demasiado para decir tonterías, Mark. No vale la pena despreciar a esa joven, hasta eso es una pérdida de tiempo. Merezco una esposa seria, que no diga tonterías ni me degrade o mejor, que no hable de nada y que se limite a cumplir con sus obligaciones básicas, como: la casa, los sirvientes, obras sociales y ocuparse de los hijos.

—Buscas a una mujer sorda, filántropa, ama de llaves y niñera. No creo que consigas todo eso en una.

—Estudian toda su vida para esa tontería.

—Tu madre ni era filántropa ni se ocupaba de ti. Estudió para hacerle la vida miserable a sus descendientes y tú vas por ese camino al buscar algo tan absurdo. Busca algo diferente, no seas rígido. Volverás al mismo círculo vicioso del que escapaste.

—No haré lo mismo que ellos. Mis padres fueron hechos el uno para el otro. Siempre estuvieron de acuerdo en cómo torturarme mejor. Definitivamente, huiré de alguien que tenga esos mismos patrones narcisistas.

—¿Qué ofreces?

—Un matrimonio ventajoso, dinero, posición social y estabilidad. Es solo conveniencia, todos se casan por eso. Dejaré claro que no torturaré a los niños, serán criados de manera estricta, pero tendrán la opción de escoger lo que quieran. ¿Eso no es suficiente?

—Es mucho más de lo que esperaba. Creí que hablarías de jaulas, latigazos y quemaduras.

—Soy hijo de esos seres que me dejaron pudrirme con esos malditos torturadores, pero no seré como ellos, porque yo contrataré a quienes educarán a mis hijos y los maltratadores no tendrán lugar bajo mi techo. Los defenderé de mi pasado y de cualquier influencia que mi madre quiera tener sobre ellos, porque ella es quien ha orquestado un futuro matrimonio, para continuar con su legado de desatención y destrucción.

—¿Y el afecto?

—¿Qué quieres de mí? Eso es suficiente, Mark. ¿Tú puedes quitarle bayas a algo que no lo tiene? No puedo dar algo que no conozco, que no comprendo. La lógica me dice que hay ciertas cosas que están mal y actúo en consecuencia. No hace falta sentir afecto por alguien para saber si merece o no ser castigado. No es empatía, son principios.

—¿Y cómo nació una persona de principios en un lugar sin principios?

Esa pregunta hizo que Charles se remontara a años atrás. Amanda era una doncella de unos cuarenta años que lo llevaba al campo cuando tenía tiempo libre de los estudios o cuando fingía investigaciones. Ella le dio comida sin que nadie supiera, curaba sus heridas después de que se las hicieran y le hablaba sobre el bien y el mal. «Usted es un niño bueno, milord, nunca olvide que esto que le hacen es incorrecto. Persiga sus sueños apenas pueda liberarse», le decía en diferentes ocasiones cada vez que él creía que sería su último día de sufrimiento. Aquella mujer era su pilar, pero un día, enfermó y al poco tiempo falleció. No lo dejaron ir a su tumba. Nunca supo dónde fue enterrada.

Sin Amanda su vida se volvió más oscura y sus lágrimas se secaron, su corazón se enfureció y sus sueños quedaron sellados en su memoria. Una simple doncella hizo lo que ninguno de esos preceptores pudo enseñarle.

—Es evidente que una persona que no pertenece a mi sangre... —declaró con seguridad.

—Por supuesto, no esperaba menos. Te aseguro que fuera de tu casa el mundo es muy distinto.

—Ahora sé lo distinto que es. Sé qué errores no cometeré jamás. Ahora lo que necesito es una esposa que pueda vivir con lo que quiero ofrecer.

# Capítulo 7

Esa noche no fue mala para Daisy, no podía definirla así. Tuvo buenos bailes y una conversación decente. Tenía sus expectativas puestas en los próximos eventos.

Los caballeros que tuvo el agrado de conocer le resultaron agradables, pero con la mayoría sentía que eran como sus hermanos. Sin embargo, con lord Mulgrave no podía definir una relación con algo que conociera. Era un ser antipático, sin un ápice de gracia. No podía negar su atractivo y que su aire era hipnotizante. No se toleraban y eso no cambiaría, pero eso no impidió que Daisy pudiese observarlo como un sujeto de investigación. ¿Cuál sería la razón por la que ese hombre era tan malvado y no quería tenerla cerca?

No era filósofa y mucho menos científica para idear conspiraciones. Quizá tuviese que buscar explicaciones en personas que fuesen más inteligentes o experimentadas que ella.

Se sentó en la cama después de cambiarse y pensó en que no tenía a quién contarle sus cosas. Lily la había tenido para hacerlo, pero ninguna de sus hermanas quiso quedarse con ella. No sabía si al día siguiente se interesarían en conocer sus experiencias.

Mientras se acostaba para dormir y soplaba su lámpara, ella miraba hacia la oscuridad de la noche solo iluminada por un poco de rayos de luna y recordaba al conde de Mulgrave. Se tapó la cabeza para sacarlo de ahí. Ese hombre tan desagradable no podía andar rondando su mente. Debería poder controlar algo así, pero haberlo mirado con fijeza solo hizo que quisiera saber lo que pasaba por su mente para rechazarla. Trató de ser la más comprensiva del mundo, pero en el último momento había fallado, porque él no había cooperado lo suficiente para mantenerla en los límites apropiados.

Daisy no creyó decir algo malo, aunque quizá sí malsonante para un hombre tan serio como el conde.

Después de la medianoche ella seguía despierta, por lo que cogió su libro y volvió a encender la lámpara. No sentía ganas de leer, se estaba obligando a eso por el simple hecho de cansarse. Bailar con varios caballeros no pareció agotarla lo suficiente para darle un buen descanso a su cuerpo.

Se durmió sin darse cuenta y no alcanzó a apagar su lámpara y a cerrar el libro, solo se rindió.

A la mañana siguiente despertó y notó un poco de sol alumbrando su habitación. Era extraño estar en silencio en su casa, por lo que salió y comenzó a recorrer los pasillos. Sus hermanas no se encontraban por ahí haciendo barullo y eso le hacía pensar que algo estaba mal.

Al llegar al salón solo vio a un hombre de espaldas. Aquel se giró al oír sus pasos y ella se sintió incómoda al recordar que estaba en camisón. Cuando notó quién era, se quedó de piedra.

—¿Sigue siendo una pésima compañía, lady Daisy Preston? Bah, eso ya no importa. Su padre me ha dado y por eso estoy aquí... —dijo lord Mulgrave.

—¡Eso no es cierto! —exclamó temblando.

—¿Qué ocurre, Daisy? —preguntó su padre que llegó por el pasillo.

—Él dice que le dio mi mano, padre. Sé que usted jamás lo haría porque no cree en los matrimonios convenientes.

—Oh, Daisy, toma... —Le dio una bolsa que contenía monedas y diamantes—. No te quejes, es lo que se espera de ti.

Ella retrocedió unos pasos al ver que su padre quería comprar sus decisiones.

—No, padre, esto no puede ser posible.

—¿No le parece bueno casarse conmigo? La pondré en un barco con rumbo a América, recogeremos juntos los diamantes de su cuñado...

—¡No! —gritó Daisy que despertó de una pesadilla. Estaba empapada en sudor. Todavía era de noche cuando miraba a su alrededor.

Se tapó la cara y suspiró, aliviada. Unos golpes interrumpieron su momento de realidad. La puerta se abrió y era Martha con una vela en la mano.

—¿Estás bien, querida? Te escuché gritando y pensé que uno de tus hermanos quiso jugarte una de esas bromas que hacen con frecuencia, sabes que son inmaduros... —Martha se sentó en la cama y acarició el cabello empapado de la joven—. Las damas no deberían sudar, Daisy.

—Era una pesadilla muy realista. Hubiese preferido una broma de esos críos que son mis hermanos antes que esto.

—¿Qué fue eso tan horrible?

—Nada, madre. Era mi padre dándome dinero para que me case por conveniencia.

—Definitivamente fue solo una pesadilla. Él sería incapaz de pedirte algo así.

—¿Sabe de qué habló con el primer lord?

—Le ofreció sus servicios, querida. Tu padre no puede estar sin enterarse de lo que hacen los demás. Siempre está pendiente. Un letrado sabe más que cualquier matrona cotilla. ¿Crees que él intentó venderte? Ni siquiera lo pienses.

—Ni él intentó venderme ni el otro comprarme, madre. Todo es un asunto de mi imaginación, tal vez el temor de no encontrar a un buen hombre.

—No te martirices con eso, hija. Intenta dormir otra vez y verás que tus sueños mejorarán. Algunos dicen que es mejor dormir del lado derecho para tener buenos sueños, inténtalo.

Martha se puso de pie y se dirigió a la puerta.

—Descansa, Daisy.

—Buenas noches, madre...

Una vez que Martha se fue, Daisy pudo analizar el significado de esa pesadilla. Se unieron varios factores que le preocupaban. El carácter taciturno de su padre, la forma de ser del conde de Mulgrave y su enemigo número uno: un barco.

Ella, como sus otras hermanas, temían a cruzar el río o el mar. Ni siquiera querían intentarlo. Sus hermanos se animaban a trayectos cortos, pero ellas no querían saber nada de las embarcaciones. Les daba miedo pensar en lo que habían sufrido sus padres al morir en las frías aguas. El dolor nunca se iba del todo, al menos en tres de ellas, las más pequeñas, como Iris y Camellia no recordaban a sus padres, pero las otras sí en pequeños trozos de recuerdos que con el tiempo se iban desdibujando.

Cuando fue de día, se aseguró de estar despierta y no en una horrible pesadilla. Al escuchar el sonido de sus hermanas gritando y

corriendo por el pasillo, se sintió feliz. Estaba completamente despierta en su realidad, buena o mala, pero era lo que deseaba.

Se preparó para ir al comedor y ahí encontró a todos. Sonrió como si los hubiese extrañado, pese a que la mayor parte del tiempo todos se pasaban peleando.

—Buen día... —saludó Daisy. Tan solo al hacerlo, vio los ojos de sus hermanas brillando de emoción al oírla.

—¿Nos vas a contar todo? ¿Alguien te ha pedido matrimonio? —preguntó Primrose que se sentó en su lugar esperando a que comenzara a hablar.

—Espera que sirvan el desayuno, Primrose —pidió John.

Daisy se sentó en su lugar y sentía la mirada de todos queriendo sacar algo de ella.

—No creo que nos dé una buena noticia en su primera noche —alegó Iris que acomodó su servilleta.

—No nos quites la ilusión. Lo importante es contar cuántos caballeros la invitaron y conversaron. Además de que si son buenos o malos partidos —habló Camellia que cogió un par de rodajas de pan para untarlas con mantequilla y acompañarlas con un poco de jamón.

—Es mejor que respondas las preguntas de estas cotillas —sugirió William que jugaba con el pan.

—Dejen de presionarla. Ella hablará cuando quiera.

La joven se sirvió huevos, jamón y pan con mantequilla y té antes de comenzar a contar su versión de la noche. Mientras lo hacía pensaba en qué debería contar, porque en realidad todo fue bien,

pero no tanto como para decir que se comprometería en una semana con un hombre romántico y adinerado. Eso parecía demasiado irreal.

—Conocí a varios caballeros, todos muy amables y divertidos... —comentó para empezar.

—Si quisiera escuchar esas palabras le hablaría al pájaro que canta en mi ventana —gruñó Iris esperando algo más interesante—. No nos digas eso, queremos saber a quién odiaste y qué hizo para que lo hicieras. Las tonterías de «eran muy amables», está escrito en el manual básico de una casadera. Somos tu familia, no una vecina chismosa a la que quieres despistar.

—Ella tiene razón —apoyó Primrose.

—Conocí al conde de Mulgrave, un hombre engreído y absolutamente insufrible. Es petulante, orgulloso, desagradable, pomposo e inherente. ¿Eso queda mejor? —replicó sin medir sus palabras, solo quería sacar lo que tenía encima—. Es socio comercial de Matthew y quisieron presentarlo conmigo, pero para mi mala fortuna, ya lo conocía de la boda de ellos y no tuve la mejor impresión de él. Estoy segura de que a este caballero no lo quiere ni siquiera su madre, debió parirlo una planta carnívora.

—Esa descripción es más satisfactoria —dijo Camellia, sonriente y emocionada.

—En verdad lo odias... —opinó Dimitry.

—No, pero tampoco se hace querer. Si lo vuelvo a ver, mantendré mi distancia educada, ¿para qué exponerme a ser maltratada por su locura? Es humillante y yo no me dejo humillar. No me criaron para eso. Soy una dama de familia respetable.

—Ese es un buen punto, Daisy. Las damas de esta casa nos hacemos respetar —declaró Iris.

—Ciertamente, el conde de Mulgrave no es el más hablador del mundo y lo mejor es que no está interesado en ti, Daisy. ¿Imaginan a alguien con la descripción que diste sentado aquí en el desayuno? Eso sería un delito contra las buenas costumbres —alegó John con una sonrisa cómplice.

—¿Es cierto que piensa eso de un caballero con la sensibilidad de una estatua, padre? —cuestionó Daisy, sospechando de aquel.

—No, pero me gusta encajar con mis hijas en sus locuras. A veces amanezco de buen humor. Solo ustedes no creen que una persona pueda ser diferente y lo juzgan. Lord Mulgrave debe estar preocupado por cosas que ustedes ni siquiera llegan a imaginar.

—Debe preocuparle que otra estatua le quite el lugar —se burló Camellia haciendo que hasta el más serio de ellos echara una sonora carcajada.

La madre de ellos no pudo contenerse y el mismo John tuvo que ceder ante la burla y reír.

Daisy lloraba de risa, al menos algo bueno sacaba de su interacción con ese caballero. Tal vez su padre tuviese razón En que aquel se preocupaba por más cosas que ellos. Su cargo tenía mucho que ver con su vida y era evidente que no podía andar ebrio por cualquier lugar o riéndose como ellos por cualquier chiste. Su vida era aburrida en todos los aspectos de esa palabra. No era capaz de ser un libertino de ninguna manera, puesto que ninguna mujer estaría con alguien tan amargado.

Después de que terminaran de reírse, Daisy continuó con el resto de sus experiencias. Resaltó la caballerosidad del conde de

Milltown y su acento extraño que, por momentos, le resultó confuso, pero encantador.

Sus hermanas especulaban que el próximo cuñado sería un irlandés, aunque su madre se mostraba escéptica, mientras su padre ya pensaba en el irse. Miró el reloj del comedor al menos unas siete veces sin disimular.

Impaciente, el letrado se despidió y se apresuró a desaparecer por el pasillo, después las jóvenes fueron al jardín y extendieron un mantel para poder oír mejor sin que ningún hombre las interrumpiera. También la señorita Bruster se unió a ellas mientras dibujaba en un cuaderno. Le gustaba escuchar las anécdotas ajenas, estaba a la expectativa de sus pupilas para cuando llegara el momento de que debutaran y sabía lo que quería escuchar y lo que no.

Ellas se distrajeron por un par de horas haciendo lo que deseaban, era su tiempo libre antes de volver a sus actividades. La mayoría de ellas pintaba alguna cosa y otras bordaban. Daisy no podía leer porque charlaba, por lo que tuvo que ponerse a pintar.

Las críticas de la señorita Bruster hacia sus trazos eran como martillazos a un clavo torcido: no servía para nada, porque Daisy ya estaba curtida con sus quejas por no haber sido educada por ella.

# Capítulo 8

Las invitaciones nuevas para los próximos acontecimientos llegaron en cantidad a la residencia de Charles. Tenía que escoger en qué lugar ir a mirar a las candidatas a esposas. No era algo alentador, pero sí algo que debía hacer por presión social. Su madre había conseguido incomodarlo. Tal vez no vivía bajo su mismo techo, pero ella seguía moviendo los hilos de su vida de una manera que le resultaba difícil soltarse, porque aquella tenía fuertes influencias en personas bien ubicadas en la corte. El puesto de primer lord del Almirantazgo le había dado a su familia muchas facilidades y lograron conseguir muchos favores de todas las índoles.

—Son demasiadas invitaciones para usted, milord —admitió Steve al verlo indeciso entre cuál abrir primero.

—Sí, lo son, pero debo hacer el esfuerzo de asistir y encontrar al mejor cadáver que pueda.

—Entonces admite que quiere a alguien que no tenga voluntad propia.

—Por supuesto. Nadie en su sano juicio podría tolerarme. Soy optimista, no tonto. Sé lo que la gente piensa de mí y ellos suponen lo que yo pienso de ellos. No nos desmentiremos. Hay veneno de ambos lados, un verdadero ir y venir de palabras huecas para no decirnos groserías.

—¿No sería refrescante un poco de sinceridad? ¿Qué ocurriría si alguien le dijera que es desagradable?

—Darle la razón, ¿o no? ¿Prefieres que le haga creer que está paranoico?

—¿Se ofenderá?

—No. Me ofendería si me dijeran mentiras, pero sé quién soy y no pienso tapar el sol con un dedo.

—¿A menos intentará hacerse la víctima?

—¿Quién creería que soy la víctima de algo? No creerían en mi inocencia ni si fuese inocente hasta del pecado de respirar.

Steve llevó la copa de su amo para que este pudiese leer sus invitaciones en paz.

Charles no le dio importancia a las primeras cinco, todas decían lo mismo: baile en un salón. Después encontró dos invitaciones para veladas musicales. Esas lo entusiasmaron menos que nunca, porque nadie quería sufrir de dolores ni de oído ni cabeza.

Cuando estaba a punto de rendirse, una le llamó la atención: una arriesgada estadía de cinco días en una propiedad de la prestigiosa familia Pemberton. Sí, los siempre inalcanzables Pemberton. Aquellos que no dudaban en desplegar todos sus recursos cuando se trataba de impresionar al resto de la sociedad. Tal vez este era el momento en que el hijo mayor buscaba esposa. Esto sí era competencia y de la buena, un peso pesado de la aristocracia.

—Esta es la invitación correcta. Las demás quedarán en revisión mental.

—¿Cuál es esa, milord?

—Cinco días en la finca de los Pemberton en Bath. Es probable que la familia esté moviendo todo su arsenal para encontrar a la próxima matrona.

—Eso parece demasiada competencia.

—¿No confías en mí?

—Usted no confía en sí mismo. Se ha tirado bajo las ruedas del carruaje demasiadas veces. Además, este hombre debe ser un libertino encantador que hará a las damas enloquecer, ¿o no? Mientras que usted es un caballero con la seriedad dibujada en la cara. Ni siquiera parece de su edad porque no tiene arrugas propias de alguien acostumbrado a reír.

—Río, pero no con cualquiera y tampoco todos los días. Eso no me convierte en un monstruo. Estoy acostumbrado a la soledad. ¿Qué más crees que puedo hacer? No tendré un corazón más sensible mañana porque no sé cómo hacer eso y tampoco quiero. La insensibilidad es el mejor filtro. No quiero escoger a una mujer que hará que me arrepienta de mi decisión. Cada día la arena de mi reloj baja en cantidad y la búsqueda continúa. Para mí solo hay damas y ninguna es la indicada.

—Si todas son iguales, escoja a una. Si no sabe distinguirlas, coja a cualquiera.

—Suena tan simple, pero si así fuese, ya lo hubiese hecho, ¿no es lógico? Solo no quiero tener a una mujer como mi madre, prefiero a alguien que no destaque, que no quiera acaparar, que no se crea intocable, que no quiera manipularme. Necesito a alguien dócil, sencilla, de buena familia y con la suficiente habilidad social para mantener la compostura en cualquier situación. No sé cuánto tiempo más estaré en este cargo infernal, por eso debo pensar a largo plazo con una esposa, no la puedo reemplazar cuando me dé la gana.

—Es cierto. Me alegra que sea un hombre con conciencia. Lo bueno es que no busca a alguien como su madre. Sería como servir al diablo y regresar al techo de su infancia.

—Prefiero que me aspen en el infierno antes que regresar con ella. Ya me liberé y no tiene forma de presionarme. Pudo haber pedido que me casara, pero la decisión de con quién es enteramente mía. Y, por supuesto, mi esposa jamás cruzará una palabra con esa víbora si puedo evitarlo.

—Eso es determinación, milord. Si no tiene miedo de la competencia, cinco días conviviendo con varias jóvenes le hará bien para despejar su mente y poder escoger a la indicada. No olvide cuáles son sus requisitos, en ocasiones, los bichos se meten en la bolsa de las habichuelas.

Entendía lo que su sirviente quería decir. Por supuesto que podía decir quién era un bicho en la bolsa de habichuelas: lady Daisy Preston. Ella no era una simple debutante, era una mujer inescrupulosa que no dudaría en enfrentarlo si la situación lo requería. En su profesión, sabía estudiar e identificar las actitudes de políticos que lo rodeaban y saber sus intenciones. La joven prefería no confrontar, pero tampoco se quedaba con las palabras atoradas en la garganta, era capaz de vomitarle lo que tenía. Su torpeza era lo único que la convertía en alguien distinto a su madre. La víbora mayor era incapaz de ser tonta o al menos dignarse a parecerlo. La delgada línea que las separaba podría cruzarse cuando Daisy quisiera más poder del que tenía, mas Charles nunca le permitirá ser nada en su vida porque era una mujer que en el futuro podría ser como la arpía que lo parió.

Esa invitación era su esperanza para conseguir a la adecuada, esa que encajara en la sociedad como la esposa de un hombre importante como él.

Él trataba de concentrarse en sus lecturas; sin embargo, no podía, recordaba que días atrás Daisy lo había llamado prescindible y, aunque no estaba lejos de la realidad, era ofensivo. Su respuesta rápida e ingeniosa lo descolocó, no pensó que ella podría ser tan lúcida y veloz para replicar. Tal vez solo fue un momento de suerte,

no quería saber nada más de la joven, quería alejarse y lo conseguiría. Sabía que lo más probable fuese encontrarla en varios lugares. Si se alejaba de ella, ni siquiera tendría que decir que debía invitarla por educación. Lo más sencillo era alejarse y evitar incluso al marqués, porque aquel era un imán para atraer a su cuñada.

Pidió a Steve que preparara un baúl con lo necesario para quedarse cinco días en un lugar. Sabía que ahí tendrían ayudas de cámara para atenderlo junto con el resto, por lo que no sería útil llevarlo.

Durante los días antes del evento, evitó aparecer por los lugares más concurridos. Escogió las veladas más íntimas, con personajes políticos como lord Bremerton. Hablaba mal de él con Mark, pero en el fondo, admiraba la locura de luchar por lo que creía correcto. Pocos podían jactarse de sus luchas y preocupaciones, solo mujeres sin juicio podrían rechazar a alguien que sirviera con tanto honor a su país. Si no fuese tan fanático de la política, estaría en el puesto que él llevaba.

En esos lugares había logrado no encontrarse con Daisy y eso le daba sensación de control; sin embargo, sentía curiosidad por saber de ella, si había conseguido a un tonto para casarse o no. No sabía la razón por la que esos pensamientos invadían su mente y lo arrastraban a pensar en una persona que no le convenía. Su sonrisa fácil era un problema, le resultaba insoportable verla sonreír ante cada cosa. Si chocaba, reía y si insultaba, también. Cualquier motivo era bueno para que ella pareciera burlarse de todos.

No sabía si era su parecer o esa joven se burlaba de cuanta persona podía, no le sorprendería, era evidente que se trataba de una niña mimada, cosa que él nunca fue. No le dieron ni siquiera una sonrisa desinteresada.

—Se corre la voz de que quieren casar al primer lord del Almirantazgo —dijo el conde de Bremerton con una sonrisa burlona

en el rostro.

Charles esbozó una sonrisa socarrona antes de replicar.

—Y dicen por ahí que dejaron a lord Bremerton vestido y alborotado. La candidata fue volando a los brazos de otro y ahora es marquesa...

Bremerton masculló una ligera maldición y bebió su whisky de un trago.

—Ese fue un golpe bajo, Mulgrave, pero algún día lo cobraré.

—Sabemos cómo mantenernos a raya y nos respetamos, eso es suficiente para estar en buenos términos, milord.

—Es cierto. ¿En verdad busca esposa?

—Sí, una que cumpla su papel con dignidad, que esté acorde a la posición que ocupo, que pueda ofrecer cenas a los demás miembros de la junta y que sea un manual de virtudes.

—Eso es fácil. Puedes casarte con cualquiera. ¿Qué quieres tú? Una cosa es lo conveniente y otra muy distinta es lo que deseas. Sin duda yo desearía a alguien que en mi casa demuestre que es distinta, que no quiera ser perfecta, que ese mundo de apariencia solo quede en los salones y para los eventos políticos importantes en donde se valoran el silencio y el comportamiento. Mi sueño es tener una esposa que sea igual que una mujer de burdel...

Lord Mulgrave escupió un poco de su whisky al oír semejante cosa.

—Creo haber oído mal...

—No, no escuchó mal, quizá entendió de manera equivocada. No quiero que se acueste con media ciudad, sino que sea como un confesionario, en donde pueda conversar y acostarme con ella. Esa es la vida que merecemos los caballeros. Cuando habla de una dama rígida, me dan ganas de cercenarme la entrepierna, lord Mulgrave.

Charles todavía no podía digerir las palabras de lord Bremerton. Este hombre habla bebido más de la cuenta y estaba contando sus bajos instintos o algo similar, porque nadie podía hablar de estas cosas tan abiertamente y mucho menos ellos que apenas habían cruzado palabras en pocas ocasiones. Esto le resultaba demasiado extraño.

—No sé qué decirle, lord Bremerton. Es algo que no me inculcaron.

—La mitad de esta ciudad sabe cómo lo educaron, lord Mulgrave, no me extraña que no persiga las cosas que provoquen felicidad o diversión. Debería expandir sus horizontes y salir del molde. Todos fuimos criados de diferentes formas, pero depende de nosotros continuar con ciertas enseñanzas.

—Estoy de acuerdo con que depende de nosotros hacerlo. No lo niego...

No sabía qué decir. Este caballero lo estaba teniendo de cena con lo que le decía. Esta era una de las razones por las cuales lo admiraba, sabía cómo atacar y en dónde hacerlo. Parecía solo un fanático de la política, pero detrás se escondía un animal hambriento de locura.

Esa conversación con lord Bremerton le hizo saber que muchos sabían que él en lugar de ser criado, fue torturado. Quizá muchos de ellos pasaron por lo mismo y trataban de continuar sus vidas tal como él lo estaba haciendo.

Cuando llegó el día de partir, Steve acercó todas sus cosas al carruaje para que Charles pudiese ir por cinco días a vivir una experiencia distinta. Antes evitaba cualquier tipo de evento parecido a este; no obstante, el tiempo apremiaba y él no podía darse el lujo de quedarse en un lugar esperando que la mujer perfecta apareciera de la nada, eso no pasaría, él debía buscarla y eso solo ocurriría de esta manera.

Sabía lo que debía evaluar en una mujer para tenerla en cuenta, aunque pensaba mucho en lord Bremerton y el marqués de Archer, puesto que le recordaban que una mujer podía tener otras preferencias y que podían rechazarlo. Esa idea era frustrante, pero comenzaba a aceptarla como parte del proceso de sanación personal.

# Capítulo 9

Daisy se encontraba en el carruaje en compañía de sus padres camino a un retiro campestre. No era algo que le gustara. Eran cinco días fuera de su cama, de su casa y sin estar con sus hermanas. Si bien muchas veces fue a la propiedad de sus abuelos, no lo había hecho sin Iris y Camellia. Dimitry tenía otros abuelos de madre a los que veía poco.

Sus padres estaban convencidos de que este tipo de experiencias eran buenas para conocer mejor a un candidato. Ahí se establecían los lazos más fuertes de conocimiento mutuo. Lo más probable era que eligiera a alguien y que con esa persona terminara pasando la mayor parte del tiempo.

Estas experiencias campestres tenían su cronograma bien establecido sobre lo que se haría durante los días que permanecieran allí. Lo más importante era que las personas que estaban ahí eran seleccionadas por alguna relevancia social. Por supuesto que la hija de un letrado como su padre no podía faltar.

Por un lado, se sentía entusiasmada por conocer algo distinto y por otro, asustada al no poder encontrar a alguien con quien pasar el tiempo. Temía ser la única que podría quedarse sola. Eso le hacía dudar de si era bueno o no.

Fueron un par de horas hasta llegar y, al hacerlo, la anfitriona los recibió con emoción. La familia Pemberton era conocida por sus veladas espléndidas y esta dama en particular era encantadora y una gran hacedora de parejas durante los últimos años. Algunos decían que ella tenía un buen ojo para que dos personas pudiesen encontrarse y decidirse el uno por el otro para casarse.

—¡Oh, lord Preston! ¡Su sobrina es hermosa! —exclamó al ver a Daisy. No dudó ni un segundo en pensar en el hombre perfecto que había confirmado su presencia.

Ella estaba acostumbrada a que las personas la llamaran «sobrina», pero con el tiempo se corregían, por lo que no era un problema mayor.

—Daisy es encantadora, su excelencia. ¿Su hijo está buscando esposa?

—Oh, él es un poco reacio al ambiente social. Está en una propiedad jugando a ser un terrateniente.

—¿Cuántos años lleva alejado?

—No me lo recuerde, lord Preston. Al menos una década. Siempre hemos deseado devolverlo al camino correcto, pero prefiere las tonterías. Esperemos que pronto se decida, ya no es tan joven. Quizá alguna de sus sobrinas sea el milagro que él necesita.

—Si es alguien tan huraño, prefiero mantenerlo lejos de mis hijas. Ellas son demasiado felices para juntarse con gente que no lo es...

Martha sonreía nerviosa ante lo que había dicho su esposo para rechazar a la duquesa de esa manera, aunque la mujer no parecía enfadada. Debía hablar con John sobre su sutileza, algo no estaba funcionando.

Daisy entendía que duquesa no sería, porque el hijo de esa dama ni siquiera estaba en la propiedad y, por cómo lo describió, prefería que estuviese lejos. Entre aquel y lord Mulgrave no había mucha diferencia en amargura y lo mejor era alejarse.

Cuando dieron unos pasos para entrar a la propiedad, otro carruaje paró detrás del de John Preston y su familia. De este bajó lord Mulgrave para sorpresa de muchos. La anfitriona corrió para recibirlo.

Daisy vio a lord Mulgrave y quiso que la tierra se la tragara, mas esbozó una sonrisa para continuar su camino hacia el interior de la residencia en compañía de su familia.

Charles vio que Daisy se alejaba y sintió algo extraño: tenía el impulso de seguirla, pero la duquesa de Pemberton se colocó frente a él como un muro impenetrable.

—Sea bienvenido, milord. Mi esposo está encantado con su presencia. Creo que su respuesta era la más esperada —saludó la dama con educación.

—Gracias, su excelencia. Esperaré conversar con su esposo, tenemos asuntos pendientes respecto a la junta de Almirantazgo.

—Supongo que por eso estaba tan entusiasmado; sin embargo, no olvide que usted está aquí para encontrar esposa. Considero que tengo a la candidata correcta para su persona... —afirmó en tono cómplice.

—Me alegra saber que me está ayudando a simplificar mi búsqueda. Confío en el criterio de una mujer de su reputación...

Ciertamente, esa dama se destacaba por urdir matrimonios ventajosos y exitosos, por lo que era confiable en ese aspecto.

—Por supuesto, sé lo que necesita un caballero de su clase. Confíe en mí.

La duquesa se sobaba las manos con ansiedad de poder hacer que sus planes tuviesen el efecto deseado. Haría hasta lo imposible

por juntar a este hombre con algo que se ajustara a sus necesidades y eso sería una dama que fuera feliz para sacarlo de su zona segura. Un hombre con tanta relevancia social y que estaba consumido por su papel, necesitaba frescura. Una joven con las características correctas haría que él ganara un buen ambiente matrimonial y reputación por el enlace con una familia importante. El letrado Preston no era cualquier hombre que llevaba papeles, era uno de los más inteligentes, que conocía los escondrijos más oscuros de las legislaciones vigentes. Además, era un aristócrata que solo había dejado de lado su título para hacer lo que le gustaba. Su verdadera influencia estaba en sus conocimientos necesarios para todo noble que se respetara.

Los sirvientes de la duquesa iban y volvían buscando baúles. Este tipo de acontecimientos eran trabajosos para la gente de la propiedad, pero era satisfactoria para la sociedad. Ella podía jactarse de sus éxitos. El fracaso no estaba en el vocabulario de esta dama, o conseguía casar a ciertos escogidos o prefería jubilarse antes que admitir que no lo logró.

Cuando llevaron al conde a su habitación, él observó el lugar y después miró por la ventana la gran extensión de tierra que se veía en el horizonte. Llevaba tiempo sin ir a ninguna de las propiedades que tenía en el campo, sus culpas no lo dejaban hacerlo, porque estaba ocupado cumpliendo el sueño de otros cuando él no tenía ninguno, pues toda su vida se dedicó a darle el gusto al resto.

Tal como lo hacían los otros invitados, Charles se recostó en la cama para cerrar los ojos. No estaba acostumbrado a viajes largos, puesto que se mantenía en Londres por asuntos importantes, era parte importante de la contingencia del país. Pasaba mucho tiempo cerca del monarca y de sus consejeros.

A veces se sentía agotado, pero ese era el lugar para el que fue designado gracias a que su padre no había dejado de insistir en que él era su legado. Aquel fue un hombre que conocía los escondrijos y

los secretos de la corona, pero Charles lo único que había deseado era ser un caballero común, como el resto, de esos que se encargaba de hacer crecer su patrimonio, ser un terrateniente, cabalgar al atardecer y beber quizá hasta perder la conciencia cuando estaba feliz; sin embargo, no tenía nada de lo que deseaba.

Después de despertar con el sonido de unos golpes en la puerta, se dio cuenta de que era probable que sirvieran el almuerzo. Un sirviente le ayudó a cambiarse la ropa de viaje por algo más cómodo.

El conde se dio cuenta de que las habitaciones estaban intercaladas. Vio a varias damas salir de su misma ala de la residencia, lo que significaba que los pasillos no estaban sexados como se él esperaba. Eso le daba ciertas posibilidades de cruzarse con lady Daisy Preston.

Tan solo al dar unos pasos, vio a la joven saliendo de su habitación, estaba ubicada casi frente a la suya.

Daisy vio al conde en el pasillo y no sabía qué hacer, no quería conversar con él, aunque no parecía tan estirado como la última vez que lo vio. Optó por hacer una inclinación de cabeza educada.

Lejos de sentirse contento con la miseria de su contacto, Charles quiso alcanzar a la joven.

—No sabía que estaría aquí —confesó Charles con una sonrisa socarrona. Ni siquiera sabía la razón por la que estaba persiguiendo a esa mujer.

—Buenas tardes, lord Mulgrave. Yo tampoco sabía que lo invitarían. Es agradable poder saludarlo otra vez… —dijo para quedar bien. Era evidente que ninguno de los dos estaba muy seguro de lo que debían hacer.

—Creí que era un evento exclusivo, pero me doy cuenta de que no lo es tanto.

—Ajá. Digo lo mismo.

—Me llamó prescindible…

—Oh, lo siento, fue una tontería por mi parte hablar tan claro. Si le cuesta admitir la verdad, puede conversar con el letrado que pueda guiarlo en sus dudas. No debería guardar rencor por tonterías. Deberíamos admitir la realidad, no le agrado y nunca lo haré. ¿No le parece que podríamos vivir en paz si solo nos ignoramos? Usted busca la esposa que quiere y yo el esposo que merezco. No debería ser algo muy difícil de hacer. Lo que menos quiero es tener problemas o enemigos fortuitos que drenen mi energía de mi verdadero objetivo.

Él no dejaba de sorprenderse con Daisy, ella abordaba el problema sin importar que incomodara el asunto. Le dijo lo que quería de la vida y le dio una disculpa petulante, aunque alcanzaba a cubrir lo que él pensaba que era una ofensa con justa causa.

—Está bien admitir sus errores. ¿Me permite acompañarla hasta el comedor? —preguntó con serenidad.

—Por supuesto.

No sabía la razón por la cual aceptó al conde, no debió hacerlo, pero ahí estaba ella, caminando a su lado sin entender por qué él se acercaba a la joven después de saber que no eran buenos el uno con el otro.

Caminaban juntos, aunque en silencio. Daisy evitaba mirarlo, pero de vez en cuando le dedicaba unas miradas furtivas hacia él con el objetivo de saber si la estaba mirando, y para su sorpresa, lo descubrió viéndola más de una vez.

La duquesa los recibió en el comedor y les indicó que todos los asientos tenían los nombres de las personas colocadas frente a la servilleta.

Los dos buscaron sus lugares y se dieron cuenta de que debían estar juntos, uno al lado del otro, lo que significaba una conversación incómoda y obligatoria. Tomaron asiento y esperaron al resto de los asistentes. Aún no se habían presentado todos, pero los que ya estaban debían almorzar.

El almuerzo era de cuatro platillos, incluido el postre. Daisy no conocía a la dama sentada a su lado, por lo que miró a su compañero de la derecha y, antes de hablar, se rascó la mejilla.

—El faisán es uno de mis platillos favoritos, aquí dicen que lo servirán después de la primera entrada —comentó para que el conde la oyera.

Él se sorprendió de que ella le hablara, y en lugar de mostrarse grosero o altanero, miró el papel sobre su plato y replicó.

—Coincido con usted. Es uno de los mejores menús para comer en un evento como este. ¿Vio el postre?

—También es exquisito… —respondió con tranquilidad—. ¿Y su amigo, lord Milltown?

El ceño de Charles se frunció. ¿Por qué razón le había preguntado por Mark? ¿Acaso estaba interesada en él?

—No fue invitado y no hace falta que le diga la razón. Algunas damas mayores creen que los extranjeros podrían llevarse a las mejores mujeres inglesas.

—Oh, no sabía que en esta sociedad fuesen tan prejuiciosos. Su amigo es un hombre educado, amable y agradable.

—¿Hubiese preferido que él estuviese aquí antes que yo?

Ella lo miró con desconcierto. Para ella una cosa no tenía que ver con la otra.

—Con ustedes son experiencias distintas. Usted es un hombre más serio y lord Milltown es carismático por naturaleza. ¿Puedo preguntar por qué quiere saber lo que pienso de usted y de él?

—Simple curiosidad. Todos somos diferentes, milady. Usted es distinta a otras damas y no por las razones correctas, sino por las contrarias.

—Siempre trata de causar incomodidad entre nosotros, lord Mulgrave. Deberíamos mantenernos alejados el uno del otro por seguridad. No he hecho nada para que no me tolere, salvo existir cerca de usted. Es una lástima que ahora tengamos que compartir espacio por los siguientes cinco días.

# Capítulo 10

—Si no quiere estar cerca de mí, pediré a la duquesa que me cambie de sitio, junto a alguien más educada. No quiero interferir en sus sueños de paz, lady Daisy.

—No se trata de eso, es solo que…

Los sirvientes colocando los platillos sobre la mesa los interrumpieron. Tuvieron que guardar silencio para no delatar que estaban atravesando una crisis de compañeros de asiento. Lo malo tendrían que abordarlo después, una vez que terminaran el almuerzo, porque uno de ellos no estaba dispuesto a soportar las majaderías del otro.

El faisán era el platillo que colocaron frente a ambos. Lo disfrutaron en silencio, solo oyendo las conversaciones que se daban alrededor de ellos. Como era costumbre, se miraban de reojo cuando el otro no miraba, aunque llegaron a coincidir una vez y a Daisy se le resbaló el tenedor al descubrirlo con sus ojos fijos en ella. Esos iris grises que parecían al agua congelada la escrutaban y se sentía incómoda. No sabía cómo describir lo que sentía al estar cerca de él. Su carácter desagradable era cuestionable y ella no estaba dispuesta a darse una oportunidad de descubrir nada de lo que estuviese guardado más allá de su fachada y aquel parecía conforme con ese trato. Ella quería mantener distancias, ¿para qué forzar un acercamiento que ninguno de los dos deseaba?

Charles intentaba no prestarle atención a la joven, mas era inevitable, su torpeza era evidente. A ninguna dama bien educada se le caía un tenedor en el plato haciendo que un sonido estridente se extendiera por todo el comedor. No era apta para nada, pero no comprendía cuál era su interés al observarla con tanto apego.

Una vez llegó el postre, colocaron frente a ellos *créme brulée*. Él comió con tranquilidad, aunque no sin observar a su vecina.

—Pueden pasar al salón, ahí tenemos las actividades para después del almuerzo, por supuesto, también pueden seguir descansando —anunció la anfitriona.

—¿A qué actividad irá? —preguntó Daisy sorprendiendo a Charles.

—¿A cuál no irá usted?

La joven sonrió.

—Esa es respuesta suficiente para coger un libro. Eso no está entre las actividades de la duquesa. Que esté bien, lord Mulgrave. —Daisy se despidió de él con una sonrisa burlona.

Faltaba poco para que él estallara después de haber sido burlado de esa manera. Quería dejarla mal parada, pero el mismo Charles terminó mal. El rechazo era evidente e incuestionable; no obstante, ambos se esforzaban para que el otro se enterara de que era insoportable.

Vio a Daisy ir escaleras arriba, mientras él permanecía en el salón para ver las actividades propuestas. Montar a caballo era una de las que le gustaría, aunque no con otras personas, prefería hacerlo solo, como la mayoría de las cosas. No se encontraba su amigo, Mark, por lo que debía aprender a divertirse con su propio espíritu.

Regresó a su habitación y se colocó una ropa de montar. Le quedaba como un guante, era exactamente de su talla, pese a no cabalgar al menos por el último año.

Una vez listo, abrió la puerta y Daisy también lo hizo. Aquella tenía un libro grueso en la mano.

Aquella lo recorrió de pies a cabeza, intentando que él no se diese cuenta. Esa ropa le sentaba a la perfección y se veía más atractivo que nunca, incluso le hacía olvidar que lord Mulgrave podía ser despreciable. Su belleza lo cambiaba todo. La fusta en la mano lo dejaba más regio que nunca, en verdad, era atractivo. Su mirada la traicionaba al observarlo.

—Un libro muy grueso para cualquier persona, eso parece una novela barata —dijo Charles sin delicadeza.

En ese instante el encanto se rompió.

—Tenga cuidado, no se golpee con la fusta.

Pasó de largo contoneando la cadera para dejarlo atrás.

El conde la recorrió a la joven que se perdía frente a él y no podía dejar de verla. Su rostro burlón era algo que detestaba cuando insultaba su seriedad, pero le gustaba observarla físicamente porque era una belleza natural con piel de porcelana. Esas diferencias hacían que se cuestionara muchas cosas, porque dentro de él vivía un ser tan infeliz que no quería creer que otros podían ser felices y ella lo era, tomaba su sarcasmo como un arma para hacerle ver las estrellas con sus devoluciones prácticas.

La siguió a una distancia prudente. Sus botas hacían un poco de ruido en el amplio pasillo de la residencia. Ella giró un par de veces para ver si Charles la seguía y ahí estaba él. Su corazón latía desbocado y no comprendía por qué, solo sabía que tenía que ver con el hombre atractivo que la seguía a una distancia prudente.

Cuando salió al jardín pudo perderlo de vista y suspiró. Caminó por la propiedad, alejándose de la casa para buscar un lugar

perfecto para su lectura. Desde la distancia podía apreciar lo majestuosa que era esa residencia de campo de la familia Pemberton.

Se sentó bajo un árbol y continuó con su lectura que empezó en el carruaje. Leyendo, escuchó que los caballos partían con direcciones variadas. Consideró montar al día siguiente, sin que el conde estuviese acechando.

No sabía cuánto tiempo pasó, estaba sumergida en su lectura hasta que escuchó un caballo galopando cerca. Al levantar la vista vio al conde de Mulgrave descendiendo del caballo con la fusta en la mano.

Lord Mulgrave no había podido dejar de pensar en Daisy el tiempo que estuvo cabalgando. Primero se unió al grupo, pero después se alejó, puesto que su mente estaba en otro lugar: la joven con el libro en la mano.

—Lea en voz alta —ordenó recostándose por el árbol bajo el que estaba Daisy.

Ella pudo haber respondido con sarcasmo, pero prefirió obedecer. Eso le pareció la mejor respuesta.

La voz de la joven era como el arrullo del viento, por primera vez podía decir que disfrutaba de una lectura absurda, pero ella lo hacía parecer maravilloso. Ese fue el momento en que cayó en cuenta de que lady Daisy Preston sería una piedra en su zapato.

Daisy no quería fallar en ninguna palabra durante su lectura. Tenía a un oyente inesperado, tal vez esperando que se equivocara para burlarse despiadadamente, por más que no pareciera estar interesado en hacerlo. Tenía el rostro relajado y miraba hacia el horizonte, como si estuviese perdido en sus pensamientos.

El caballo se alejó de ellos para pastar, mientras ellos seguían inmersos en aquella lectura. Ese parecía ser un pacto de no agresión verbal.

—Recuerdo que me gustaba leer... —comentó interrumpiendo la lectura. Estuvo reflexionando tanto en ese tiempo que la oía, que pudo recordar algo distinto a los maltratos de su infancia y adolescencia.

Cerró el libro para prestarle atención al conde.

—¿No acostumbra a leer? Para mí es como otra vida, una en la que todo es posible, en donde el límite es solo la imaginación.

—No, ya no lo hago. Me hicieron leer cosas que odiaba y perdí el gusto por la lectura.

—Lamento oír eso.

—Más lo lamento yo. —Charles la vio bajar la mirada y entendió que había arruinado algo. Tampoco debió contar algo que era tan suyo a alguien como ella.

Se alejó del árbol, hizo una breve inclinación de cabeza y fue a buscar a su caballo.

Esa actitud confundió a Daisy que, desde un principio, no entendió la razón por la que él fue a oírla leer y mucho menos comprendía el porqué de sus confesiones. Esto dejaba más intrigada a la joven. Quizá lord Mulgrave no era solo lo que dejaba ver y dentro de él existiera algo que lo llevara a ser ese hombre frío, serio y que intentaba ser convincente. Parecía estar huyendo de algo y, pese a que su conciencia le decía que lo dejara pasar, se quedó interesada en saber el trasfondo de lo que ocultaba el primer lord del Almirantazgo.

Durante el resto de la tarde, no pudo evitar pensar en teorías de lo que le ocurría a lord Mulgrave y, llegó a una conclusión triste y conocida: la educación de su casa. Sabía que no muchos eran criados con amor como lo hicieron con ellos. Había oído casos por los preceptores de sus hermanos, sobre niños que eran exigidos al máximo. La rigidez en el carácter de ese hombre podría tener una explicación en eso. Su carácter estaba curtido por el maltrato y la supervivencia. Eso explicaba el porqué aquel ya no leía, le hicieron leer algo que no quería, cuando la lectura era un gusto y no una obligación.

Ella quería saber si el marqués había logrado su objetivo de cambiarse de lugar, porque si iba al comedor y volvían a tener un desacuerdo, el asunto podría ponerse desagradable.

Los padres de Daisy participaron de la hora del té, aquel estaba más dirigido a los acompañantes de las damas que fueron.

Durante que estuvo sin hacer mucho, no cruzó palabras con otras mujeres, pues parecían desear estar lejos y ella no era capaz de invadir el espacio de nadie. Y, sobre los caballeros, ellos parecían estar ocupados en grupos. Habían ido para conocer a las damas y preferían estar juntos. Esperaba que pudiese conversar con alguno más adelante o ese evento sería considerado un fracaso. No había ido hasta ahí para perder tiempo.

Esa noche se llevaría a cabo un baile de recepción para los invitados, no eran más de cincuenta personas, un número manejable para una familia como esa.

Daisy se preparó con un vestido elegante en color marfil. Había llevado vestidos sencillos para el día y para la noche estarían los más deslumbrantes. Los colores que las debutantes usaban no podían ser tan osados, por lo que ella había optado por una gama de colores claros y pálidos. Confiaba en que su belleza innata hiciera la mayor parte del trabajo.

Oyó unos golpes en su puerta. Sabía que eran sus padres porque los estaba esperando para poder ir juntos. Salió y cogió el brazo de su padre para ir caminando con él.

—¿Volviste a ver al conde de Mulgrave? —preguntó John a su hija.

—Sí, cuando fue a cabalgar. Se reunió conmigo en una colina cercana...

—¿Estuviste a solas con ese hombre? —interrogó Martha, que trató de que nadie la oyese preguntar eso.

—Sí, pero fue respetuoso. Es incapaz de acechar a una dama, le aseguro que no sabe ni siquiera por dónde empezar. Solo estuvo ahí oyendo mi lectura al menos por una hora, después dijo unas palabras y se fue. Él es extraño, no hay otra palabra más para describirlo.

—Con tantas mujeres aquí fue detrás de ti. Sospechoso... —murmuró su padre.

—No me desee el mal, padre. Además, no está interesado en mí y yo tampoco en él.

—Oh, lady Daisy, ¿cómo le va en el pianoforte? —preguntó la duquesa que se acercó a la familia de ella apenas los vio.

—Bien, su excelencia.

—Me alegra saberlo. Lady Anabelle tuvo un accidente con las riendas de su caballo y sus dedos han quedado lastimados. Necesitamos a alguien que la reemplace. Tenemos las partituras, no se preocupe, solo debe seguirlas.

Ella dudaba en aceptar. Miró a su madre que asentía. Sabía que Martha veía eso como una oportunidad para mostrarse ante los caballeros, por lo que asintió. La duquesa no tardó en atenazarle un brazo para arrastrarla hacia el área en el que estaba el pianoforte. Ni siquiera pudo despedirse de sus padres.

—Esta es una gran oportunidad, milady. Los caballeros siempre buscan el talento. Quizá de esta manera, lord Mulgrave se decida a pedirle matrimonio.

Los ojos de Daisy se abrieron de par en par y su corazón comenzó a latir con fuerza. ¿De dónde sacaba esa idea tan absurda? Eso, en lugar de ser algo bueno, parecía un castigo divino.

—Hay más peces en el mar, su excelencia... —musitó como una corrección a la dama.

—Sí, querida, hay peces pequeños y peces grandes, ¿cuál preferiría? Supongo que el grande. También hay damas de diferentes estatus y usted está arriba, por lo que debe casarse con alguien de su nivel. Lord Mulgrave es adecuado, es importante para el país y posee una fortuna que parece inagotable. No sea tonta y no se deje llevar por lo que se ve en la superficie. Hay mucho detrás de esa seriedad.

# Capítulo 11

No sabía si dudar del buen juicio de la mujer o del de ella. Daisy no podía creer que alguien que la rechazaba en realidad quisiera algo, mucho menos matrimonio. Estaba incrédula ante esa idea.

—Es aquí, mire las partituras y avise si no conoce alguna, la saltaremos y así podrá tocar algo que sí conozca. Después del almuerzo este será su rincón por un rato. Una dama debe deleitar a los presentes, después le pediré al señor Damon, preceptor de mi hijo menor, para que toque el resto de las piezas. Ahora iré a verificar que todo esté listo para la cena. No dude en acudir a mí si no comprende algo.

La joven asintió y vio a la duquesa, apresurada, recorriendo los rincones y saludando a sus invitados con una sonrisa. Daisy cogió las partituras, recorrió cada una de ellas y sonrió al ver que conocía todas. Eso era algo bueno, no pasaría vergüenza. Ciertamente, no era la más destacada de sus hermanas, pero intentaría defender el honor de todas. La música era solo una pieza más del rompecabezas que significaba ser una casadera.

Mientras dejaba la partitura en un sitio, caminaba por el salón buscando al conde de Mulgrave, pero no lo veía. Quizá seguía descansando y pidió que le llevaran la cena al dormitorio; sin embargo, al pasar un pilar, chocó con él y el contenido de la copa del hombre perdió unas gotas.

Los ojos de Charles estaban rojos de rabia. Tenía whisky en los zapatos. Cuando levantó la vista, ahí estaba lady Daisy Preston, una mujer que era un verdadero peligro.

—¿Me ha cogido como víctima de sus distracciones, milady? —cuestionó con burla.

—Lo siento, estaba concentrada en otra cosa, lord Mulgrave. Discúlpeme, no lo hago a propósito.

—No parece que así sea. Disfruta acercarse para molestar.

—Vaya, lord Mulgrave —masculló con molestia—. Me disculpé con usted todas las veces en las que he fallado. Debería completarse como un caballero, recuerde que estos no tienen memoria.

—Supongo que habla de hombres de unos cien años, seniles. Esos no tienen memoria, pero yo, con casi treinta sí, la tengo y de sobra. Baje de su nube de algodón aquí, a la tierra y deje de atropellar a hombres inocentes.

Ella se quedó boquiabierta por la brusquedad de las palabras del conde y después este se alejó.

—El pez más grande, pero de una pecera —masculló alzando la barbilla. El conde no tenía mucho de caballero y Daisy comenzaba a entender que no importaban sus sufrimientos, la grosería no debería ser un arma para nadie.

Cuando Charles se alejó de Daisy, lo hizo con el pecho subiendo y bajando por la respiración agitada. Ella estaba en todas partes, trastornando su vida, su mente y sus pensamientos. Todavía no comprendía en qué le afectaba. Oírla leer esa tarde, estrechó un lazo desconocido hacia la joven y eso le daba temor, porque algo desconocido se alojaba en su interior, no sabía lo que significaba, pero estaba amenazando su forma de vida. Ser espontánea era una de las peores cosas que alguien que solo hacía todo por un fin podría tolerar.

No se sentía bien junto a Daisy, le removía sensaciones que no conocía y a las que les temía.

Cuando vio a la atareada anfitriona, se acercó para pedirle el cambio de lugar.

—Su excelencia, quería conversar con usted...

—Oh, esperaba que se acercara, lord Mulgrave. Lady Daisy Preston estará encargada del piano. Espero que le agrade mucho más la joven. He visto que se llevan muy bien y conversan con frecuencia...

Él le entregó una sonrisa nerviosa, ¿se llevaban bien? Quería saber cuánto opio había consumido esa mujer para tener la realidad tan alterada. Faltaba poco para que se arrancaran los ojos.

—Por el contrario... —Charles no pudo continuar, porque la duquesa, con tono cómplice y confiado susurró—. Sé lo que me pedirá, lord Mulgrave. Está encantado con ella y lo que haré es darle más tiempo. De aquí usted tiene que salir con la idea de comprometerse con lady Daisy. Es una mujer encantadora, inteligente y de buena familia, es un pez gordo, milord.

¿Cómo podía sacar a esa mujer de su error sin ser maleducado o parecer demente y paranoico? Lo mejor era callarse y asentir. Pelear con una matrona obsesionada no era algo que le hubiesen enseñado. Escapar de las batallas que uno no podía ganar no era cobardía.

Terminó dándole un asentimiento, aceptando su destino. Pasaría aún más tiempo en compañía de la mujer de sus pesadillas. Lo que podía hacer era ignorarla más de lo necesario.

El mayordomo avisó que se serviría la cena. Un mozo indicaba quienes irían juntos a la mesa. Charles se colocó con obediencia y esperó que su pareja apareciera, no quería suponer mal, pero creía que Daisy sería la desafortunada criatura.

Daisy dejó su copa y siguió a sus padres. A ellos los colocaron un poco atrás, mientras que un mozo de rostro afable le hizo un gesto para que lo acompañara. Le indicó su sitio en la fila y ahí, a su lado estaba lord Mulgrave, con su rostro impasible, mirándola de reojo como si fuese una criatura inferior. No pensaba decir nada, quería mantener la distancia más respetuosa que le permitían.

El mozo le indicó a la joven que debía coger el brazo del caballero para pasar. Ella tuvo que mirar a Charles antes de decir:

—¿Podría ofrecerme su brazo? Procuraré no arrancárselo de un tropezón.

Él cedió al instante y, de nuevo, sus brazos estaban entrelazados. No era la misma sensación de la primera vez en aquel baile, esto era distinto. Entre ambos existía algo que hacía que se repelieran, pero también que se acercaran. Era una atracción implícita que ninguno de los dos estaba dispuesto a ver hasta dónde los llevaba. Charles sabía que era una mujer que no le convenía por su conducta poco pensada y su torpeza, mas era la criatura que salía de todo el esquema que conocía, de la seguridad, de lo predecible.

Ambos ponían sus rostros impasibles mientras caminaban hacia el comedor enganchados por sus brazos, pero sus corazones palpitaban a un ritmo espeluznante, como si pudiesen detenerse en cualquier momento y matarlos.

Esas miradas furtivas que se dedicaban decían mucho de los dos. Los demás no lo notaban, sin embargo, cuando ellos estaban cerca, las chispas saltaban.

De nuevo se sentarían uno junto al otro. Charles separó la silla para que ella pudiese sentarse. Cuando él se acomodó trató de evitarla mirando hacia otro lado o conversando con el caballero junto a él. Era uno de sus conocidos del mundo político por el que pululaba Charles y la conversación era fácil y ligera, mientras que

Daisy le sonreía a los demás de manera nerviosa. A ella le gustaba ser amistosa, pero se dio cuenta de que el mercado matrimonial no era tan sencillo, pues las otras mujeres la veían como una competencia a la que debían derribar. En verdad sí eran competencia, ya que buscaban lo mismo: un esposo.

La joven que estaba frente a lord Mulgrave lo miraba con interés. Esa era lady Miranda Durand. Había oído hablar de ella, pero solo de paso. No la había estudiado, quizá fuese un error no haberlo hecho, porque su carácter era tranquilo, creció con mucho afecto y sin competencia con sus hermanas, lo que le hacía difícil pensar que otras damas pudiesen ser desagradables. Se dio cuenta de que no estaba preparada para el mundo en ese aspecto. Le enseñaron lo necesario para conquistar, pero no para repeler ataques de su propio sexo. Todo se reducía a matar o morir en el mundo matrimonial.

—Lord Mulgrave, me gustaría saber si es cierto que se encuentra con permiso de sus funciones como primer lord del Almirantazgo... —pronunció Miranda, interesada en ese hombre.

Lord Mulgrave observó a la joven de cabellos marrones y ojos avellana. Parecía una mujer de inteligencia aguda.

—En efecto, milady... —correspondió con cortesía.

—Qué interesante. Oí que de aquí saldrá usted casi comprometido.

El hombre que parecía ser la pareja designada de Miranda frunció el ceño con molestia al oírla ser metiche.

—Los rumores han existido desde el origen de los tiempos. No se deje llevar por ellos. Ninguna dama ha podido atrapar mi atención en este tiempo, dudo que esta velada lo haga.

Daisy se mantenía al margen, viendo cómo los sirvientes llenaban las copas de vino de los asistentes. Lady Miranda estaba a poco de hincarle un diente al conde, por lo que ella murmuró:

—Debió pedir el cambio con esa mujer y librarse de mí. Ella está a punto de caminar sobre la mesa para acercarse a usted...

A él le sorprendió que apenas abriese la boca para cobrar aquello. ¿Qué podía incomodarle en esa conversación?

—¿Le molesta que milady sea introvertida?

—Es una dama que no comprende que la comunicación entre solteros no es igual. Aquí nos han colocado para hablar con el de al lado. La norma es clara. Pensé que buscaba una esposa acorde a usted: seria y que siga las reglas.

—¿No me diga que está celosa de la atención que le ofrezco a la dama?

—Por favor, lord Mulgrave, no quiero reírme a carcajadas, no se vería bien. No podría estar más desinteresada en sus actividades que su propia madre. Puede convertirse en alfombra o mejor en una copa si le interesa tanto lo que sale de los labios de esa dama —dijo Daisy acomodando su servilleta.

—¿No le gusta no ser el centro de atención? Me tiene aquí, a su lado, podría conformarse con mi compañía a no ser que decida echarme encima una copa de vino para que pueda sentir mejor su presencia.

Daisy sabía que aquel la estaba provocando con sus insinuaciones de interés, quería saber cómo ella iba a responderle y lo que haría lo dejaría sin ganas de desear volver a entrometerse con alguien como su persona.

Rio cantarina y con mano derecha le tocó el brazo izquierdo, ver su reacción era algo que no tenía precio.

Al sentir el contacto, Charles se quedó helado. No había experimentado algo similar en su vida. Era algo que sin dudas hizo que su mente viajase más allá de lo que permitía la imaginación. Su entrepierna se enfureció al instante y no sabía qué hacer más que sonrojarse. Si colocaba su servilleta sobre sus muslos, aquello parecería un fantasma. Decidió cubrirse con el mantel y mirar a Daisy con reproche.

—Si quiere perder la mano, siga tocándome —la amenazó con seriedad y en un tono que no ameritaba dudas de que eso le ocurriría.

La joven, aunque con la mirada desafiante, retiró la mano con cautela. Había logrado incomodarlo y como un premio extra: callarlo.

El conde se quedó quieto, sin mirar a nadie, ni siquiera a Daisy. Ella había despertado en él un cosquilleo que solo se le antojaba cuando quería pasar la noche con alguien. No era el mejor lugar para sentirse excitado y menos que la criatura que causó eso fuese justamente la más torpe de ese salón.

Cuando sirvieron la entrada, los dos se ignoraron y la conversación con lady Miranda había terminado sepultada. Daisy estaba conforme, mientras que Charles todavía seguía incómodo. No quería mirar a su compañera de al lado porque temía la reacción de su propio cuerpo.

Las conversaciones de alrededor eran como murmullos que no lograban descifrar. Estaba cada uno en su mundo, por lo que ellos parecían ser los únicos hacedores del silencio. La tensión entre los dos crecía a pasos agigantados. Al final de los cinco días solo uno quedaría en pie y ambos confiaban en que sería cada uno.

Al llegar al postre, ninguno de ellos había cruzado palabra después de la amenaza de Charles. Se levantaron de la mesa para que cada uno de ellos fuese a hacer lo que deseaba, aunque Daisy solo podría ocuparse del bendito pianoforte que le habían encargado.

Mientras que Daisy se iba, Charles la seguía, observando sus movimientos, percibiendo su perfume que antes había pasado desapercibido por su rechazo; sin embargo, en ese instante, todos sus sentidos estaban alerta y se sentía como un verdadero cazador.

# Capítulo 12

Cuando llegó hasta el pianoforte, sintió la mirada de alguien quemando su espalda. Tomó asiento y giró un poco la cabeza hacia la izquierda. Vio a lord Mulgrave mirándola sin vergüenza, sin ningún atisbo de querer desviar sus ojos. Parecía más interesado que nunca en ella.

Colocó la primera partitura y trató de fingir que no estaba incómoda y que no había cometido un error al tocar el brazo de un caballero de manera tan alevosa. Lo hizo sospechando que alguien con su seriedad desprecia el contacto con quienes creen inferior. Tocarlo fue un desafío que ella afrontó para acabar con la conversación entre él y Miranda. No sabía la razón, solo lo hizo porque le molestaba ver la lengua de esa víbora deslizándose por su compañero de mesa. Se cuestionaba si acaso estaba enloqueciendo por tener que verlo tanto tiempo o porque le llamaba la atención que estuviese con ella una hora oyéndola leer solo para después irse sin dar más explicaciones. Eso solo podía tratarse de algún secreto que no quería que se supiese.

—Oh, querida, es usted tan responsable —musitó la duquesa que se acercó a ella—. Empiece, por favor.

Daisy respiró y comenzó con los primeros acordes.

El conde cogió una copa de whisky y fue a buscar el mejor lugar para poder ver y oír el espectáculo que Daisy llevaría a cabo. Se colocó frente a ella, acercándose mucho al pianoforte. Esperaba que cuando levantara la vista lo viese ahí. También merecía sentirse incómoda. Aquella parecía conocer su debilidad y él las de ella de una forma extraña, iban de suposición en suposición; no obstante, resultaba. Dio unos sorbos a su copa a la vez que disfrutaba de la buena mano de ella. Tenía talento, era un poco lenta, pero entendía

que no todas las damas se especializaban en algo, sobresalía entre muchas otras personas que conocía y eso era lo importante.

Por un segundo, la imaginó en su casa, sentada frente al pianoforte ejecutando una melodía que le encantara, mas al segundo recordó a su instructor. Aquel hombre horrible que le había torcido los dedos por hacerlo mal.

Él tragó saliva, retrocedió y se terminó su copa. Esos recuerdos de su infancia lo mortificaron y llenaron de ira.

Los demás asistentes y Daisy dirigieron sus miradas hacia donde creían que salió el sonido. Ahí estaba el conde de Mulgrave con el ceño fruncido y las manos en puños, con la rabia destilando en sus ojos.

Daisy se convencía de que Charles estaba siendo raro o que ya no podía ocultar ciertas cosas. Su comportamiento nunca fue normal, ni la distancia que tomaba, ni la actitud que lo caracterizaba.

Una vez que Charles se recompuso de la conmoción, observó a todos quienes tenían los ojos puestos en él. Hizo una inclinación de cabeza y se retiró hacia el jardín.

Ella quería correr tras el conde solo por curiosidad y preguntarle, ¿qué le ocurría? ¿Cuál era la razón por la que no la soportaba? Tenía la sensación de que cuando volvieran a encontrarse, él la odiaría más que de costumbre.

Tuvo que seguir con más piezas hasta que sus dedos comenzaron a cansarse. Cuando le tocó la última quería saltar de felicidad porque ya ni siquiera sabía si sus ejecuciones eran correctas o inventaba algo nuevo.

La gente la aplaudió al terminar y ella se retiró moviendo los dedos para sacarlos de la tortura musical a la que fueron sometidos

por una matrona que no tenía otro plan de respaldo para promocionar a otra joven, o quizá lo hizo con intención, aunque si quería emparejarla con lord Mulgrave las cosas le salieron mal.

Al poco tiempo apareció un hombre mayor, de aspecto culto y elegante, ese debía ser el señor Damon, preceptor del hijo menor de la mujer.

La joven cogió una copa de vino y fue bebiendo a sorbos educados. Sus manos seguían cansadas, pero trataba de sobrevivir a ellos. También, buscaba al conde con la mirada, pero aquel no había vuelto en todo lo que había durado su concierto.

Pensaba en ir a buscarlo, pero eso parecía una tontería, mas su curiosidad era terrible, quería saber lo que le ocurrió.

Caminó hacia el jardín fijándose que nadie la viera haciendo eso. Su institutriz y la señorita Bruster le dijeron que los jardines eran los lugares más peligrosos, en donde se encontraba el verdadero mal, pero ni a ella ni a su curiosidad les importaba lo suficiente. Meterse en algún lío parecía más atractivo que un salón caluroso.

Al llegar ahí, vio de lejos una figura recostada en una estatua que parecía de un cisne. Distinguió que el humo escapaba de la boca de esa persona de forma ondulada. Ella se acercó con cautela hasta que aseguró que ese era lord Mulgrave.

Cuando Charles notó la presencia de Daisy, evitó verla. La había oído tocar desde esa distancia con un cigarro en la mano. Aquello le daba un poco de estructura a su noche. Ella le había dado recuerdos dolorosos.

—Pensé que seguiría torturando a los presentes —masculló sin mirarla. Quería seguir siendo ese ser desagradable de siempre.

—Por mi bien, he dejado de torturar, pero a mis dedos. Quería saber cómo se sentía. Esta tarde se comportó muy extraño y ahora también. Me juzgó de torpe cuando usted rompió una copa.

—¿Solo vino a reprochar que rompí algo?

—No. Vine porque mi curiosidad dice que usted oculta algo.

—No, no puedo ocultar nada. La rechazo y no quiero que me moleste.

—Siempre tan grosero. Eso podría llegar a convertirse en algo encantador para otros, pero no para mí.

—Vaya, vino a afilar su lengua creyendo que soy una piedra. Juegue su mejor teoría para desmontarla con gracia.

—Está bien. Mi inteligencia de tonta dice que usted tiene un problema.

—Su inteligencia es brillante...

—Déjeme terminar, milord. Consideré, por los hechos, que tuvo una infancia difícil y que le obligaron a hacer cosas que no quería. La lectura es un punto de inflexión, pero el pianoforte parece ser su punto de quiebre.

Los ojos de Charles se llenaron de furia y los dirigió hacia Daisy. Arrojó su cigarro al césped y caminó a largas zancadas hacia ella hasta cogerla del brazo con fuerza.

El corazón de Daisy latía con fuerza por el susto. Ni siquiera alcanzó a verlo llegar junto a ella, furioso. Su agarre era despiadado y le hizo sentir dolor.

—No debería meterse en mis asuntos. Mejor continúe tocando para los demás —gruñó todavía apretando su brazo con fuerza.

—El señor Damon está tocando para los demás. Suélteme, me lastima —expresó intentando zafarse.

Ese nombre lo golpeó haciendo que él soltara a Daisy. Negó con la cabeza y se apresuró a mirar por la ventana hacia dentro del salón. Ahí estaba ese hombre, aquella alimaña sin corazón, todavía impartiendo sus métodos. Sus uñas se clavaron en su carne con tanta fuerza que se estaba haciendo daño.

Confundida y con lágrimas en los ojos, Daisy retrocedió. Se acariciaba el brazo para que no le quedara algún moretón. No entendía por qué había sido tan malvado con ella. Se alejó corriendo para regresar al salón.

Charles oyó el sonido del césped y se dio cuenta de que Daisy se alejaba. Él dejó de tensarse y miró la palma de sus manos. La sangre comenzaba a asomar por la piel maltratada. Se arrepintió de lo que había hecho con esa joven. Tenía todos los puntos casi unidos y se enfadó por lo que sabía de él sin entender su historia.

¿Por qué se sentía mal si logró lo que quería que era alejarla?

Por primera vez en su vida se sentía culpable. Ella, en su entera torpeza, se acercó a un ser sin alma creyendo que lograría llegar a su corazón, sin darse cuenta de que solo servía para bombear su sangre y no tenía otro objetivo. No tenía emociones como la felicidad o la tristeza, ya no sabía cómo se sentían. Las tuvo alguna vez, pero se dañaron por la falta de uso. Dentro de su pecho solo había odio, resentimiento, ira y una sensación creciente de frustración.

Esa joven tenía algo que le hacía darse cuenta de que no era nada ni nadie. No le importaba su poder o influencia. No quería

conquistarlo por interés ni ser la condesa de Mulgrave, de hecho, nadie merecería llevar ese título y lo mejor sería quemarlo con la actual portadora. Era evidente que esa mujer venía de una casa en donde la trataban diferente, en donde los sentimientos eran válidos y donde se preocupaban por ellos.

No podía perder el control en aquel lugar, pero requería de medidas urgentes para que el señor Damon no volviera a hacerle daño a nadie más.

En lugar de regresar al salón principal, fue hacia el área del recibidor y pasó hacia las habitaciones. Escribiría una carta importante para gente peligrosa, pero con un intermediario: su amigo Mark Sloan.

Agitó la campanilla de inmediato al terminar su misiva y cuando apareció un ayuda de cámara, le dio instrucciones precisas de qué hacer con eso. Después se sentó en la cama y se tapó el rostro. En ese ínterin, a su mente acudieron los recuerdos del rostro de Daisy. Aquellos ojos hermosos y llorosos pidiéndole que la soltara. Qué miserable se sentía y esa sensación incómoda no desaparecía de su pecho, pero debía mantenerse al margen y no propiciar ningún acercamiento, eso era lo mejor.

***

En el salón, Daisy se refugió en la bebida y buscó un asiento libre. Al tocar su brazo sentía un leve escozor. Nunca había visto a nadie tan enfadado y no sabía lo que había hecho mal, aunque suponía que fue adivinar las tribulaciones de ese hombre. No volvería a acercarse, esto fue una verdadera lección.

—Sus piezas fueron excepcionales —comentó una voz desconocida.

Ella levantó la mirada.

—Gracias.

—Deje que me presente. Soy lord Marcus Hilton, conde de Dudley, y primo del duque de Pemberton. Debo presentarme con toda la parafernalia o no me tomarán en cuenta. Ser primo del duque no es fácil. Mi tía es una mujer que destila intensidad e insistió en que viniera a esta escapada. Quería emparejarme con lady Anabelle, pero como ella está convaleciente y usted parece abandonada por lord Mulgrave...

—Habla demasiado, lord Dudley.

—Oh, esa es mi condena, pero ¿aceptaría ser mi compañera esta noche? Me gustaría jugar a las cartas.

—Creo que ese juego tiene demasiados participantes.

—¿Y las adivinanzas?

—No conozco a mucha gente, por lo que estaría fuera de lugar a no ser que alguien imite a lord Mulgrave.

La sonrisa de Marcus era tranquilizadora para Daisy. Él parecía tan agradable y no podía compararse con el ogro con el que había tenido la desgracia de cruzarse.

—Burlarse del primer lord del Almirantazgo es algo grave, milady, pero divertido. No le contaré a nadie que quiso burlarse de él.

—Agradezco su confidencialidad, lord Dudley. ¿Qué le parece el Backgammon?

—Acepto lo que sea con tal de que esté en su compañía...

Le sonrió a ese hombre que tenía un alma demasiado libre y poco cerebro en su cabeza. A su manera era encantador y atractivo. Era un caballero con el cabello oscuro y largo, unos ojos juguetones, cejas gruesas y graciosas, su nariz larga y afilada y su boca grande con labios finos. No era tan alto como lord Mulgrave, pero sí destacaba.

Para cuando Charles bajó a buscar a Daisy, al menos para saber cómo estaba, la vio en la mesa de Backgammon en compañía de lord Dudley, un verdadero bufón de la corte. No podía creer que ese hombre estuviese tomando el lugar que debería ser suyo. No estaba entusiasmado con jugar ese juego, pero le correspondía la compañía de ella. Era peor que un perro envidioso, no comía ni dejaba comer al resto.

Profirió una maldición y regresó escaleras arriba. No se quedaría a ser humillado en aquel lugar, no por un verdadero descerebrado como Dudley, al menos eso era lo que pensaba él de un caballero con la felicidad estampada en la cara, con una buena fortuna y una reputación de libertino que cualquier domadora de tontos buscaría para reformar. No podía competir con eso. Pensó que Daisy podría ser inteligente, pero se equivocó mucho. Su percepción no tenía nada que ver con su sentido común.

# Capítulo 13

Durante el resto de la noche, lord Dudley la había acaparado. Aquel no estaba contento con un solo juego, sino que necesitaba varios y la competencia le fascinaba. Pese a lo que ella había pasado esa noche con lord Mulgrave, Daisy terminó disfrutando de la velada. Ese caballero era un compañero divertido, aunque sin secretos interesantes por desentrañar.

El conde de Dudley la acompañó hasta la puerta de su habitación, con los ojos de águila de sus padres que también buscaban despedirse de ella.

—Espero que lady Anabelle siga convaleciente el resto de los días que nos quedan aquí. Su compañía es grata. ¿Le apetecería una caminata por los amplios jardines de esta propiedad? Podríamos conocer el laberinto, parece divertido.

—Estaría encantada. ¿Le parece después del desayuno?

—¡Absolutamente! La veré mañana, duerma bien. —Dudley cogió la mano de la joven y dejó un beso antes de retirarse. Hizo una inclinación para los padres de ella para despedirse.

Cuando John vio que Dudley desaparecía en la penumbra se acercó a su hija.

—Voy a recoger su calzón que ha dejado ahí. Vaya sinvergüenza... —espetó.

—Es un hombre adorable, querido. No parece estar moviendo un limón todo el tiempo como lord Mulgrave. Fue tan desafortunado que la colocaran con él. Creo que este año, la duquesa no ha tenido buen ojo.

Charles estaba recostado en la puerta practicando sus escasas dotes de cotillo, quería oír lo que decían y, evidentemente, no había nada bueno sobre él.

—Es cierto que la duquesa y su criterio son cuestionables y que estos días serán perdidos. No tengo interés en lord Mulgrave y él tampoco en mí, esto es una tortura para ambos y prefiero estar apartada de aquel para que no me toque su malicia.

—¿Te ha dicho algo malo? ¿Se ha atrevido? —increpó su padre conteniendo la ira.

—Ha sido grosero, pero no es algo sorprendente. Es un hombre perturbado.

Lord Mulgrave no podía creer que lo llamaran perturbado. Esto era más de lo que quería admitir. Esa mujer lo estaba echando tierra encima y no poca.

—Debo admitir que pensé que era un buen candidato hasta que abrió la boca, es tan dulce como morder una cebolla —dijo la madre de Daisy.

Lo que oía le sorprendía en un primer momento, pero después lo consideraba y quizá tuviese un poco de razón; sin embargo, lo estaban enterrando, no lo consideraban un candidato. Se alejó de la puerta porque no estaba interesado en ser el prometido de una mujer como ella, pero, por otro lado, estaba el hecho de que aquella parecía ser más de lo que aparentaba. Era inapropiada, pero algo no lo dejaba alejarse, era una fuerza que lo llevaba hacia ella de cualquier manera. No debería estar deseando que fuese el día siguiente para truncar los planes de Dudley. Daisy era su compañera en esa travesía, por lo que debería mantenerse al margen cualquier otro caballero, no era una regla, pero sí algo que él consideraba importante.

A la mañana siguiente, Charles despertó iluminado, por supuesto que frustraría cierta salida con su presencia. Bajó al comedor en donde se suponía que él se sentaría junto a Daisy; sin embargo, encontró a lord Dudley sentado ahí, conversando con la joven que estaba sentada, envuelta por chal de algodón.

No perdió tiempo, se acercó y carraspeó su garganta.

Los ojos de lord Dudley se dirigieron a Charles, al reconocerlo le sonrió como si fuesen viejos amigos.

Daisy desvió la mirada de Charles, pues el chal que tenía puesto era para tapar el morado del moretón que le había dejado con su agarre rabioso.

—Buen día, lord Mulgrave... ¿No le importa que esté en su lugar?

—Me importa que se largue en este momento —replicó con severidad.

Dudley no perdió la sonrisa.

—El hambre siempre habla por uno. —Él se levantó y miró a Daisy—. Nos vemos en un momento.

Daisy asintió y lo vio retirarse hacia su lugar que estaba bastante alejado de ella para poder conversar con comodidad.

Charles se sentó junto a Daisy y la observó de reojo. Ella tenía el mentón alzado y miraba hacia cualquier otro sitio menos hacia él.

—Buen día... —murmuró en un tono menos hostil al que usó con lord Dudley, pero ella lo ignoró—. ¿No contestará mi saludo, milady?

Aquella siguió sin responder, solo cogió su servilleta para desdoblarla y colocarla en su regazo.

—La educación debería ser obligatoria —masculló.

—No vuelva a hablarme. Lo odio y lo desprecio. Nadie jamás me había hecho daño. Esto es imperdonable. —Ella se levantó de su asiento sorprendiendo a todos—. Es tan insignificante que no me alcanzan las palabras para describir lo cruel, ruin, egoísta y miserable que es. No me importa quién le hizo daño, no he sido yo, no tenía que lastimarme...

No quería que nadie notara su rabia ni su desprecio hacia Charles, escogería desayunar en el jardín. Temblaba y sus lágrimas querían salir, pero lo soportaba porque no le daría el gusto de verla lamiéndose las heridas. Era orgullosa como cualquier joven criada en una buena familia sabiendo lo que vale y merece.

Aquello parecía una mentira. Él se quedó tieso sin saber qué hacer, ella ni siquiera quería compartir el espacio a su lado. Era una situación tan humillante. Lo que le había dicho cruzaba cualquier línea y Charles comprendía la razón de su molestia, pero no sabía cómo disculparse, jamás lo había hecho. Todo lo había resuelto con palabras neutrales, mas en ese momento se sentía perdido. Siempre se consideró un huérfano, pero esto estaba fuera de sus límites. Una mujer que consideraba inferior lo había tratado de una manera tan abrupta y desconsiderada. No era la víctima; sin embargo, su posición era de respeto.

La duquesa al ver que Daisy se levantó de su asiento fue junto a ella.

—¿Ocurre algo, milady? —cuestionó la matrona.

—No, su excelencia, solo prefiero desayunar en el jardín. El día es hermoso como para quedarse bajo el techo.

—Entonces vaya, hay un par de damas un poco mayores ahí, espero que se divierta.

La joven creyó que encontraría calma camino al jardín, pero oyó un golpe en uno de los salones. Se desvió de su camino y fue a observar lo que ocurría. Escuchó el gruñido de un joven.

—¿No le gustan las matemáticas, milord? —espetó una voz que intimidaba.

Ella se acercó a la puerta y por un pequeño espacio pudo observar lo que ocurría en aquel lugar que parecía ser una sala de estudios.

Un niño delgado de unos trece años estaba sentado frente a una mesa con un montón de libros y las manos le temblaban.

Vio cómo una fusta golpeaba sus manos haciendo que temblaran aún más. Estaba horrorizada por lo que veía.

—Usted es el hermano inútil de un duque. Es el segundón, el repuesto por si muere. Pese a que parece sin importancia, puede heredar y para eso debe tener el carácter fuerte y dejar sus debilidades a un lado. Los hombres duros se hacen con dolor...

Sus hermanos no habían sido criados de esa manera. El respeto estaba sobre todo y no podía creer que esto le estuviese ocurriendo al hijo de la duquesa y que estuviese solapando semejante comportamiento. El porte joven no respondía, solo soportaba. Cuando vio que aquel seguiría con sus golpes, entró abruptamente.

El preceptor escondió su fusta y se acercó a la joven.

—¿Se ha perdido, milady? —preguntó el educador con tono calmado.

Por un segundo se arrepintió, pero recordó la reacción del conde cuando le dijo que el señor Damon era el preceptor que relevaba al momento de tocar el pianoforte. Miró al niño y entendió muchas cosas. En un segundo la luz se abrió entre la oscuridad.

—No, no me he perdido. Vi lo que estaba haciendo y no debería. Le preguntaré a la duquesa si esto es normal. Tengo hermanos y jamás han sido criados de esta manera.

El señor Damon parecía tranquilo.

—Es solo un castigo aislado, milady. Lord Eliot necesita un poco de mano firme con las matemáticas. Sus números no son buenos. No se preocupe, la duquesa lo aprueba.

Negó con la cabeza ante su afirmación.

—Si vuelve a tocar a este niño, tendrá muchos problemas —advirtió. No tenía poder para nada, pero lo que deseaba era que aquel dejara de sufrir.

El hombre le sonrió.

—Vaya tranquila, es solo un inconveniente menor.

Aquel prácticamente la expulsó con su falsa amabilidad y cerró la puerta con fuerza. Si antes temblaba de rabia por el trato de lord Mulgrave, esta vez lo hacía por el miedo de enfrentar a alguien así. Debía saber si sus sospechas eran correctas sobre el conde. Si así era, él era el resultado de un sistema que lo oprimió hasta dejarlo sin sentimientos. Esperaba que lord Eliot no terminara de esa manera.

Cuando llegó al jardín el hambre se le había ido. No podía creer lo que había presenciado. Aquel señor era lo peor que podría ocurrirle a cualquier persona, ella haría algo para salvarlo sin importarle lo que los demás dijeran.

Se sentó junto a una mujer de al menos cien años, sus manos temblaban sobre su bastón, mientras le sonreía.

—Pareces asustada, querida. Los sinvergüenzas siempre escandalizan a las damas... —comentó. Aquella cogió su taza y trató de atinarle a su boca.

Le sonrió a la mujer y le ayudó con la taza. Tenía una abuela que, aunque no era tan anciana, comenzaba a mostrar signos de la edad y peor aún su abuelo que era mayor por más años y era huraño, tal vez no se sentía bien al no tener un nieto varón, porque Dimitry pertenecía a otra familia.

Las grandes damas sabían cómo divertirse. No necesitaban los mismos chismes que las jóvenes de su edad o de otras matronas. Se ponían a conversar sobre sus mejores tiempos, sus hijos, sus nietos y las cosas que las hacían felices.

El tiempo cambiaba a las personas. Quizá ellas estuvieron en sus mismas circunstancias buscando esposo, uno que valiese la pena, tal como ella.

—¿No tienes hambre, jovencita? No te ves lo suficientemente rellena para conseguir un buen esposo. Una dama delgada solo consigue un hombre pobre... —pronunció la mujer al ver ella no comía.

—Creo que eso no es cierto, pero la razón es que estoy preocupada por un caballero malvado.

—¿Por qué dices que es malo?

—Me ha dejado una marca en el brazo después de decirle un par de palabras.

—¿Y sabes la razón por la que es así?

—¿Tiene que existir una razón para eso?

—Querida, el carácter se moldea y se hace. El temperamento es distinto. Puedes convertir a un buen hombre en un gran villano, solo debes herirlo.

—Yo sé que él está herido, pero para mí no existe una razón real para que odie y me aleje. No quiero nada con esta persona, pero solo siento pena.

—Él no sabe cómo expresar sus sentimientos, los tiene, pero recuerda que uno no sabe dar lo que no recibe. Tú no puedes extrañar algo que no conoces por más que mil personas te lo digan. No puedes saber cómo huele la lavanda si nunca la has olido.

Lo que decía esa dama era la verdad, no sabía nada de lord Mulgrave, solo lo que dejaba ver en el exterior. Lo que había visto el día anterior fue el torbellino de su interior. El pasado doloroso se mezclaba con el presente y no podían converger.

Después de levantarse de la mesa de las señoras mayores, cogió un panecillo que sobró en una bandeja. No tenía hambre, pero sabía que, si no comía algo, su estómago rugiría durante su paseo con lord Dudley.

Cuando regresó al salón, notó la mirada de lord Mulgrave. Algo había cambiado en la forma en la que la observaba. Ella apretó su chal y trató de ignorarlo.

—¿Lord Mulgrave la enfadó y por eso se retiró? —preguntó lord Dudley sin preámbulos.

—No, milord. Fue solo que quise hacer algo distinto el día de hoy. El jardín es fresco y hermoso, vayamos ahí.

Aquel le ofreció el brazo y ambos salieron de la casa.

# Capítulo 14

Charles se sentó en la misma colina en la que la joven estuvo un día antes. Ahí se quitó los guantes y vio sus manos llenas de cicatrices. Nadie conocía lo que había bajo la tela que lo hacía ver poderoso. Esas manos que un día amaron el arte y que gracias a los golpes dejó de practicar.

Sus manos dolían y temblaban tanto que no se atrevió a tomar un pincel otra vez. Estaba convencido de que sus habilidades se habían perdido. Su genialidad quedó sellada bajo la densa capa de los sueños de continuidad ajenos.

El cargo que ostentaba no era su sueño, la vida que vivía no era suya y lo que deseaba no sabía si era realmente algo que quería. No sabía cuál era la línea entre él y el ser que formaron durante toda su vida. Su rebeldía y odio hacia su madre habían despertado después de años y solo había tomado la decisión de alejarse para dejar atrás su pasado, pero no podía hacerlo.

La orden de Su Majestad hizo que se desdibujara aún más la fantasía de otros en la que él vivía. Comenzaba a descubrir quién era en realidad y lo que buscaba.

La esposa perfecta para el cargo perfecto no era su deseo, era lo que se esperaba. El ser libre que habitaba en su interior y al que no dejaba salir por nada, empezaba a revelarse con su atracción hacia Daisy. Ella era sincera, espontánea, torpe y delicada. Lo que hizo la noche pasada engrosaba su culpa, algo que no había experimentado en años, salvo la culpa cuando quiso pintar y sus manos terminaron tan torcidas que supo que nunca más debía desear algo. Solo los deseos de su padre eran importantes.

Desde que él murió sentía que podía avanzar, pero su madre era como una enorme piedra en su zapato. La esposa conveniente era su idea, para volver a retratar a la familia que ella tuvo, mas eso no ocurriría, prefería la muerte a seguir el mismo patrón.

Desde esa distancia pudo observar a Daisy y se cuestionaba si le pedía disculpas. Luchaba con eso, era tan difícil. Mostrar debilidad significaba una tortura, todo estaba asociado al dolor, nada al amor. La doncella que lo quiso había sembrado en un terreno seco y la planta no creció, nadie nunca regó esa tierra y por más que ella lo intentó, no germinó como debería.

Volvió a colocarse los guantes y a sentir que no era vulnerable, la idea de pedir perdón la había desechado. Daisy Preston aprendería a mantenerse lejos de él porque era lo mejor para ella. Después de considerar toda su infancia y su vida hasta ese día, entendía que lo mejor era que su parte débil no se aferrara a la joven, porque no existiría futuro. Él no podía cambiar, estaba viejo para eso y ella era frágil y delicada en el alma para que alguien sin corazón se arrimara a ella.

Durante la hora del almuerzo, Daisy se sentó junto al conde y lo hizo en silencio. Si hablaba de algo, lo haría en un lugar más privado y no en aquel lugar. Sabía que después de este horario podrían escoger alguna actividad antes de la hora del té.

Como era una costumbre no conversada, ambos se miraban de reojo, buscando alguna forma de contacto. Ella estaba dispuesta a enfrentar al conde, conocer su verdad y contarle lo que vio esa mañana. Charles, mientras tanto, pensaba en la manera más eficiente de mantener la distancia de esa mujer tan peligrosa. Quería decirle cosas hirientes, pero no venía al caso si no se acercaba a él. Notaba que aquella no estaba pendiente de lo que hiciera Dudley en esa mesa, pero sí Charles, que no dejaba de observarlo a momentos con desaprobación. Un hombre tan fácil como él no debería estar cerca de esa mujer.

Al acabar el almuerzo, las actividades comenzaron a repartirse y la mayoría optó por un paseo a caballo. Daisy vio que lord Mulgrave lo haría y entonces también ella quiso coger esa actividad.

Cuando estaba al lomo del semental, Charles se dio cuenta de que Daisy era ayudada por un sirviente a subir a una yegua. Él bufó y partió con premura, no yendo con el resto.

Ella dejó que aquel se alejase un poco, le seguiría el rastro pronto. Cuando terminaron de acomodarla, agradeció a los sirvientes con una sonrisa y después cogió el mismo camino del conde.

Mientras se adentraba en la propiedad, a lo lejos notaba una densa nube de lluvia, lo que parecía querer aguar la tarde para todos. Daisy quería aprovechar el tiempo para hablar con Charles. Si no hubiese sido tan impulsiva como en la mañana, no hubiese descubierto lo que pasaba. Podría ir junto a la duquesa y preguntarle si ella aprobaba los castigos a su hijo o si eran aplicados de forma unilateral. Si lord Mulgrave conocía al señor Damon, sabría con exactitud si eso era o no consentido.

Después de estar perdida al menos por un rato, vio al conde al otro lado de un arroyo. Ahí se había armado un puente improvisado para los paseos al parecer. Pasó con cuidado sobre él con el caballo para acercarse a él.

Charles estaba buscando la soledad para evitar dañar a Daisy, pero se dio cuenta de que ella lo había seguido. La vio dejando su caballo atado en un árbol cercano. El viento movía su falda del traje de montar y despeinaba su cabellera prolija. Esa imagen hacía que se viese inalcanzable.

—¿Cree que lloverá, lord Mulgrave? —preguntó mirando hacia donde él lo hacía. Quería que pareciera algo convencional.

—No lo sé, ni me interesa.

—La hostilidad es igual a la grosería.

—Preguntar por el clima es lo mismo que ignorar al elefante en la habitación.

—No quería empezar a preguntar por el elegante, milord, pero lo haré.

—No, no quiero que diga nada. No me disculpo, lady Daisy. Pasó un límite la noche anterior.

—¿El límite era adivinar su pasado?

—No hay un pasado en el cual hurgar.

—¿Por qué no me cuenta sobre el señor Damon?

El conde se puso de pie y pasó junto a ella para retirarse.

—No busco que se disculpe, no quiero su falsedad. Si no lo siente, no lo haga. Hable, lord Mulgrave, atáqueme si eso servirá para que mis presunciones se conviertan en afirmaciones.

Él se quedó de pie y desvió la mirada.

—Fue mi preceptor, el peor de todos los que tenía, el que se encargó de hundir la embarcación de mis sueños y mi niñez...

Daisy se llevó ambas manos al pecho. Un peso extraño se colocó ahí al saber que, muy probablemente, ese hombre sufrió torturas como el hijo de la duquesa.

—¿Él lo convirtió en lo que es hoy?

No sabía cómo responder a esa pregunta. No había una correcta.

—No solo él, fue mi padre. Buscó a los tutores más sádicos que pudo para que continuara con su legado en todos los aspectos. Amaba este país y servir a él como primer lord del Almirantazgo y quiso que siguiera sus pasos; sin embargo, esto nunca fue lo que quise, no es lo que deseo —confesó sin darse cuenta de que estaba contando más de lo que esperaba decirle a alguien sobre su vida—. ¿He saciado su curiosidad?

—No. ¿Él le ha pegado, maltratado o torturado?

Aquel rio sin humor.

—Ese hombre me hizo conocer todos los infiernos en un solo día, lady Daisy. Mató la inocencia, la creencia y el futuro de un niño que todavía no sabía lo que le esperaba. Todo eso en complicidad de mis progenitores. Damon solo actúa cuando le dan permiso. Aquí parece ser encantador, siempre toca bien el pianoforte.

—No trata bien al hijo de la duquesa... —Ella aguantó las lágrimas que quería derramar—. ¿Recuerda cuando dejé el comedor? Escuché sonidos en un pasillo y fui hasta ahí. Vi que el señor Damon golpeaba la mano del niño...

Lo que contó Daisy lo llevó de regreso a esos días y al sufrimiento. Por instinto, se acarició la mano sobre los guantes. Aquel seguía usando esos métodos.

—Quiere que deje de sentir. Ese hombre sabe que cuando ya no se siente dolor, se pierde no solo eso, también los sentimientos. Uno queda vacío, es solo una cáscara sin sustancia.

—¿Puede ayudar a este joven a salir de eso? Usted entiende lo que ocurre y...

—¡No! ¿Qué cree que puedo hacer? Ni siquiera es mi familia y si lo fuese, estaría de acuerdo con la tortura. Nací entre animales peores que las hienas, milady.

—Por compasión, lord Mulgrave...

—No siento nada, ni amor, ni compasión, ni empatía por nadie. Soy un ser vacío, ¿entiende?

—Lo entiendo. Sabía que usted no era malvado por naturaleza, lo convirtieron en lo que es y por eso, lo perdono...

Él negó con la cabeza. No podía creer en la compasión de esa mujer, en que disculpara su acto de violencia.

—No quiero su perdón, no se lo pedí.

—Pero yo se lo otorgo...

Lord Mulgrave se acercó a ella y la zarandeó.

—Tiene que odiarme, porque lo merezco. Soy un ser humano despreciable que no es capaz de albergar sentimientos y menos la compasión.

—¿Cómo sabe que es compasión? —indagó la joven que vio en los ojos grises de Charles un destello que no había visto antes. Sus confesiones fueron abriendo la puerta a algo distinto y ella lo notaba. Alzó la mano para tocar su mejilla—. Algo está cambiando, lord Mulgrave. No quiero odiarlo, tengo razones, pero no puedo. Se puede salvar...

Pese a que Daisy tenía sus guantes, el contacto con su piel le quemaba como si él fuese el demonio y ella una gota de agua bendita. Cerró los ojos y por un momento, la sensación de emoción

y unos latidos presurosos lo invadieron. Nunca se había sentido con tantos malestares juntos. No sabía si estaba enfermando o si eso era sentirse vivo. Su cuerpo ardía y enviaba señales confusas a su cabeza, que estaba acostumbrada a la frialdad. Con temor la empujó y él se alejó.

—Si usted no me odia, lo haré yo, lady Daisy. Odiar para mí es como respirar. Si no quiere alejarse de mí, lo haré yo.

—No sé la razón por la que prefiere sufrir antes que ser feliz.

—¿Cómo se puede ser feliz si no conozco esa palabra o quizá la olvidé hace demasiado tiempo?

—Lord Mulgrave, no comprendo la razón por la que no he podido estar tranquila desde que nos volvimos a encontrar esta temporada. Si me va a odiar, lo aceptaré, pero al menos ayude a alguien que todavía está a tiempo de salvarse, que aún pueda conservar sus emociones y sentimientos. Si puede evitar el sufrimiento ajeno, no lo dude. Si no es por compasión, al menos por lógica.

—Las personas que quieren ayudar terminan pereciendo, lady Daisy, así le ocurrió a la doncella que me quería...

Charles buscó a su caballo, montó en su lomo, lo azuzó y salió disparado de aquel sitio, dejando a Daisy sola, aunque no disconforme. Ese lord insufrible no era más que una persona torturada por el pasado sin poder salir del círculo de dolor y sufrimiento en el que creció. Ella no era una heroína, pero sabía que, si hacía algo, podría ayudar no solo al hijo de la duquesa a salvar su porvenir, sino también a lord Mulgrave a vivir su presente y tener un futuro. Ese día pudo ver más allá de su belleza seria y su indiferencia, pudo ver más allá de toda la fachada de rudeza y crueldad. Se exponía a más desprecio y malos ratos, quizá no se casara con ella, pero podía hacer el bien sin mirar a quién.

Ella se quedó al costado del arroyo, sacó un libro más pequeño que el último y se puso a leer, aunque no le prestó atención a nada. Sus pensamientos estaban en Charles, sus ojos cerrados, sus confesiones y su pedido exagerado de odiarlo. Sentía que cada vez estaban más cerca de algo, de descubrir lo que los unía sin saberlo.

# Capítulo 15

Después de que Charles se alejó y regresara a la residencia, una fuerte lluvia cayó sobre la propiedad. La caída de agua era incesante.

Los que habían ido a cabalgar regresaron empapados, aunque divertidos por la experiencia. Muchos de ellos se quedaron en las caballerizas a esperar que mermara, pero los más audaces llegaron al salón entre risas.

—Creo que estamos todos —dijo la duquesa que parecía contar cabezas.

Charles estaba sentado en el salón bebiendo una copa de whisky con un periódico en la mano. Necesitaba olvidar e ignorar lo que había dicho Daisy.

—¿Y Daisy, su excelencia? Ella fue a cabalgar con ustedes... —contó Martha que se sintió preocupada al ver a los que estaban ahí y no encontrar a su hija.

—Debe continuar en las caballerizas. Enviaré a un sirviente para que verifique...

La duquesa hizo lo que dijo y el sirviente después de un rato regresó empapado, haciendo un gesto negativo con la cabeza.

—¡John, Daisy está en medio de un diluvio! —exclamó Martha, asustada.

—Calma, querida. Estará bien si no está cerca del agua. Este tipo de lluvias alienta las crecidas de ríos y arroyos. Ella no acostumbra a ir cerca del agua, sabes que le teme.

Al oír eso, Charles recordó que Daisy se quedó a la vera del arroyo, también suponía que ese temor tenía mucho que ver con la muerte de sus padres. Se puso de pie con determinación y fue a su habitación para buscar una capa, al regresar al salón donde reinaba la preocupación, vio que lord Dudley estaba dispuesto a ir a buscar a Daisy, estaba conversando con la matrona sobre eso, pero él interrumpió.

—Iré a buscarla —dijo Charles que se colocó la capa y la ató a su cuello.

—Iré yo —expresó Dudley mirando a Charles de forma intimidante.

—No me haga reír, lord Dudley. Sus habilidades de primate en la ventana de las mujeres casadas no le servirán de mucho. Estoy preparado para situaciones difíciles. Que nadie más se ponga en riesgo —replicó lord Mulgrave con determinación.

—Mis sirvientes que conocen la propiedad lo guiarán si lo requiere, lord Mulgrave —habló la duquesa, preocupada.

—No se preocupe, vi la dirección que tomó milady al salir esta tarde. Volveré pronto.

Sin perder más tiempo, Charles salió de la casa y fue a largas zancadas hacia las caballerizas.

—Deme el caballo más fuerte y ágil —ordenó a uno de los mozos de cuadra.

—Sí, milord.

Prepararon una montura con presteza ante algunas personas que todavía estaban ahí mojadas, aunque no tan empapadas porque

lograron regresar a tiempo.

Le entregaron el caballo y Charles subió con rapidez. Lo azuzó y salió disparado del lugar. No sabía la razón por la que estaba buscando salvar la vida de esa joven, solo sabía que no podía dejarla ahí. Era tonta, no podría salir una situación tan desagradable como esa.

No le importaba que uno se mojase completamente, solo quería ver si ella estaba a salvo. En otro momento buscaría una explicación racional para su preocupación por ella, aunque sospechaba que su lado débil estaba acechándolo. Estaba comprometido para odiarla y ser insufrible con ella, pero no podía contemplar la idea que le ocurriese algo malo.

***

Cuando la lluvia tomó a Daisy, ella buscó un refugio entre los árboles más tupidos cerca del arroyo, pensó que pronto cesaría; sin embargo, el agua no dejaba de caer. Con horror vio que el puente improvisado había desaparecido y el agua comenzaba a acercarse hacia ella, se estaba desbordando. Solo el caballo hacía que no estuviese muerta de miedo. Temblaba mucho al pensar que podía caer en el agua, ser arrastrada y morir como lo hicieron sus padres. Pensaba en mil cosas y recitaba frases de sus libros con los ojos cerrados para no ver.

Esperaba que la lluvia cesara pronto, aunque no sabía cómo pasar el arroyo sin morir en el intento. No sabía si era profundo y prefería no arriesgarse, si existía un puente en ese lugar era por una razón de peso.

Las patas del caballo comenzaron a mojarse, por lo que ella azuzó a su caballo para moverse, pero lo hizo con tal nerviosismo que este la tiró al agua. Asustada, se puso de pie. Estaba desesperada y el animal se había alejado. Su ropa pesaba aún más

que antes porque estaba calada. Se arrastró hasta buscar un poco de tierra, aunque estuviese empapada. Cuando llegó a un lugar, comenzó a sollozar. Quería a su familia ahí. A sus padres para que le dijeran que todo estaría bien y que el agua no era mala, como siempre le repetían a ella y a Lily. Las otras no sentían el mismo temor que ellas, porque fueron afortunadas para olvidar a su familia del inicio.

Cuando levantó la mirada, notó algo de color negro que se acercaba. A medida que se acortaba la distancia, logró distinguir a un hombre sobre un caballo. Sus lágrimas calientes chocaban con las gotas frías de su rostro. Sin embargo, el hombre no pudo pasar del límite del arroyo. Cuando aquel se quitó la capucha para observar mejor, pudo ver que era lord Mulgrave. Él turnaba sus ojos entre el agua y ella.

—¿Está herida? —preguntó al verla en el suelo.

—Creo que no...

Esa respuesta lo alarmó. Comenzó a calcular cómo llegar hasta la joven sin que el caballo y él se ahogaran. No sabía la profundidad, pero se arriesgaría para llegar hasta ella.

Cuando Daisy lo vio metiéndose al agua con el caballo, su corazón se aceleró. Sentía miedo de que la corriente se lo llevara.

—¡Lord Mulgrave, no se arriesgue! —exclamó con las manos en el pecho, pero él no la escuchó. Vio que del caballo solo quedaba la cabeza y comenzó a desesperarse aún más, pero al ver que iban emergiendo, el alivio la invadió.

Charles se apresuró a llegar junto a ella para levantarla del suelo, pero no hizo falta, Daisy saltó hacia él y lo abrazó entre fuertes sollozos.

No sabía qué pensar ante ese acercamiento, solo sabía que no recordaba la última vez que lo abrazaron o si alguna vez lo hicieron. No tenía idea de qué hacer, aunque su instinto le decía que la apretara contra su pecho y así lo hizo.

Un calor interior se extendió por todo su cuerpo. La calidez que nunca sintió lo invadía y no sabía qué era eso que lo hacía sentirse liviano. Daisy era más peligrosa de lo que pensaba, no únicamente por su forma de ser o de pensar, sino por lo sentimental que era.

—Me asusté tanto, pensé que se lo llevaría la corriente —confesó.

—Tengo experiencia en varias cosas, Por eso quise venir a ver por qué no regresó. Debió partir hace tiempo.

—Solo me quedé pensando aquí, me tomó la lluvia y vi cómo el arroyo se desbordaba, no pude salir porque el puente se fue con el agua. No ha sido un buen día —dijo todavía pegada a él como si pudiese desaparecer.

—Podría soltarme, lady Daisy. Debemos buscar un lugar más seguro que la orilla. Creo que recuerdo haber visto una cabaña de caza a unas millas de aquí. Estamos mojados, da igual que nos caiga un poco más de agua...

Avergonzada, ella tuvo que soltarlo, aunque no deseaba eso. Se sentía tan bien, era extraño que alguien que le parecía despreciable en un principio, en ese instante le resultase más cómodo. Dio un paso para caminar y resbaló cayendo con fuerza al suelo.

Lord Mulgrave se apresuró a recogerla.

—Siempre tan torpe, milady... —habló con una voz desconocida. Le parecía algo demasiado suave para lo que él estaba acostumbrado, parecía endulzado y no le gustaba eso.

—Lo sé, creo que me he doblado el tobillo al caer del caballo. Puedo caminar —afirmó levantándose y dando unos pasos con dolor.

Charles rodó los ojos al verla así y la cogió en brazos.

—Pesa más de lo que pensé... —murmuró lord Mulgrave que, si bien era alto, no era tan fuerte como quienes hacían trabajos físicos. Estaba preparado para cabalgar, correr y pelear, cosas que no requerían de mucha fuerza, pero sí de inteligencia y resistencia.

Las mejillas de Daisy se tiñeron de rojo, pues nunca la había cargado un hombre ajeno a sus familiares y eso fue en su infancia. No podía evitar que la ansiedad se apoderara de ella, mientras él la llevaba con sus brazos fuertes hacia un lugar en el que esperaban poder descansar de tanta agua. Él no podía limpiarse la frente mojada para poder ver mejor y ella, a pesar de su buena fortuna de encontrarlo, no quería abusar de su suerte.

A Charles le faltaba poco para sacar la lengua fuera de su boca por el cansancio, pero soportaba porque la joven necesitaba que la pusiera en un lugar seguro. Cuando vio la cabaña de caza, sintió un gran alivio. Tuvo que bajar a Daisy, enderezar su espalda y probar abrir la puerta, pero no se pudo. No tenía paciencia suficiente para tratar con cariño a ninguna cerradura.

—La puerta está cerrada, lord Mulgrave, y... —Ella no pudo terminar la frase porque aquel dio una patada y cedió sin problema —. No sabía que le habían enseñado a abrir puertas así, milord...

—Entre... —ordenó.

Daisy alzó su falda casi hasta la rodilla y entró cojeando. No podía sentarse en ningún lugar si estaba mojada. Ella empezó a quitarse la ropa empapada y fría porque comenzaba a enfriar su cuerpo, mientras tanto, Charles buscaba una lata de yesca para

encender la chimenea, porque para su buena fortuna tenían leña en el lugar. La tarde se había puesto gris y pronto oscurecería, por lo que el frío los alcanzaría.

El conde estaba ajeno a lo que hacía Daisy, porque estaba preocupado por calentarse con algo. Cuando logró encender el fuego, giró hacia la joven y la vio en su enagua que estaba pegada a su cuerpo completamente. Aquello marcaba toda su figura. Se sentía mareado al ver tanta perfección junta y cuando se quitó las horquillas, perdió por completo su aliento. Su cabello caía hasta sus senos y aquello parecía más irreal que nunca.

—¿Qué está haciendo? —cuestionó alarmado.

—Me quité la ropa mojada...

—¿Y su decoro?

—El decoro no me dará calor, solo me hará castañear mis dientes. En ocasiones, hay que priorizar.

—Debería priorizar su reputación, milady.

—Y usted debería hacer lo mismo que yo o terminará enfermo. ¿Le molesta que me acerque a la chimenea? Quizá con eso puede que algo se seque.

Lord Mulgrave se alejó de ella pensando en qué hacer. Estaba empapado hasta el último pelo del cuerpo. Vio cerca de las ventanas un par de pieles que podrían servir para calentarse y sentarse sobre ellas. Cogió un par y le entregó algunas a Daisy. La vio tomar asiento junto al fuego que apenas comenzaba a crepitar. Aquella observaba las llamas como si no existiera otra cosa, mientras se frotaba los brazos buscando calentarse.

La joven miraba de reojo a Charles, que se mantenía a una distancia prudente de ella. Estaba segura de que intentaba camuflar su frío con ese rostro que siempre lo acompañaba. Parecía temerle estando con poca ropa y entendía el contexto entero: esto era peligroso para cualquier soltero y más para él que casi había jurado odiarla.

—Lord Mulgrave...

—¿No puede mantenerse callada unos minutos? —gruñó desde su rincón frío.

—Aquí hay calor y suficiente lugar para que lo compartamos. No pienso acusarlo de sobrepasarse conmigo, créame, no queremos estar casados. Hay muchos peces en el mar, lord Mulgrave, no pienso confirmarme con uno pequeño... —dijo belicosa, solo con la atención de que quisiera acercarse a pelear.

—¿Pequeño? Se nota que no me conoce.

—Y tampoco me interesa. Solo estoy siendo una buena samaritana para que no muera de frío. Puedo conocer su poder aquí, lo escucharé con tal de que no se convierta en hielo.

Él negó con la cabeza, pero pese a eso se acercó, aunque se quitó la capa por el camino, las botas, el frac y cuando estaba a punto de sacarse el pantalón, ella abrió los ojos con sorpresa.

—¿Se sacará eso? —señaló la joven.

# Capítulo 16

—Sí. Usted quiere que me sienta tibio, entonces debo dejar todo lo que me enfría...

Aquel quería demostrarle que no solo ella podía jugar aquel juego de poderes. Lo estaba provocando y él no estaba dispuesto a perder una puja.

Ella tragó saliva al ver que solo se quedaba con la camisa de lino que le cubría hasta la mitad del muslo o quizá un poco más. Se sonrojó y comenzó a arrepentirse de lo que había dicho. En su casa, estaba prohibido que cualquiera de las niñas estuviese en alguna situación parecida, ni siquiera con sus hermanos, pero ella se encontraba ahí con un hombre que podría llamarse su enemigo. Al verlo sentarse casi junto a su persona, comenzó a acariciarse el cabello para moverlo y que el calor pudiese secarlo.

—¿Ha pensado ayudar al hijo de la duquesa? —preguntó para que conversaran, el silencio le parecía incómodo.

—Ella consiente lo que pasa. Ese niño no tiene escapatoria, terminará exactamente como yo, aunque quizá no tan exitoso, o tal vez, se quite la vida ante la presión. No hay muchos caminos, lady Daisy —habló con serenidad.

—¿No se quitará los guantes? —curioseó—. Por más que sean de cuero, deben tener agua por dentro.

Odiaba dar la razón a otras personas, pero se sacó los guantes y se frotó las manos.

—Creo que es la primera vez que lo veo como humano, lord Mulgrave... —Ella sonrió después de decir eso, pero al fijarse en sus

manos, su corazón cayó al suelo, sin proponérselo, cogió una mano del conde—. ¿Esto le hizo él?

Por primera vez su pecho parecía estallar. Si el abrazo le pareció algo demasiado cargado de sensaciones desconocidas, esto era un verdadero abuso de eso. La temperatura de las manos de Daisy contrastaba con la suya, ella las tenía tibias, mientras las suyas estaban heladas. Ni siquiera podía responder, solo la veía pegada a él, derribando sus defensas como si nunca hubiesen estado ahí.

—Eso no le importa... —Él alejó su mano de ella.

—Entonces es un sí. Creo que usted es de esas personas que mientras más niegan algo, más verdadero se vuelve.

—¿Es poetisa?

—No, lord Mulgrave. Es que simplemente he leído mucho y en los libros hay tantos personajes que uno puede identificar a todos, saber sus razones, criticar sus decisiones, odiarlos y amarlos. Debería volver a leer, eso le dará paz a su vida. Desde esta mañana comprendí que no es un villano porque quiere, sino porque lo convirtieron en uno. Una persona buena puede convertirse en mala por el dolor.

—No soy malo, solo no me interesa la amistad o la conversación con gente irrelevante. Tengo muchas cosas que hacer...

—Y la mitad de esas cosas ni siquiera las quiere hacer, ¿no es cierto?

Charles no respondió, solo miró a la joven y cuando esta movió un brazo, se dio cuenta de que ahí tenía un moretón y no podía creer que él se lo hubiese hecho.

—Soy un monstruo... —murmuró.

Ella miró con interés hacia él.

—¿De qué habla? Nadie lo ve como un monstruo, es solo alguien que no sabe cómo ser distinto, pero no significa que esté equivocado.

—Guarde silencio y deje de dar excusas por mi comportamiento. Yo le hice eso en el brazo.

Lo miró y esbozó una media sonrisa.

—Fue en un momento de ira, lord Mulgrave, no lo condeno por eso, lo comprendo. Anoche no, pero esta mañana las cosas fueron diferentes.

—No puedo creer que esté diciendo semejante tontería. Usted es más tonta de lo que pensé. Lo que hice no tiene justificación, soy un maldito monstruo, me convertí en lo que ese hombre quiso que fuera y lo acepta como si nada. Debería condenarme, acusarme con su padre, exigir algo que le devuelva un poco de lo que le arrebaté.

—Me dolió, lord Mulgrave, lo odié, pero era porque no imaginaba lo herido que estaba. Lo que tiene no es maldad, es dolor.

—No entiendo —confesó con sinceridad—. Yo estaría condenándola, sin importarme nada.

Daisy fue avanzando de rodillas y se colocó frente a él.

—Pese a que perdí a mis padres, siempre me sentí amada. Conocerlo a usted me hizo comprender que existen familias buenas y malas. Soy tan afortunada por tener a mis tíos que son como mis verdaderos padres y unos primos a los que considero mis hermanos. Y, ¿qué ha tenido usted? Me temo que nadie le dio lo que en mi casa abunda.

—No sé lo que es sentirse amado —confesó dirigiendo su mirada al fuego y después a Daisy—. Usted me asusta, es tan extraña, su espontaneidad es algo que nunca vi... —Volvió sus ojos a Daisy y no solo eso. Acercó su rostro al suyo.

Los dos respiraban con dificultad sin saber lo que les esperaba después de ese momento. Inmediatamente, Charles se arrojó sobre los labios de Daisy y comenzó a besarlos sin descanso. Había perdido el juicio, la lucha contra lo correcto e incorrecto. Ahí estaba él, pisoteando sus palabras de no involucrarse con una mujer que no tuviese ciertos requisitos. Daisy solo cumplía con ser hermosa y provenir de buena familia, pero no sabía si tenía potencial para el resto de sus necesidades; sin embargo, estaba colgado de los labios de esa mujer.

La joven no podía creer lo que estaba ocurriendo. El conde de Mulgrave, aquel hombre sin alma, la estaba besando. Este era el momento más agradable que había vivido a lo largo de su vida. ¿Cómo podía ser posible que ocurriera esto con alguien que la consideraba un ser inferior? No importaba, lo único valioso era ese beso que la consumía entera. No tenía idea de cómo abrir la boca, pero se guiaba por los movimientos de él. Cuando ella lo cogió del pecho para no perder el equilibrio en sus rodillas, las cosas se pusieron más ardientes, fue como echar leña al fuego.

Charles la colocó los brazos alrededor del cuerpo de ella y la apretó contra el suyo, sintiendo cada parte de su figura.

Pese a que parecía que le romperían la espalda, ella no se quejó, se apretó más fuerte a él para que no se le escapara. Estaba en el cielo, no quería regresar al infierno, que era no estar sobre los labios de Charles, pero ambos necesitaban respirar.

Él se puso de pie, se alejó y se tapó el rostro, mientras intentaba respirar, mientras que Daisy seguía ahí de rodillas, agitada.

Charles no sabía qué pensar sobre lo que había ocurrido, pero entendía que no había vuelta atrás, cayó en lo más primitivo del mundo: el instinto. Daisy era demasiado tentadora para ignorarla. Todos los astros se alinearon para llevarlo hasta la cueva de la tentación en la que se hallaba atrapado sin salida. Era un verdadero error, aunque uno que le daba satisfacción, que lo hacía sentirse vivo, humano, común, esas sensaciones que la mayoría disfrutaba y que él desconocía. Podría volverse adicto a ser esta persona y dejar de lado al insolente e insufrible lord del Almirantazgo.

—¿Puedo pensar que siente algo por mí, lord Mulgrave? —preguntó Daisy con el corazón en la mano. Ella esperaba que él dijera que sí, mas conociéndolo, negaría cualquier implicancia.

Él frunció el ceño al escuchar aquello y le dio la espalda antes de sacar sus manos del rostro.

—¿Qué se supone que debo sentir por usted? Es una mujer atractiva, es tentación, caí como lo haría cualquier otra persona en el mundo. No es especial, lady Daisy, aunque hace que los demás se crean especiales.

Ella se desanimó al instante y dejó de insistir. Entre ellos no existía ni existiría nada que pudiese unirlos. Lo que ocurrió minutos atrás solo fue atracción, una forma en la que esa tensión entre ellos se desvaneciera.

—Regrese. Ha dejado claro su punto. Si nos quedamos aquí terminaremos secos —dijo Daisy con una media sonrisa.

El conde dudaba, pero fue hasta ahí y se sentó. Su hombría descansaba después de que dijera esas palabras desalentadoras para ambos.

—No deja de llover y pronto oscurecerá —comentó Charles evitando más conversaciones sobre el beso.

—Enfermaremos si salimos de aquí. No encontraremos a los caballos en la oscuridad.

—Sus padres están preocupados, espero que sean pacientes para esperar noticias.

—Creo que la duquesa estará preocupada, en lugar de perder a un invitado ha perdido a dos —comentó Daisy con sentido del humor. Quería ver que el conde sonriera sin esa expresión sarcástica de siempre.

—¿Le parece prudente burlarse de esta situación?

—Si no quiere intentar pasar esta situación de la mejor manera posible, puede alejarse de la chimenea, lord Mulgrave. No estaré con la cara en el suelo solo porque usted no sabe divertirse un poco.

—¿De dónde saca que no sé divertirme? Su ignorancia rebuscada puede darme fiebre.

—Prefiero que le dé risa, pero al parecer no solo le arrebataron sus sueños, también sus ganas de respirar. Mañana, cuando esté con la duquesa, hablaré sobre el señor Damon y su reinado de maltrato se terminará. No volverá a convertir a nadie en seres sin alma, sin espíritu y sin humor.

—Vaya, le deseo suerte. Le dije que esto lo hace en complicidad de los padres. Ellos mismos lo piden.

—¿Y si está equivocado?

—No es mi casa, ni mi hermano, ni mi problema...

—Tampoco la mía, pero ver sufrir a otro ser sabiendo que puede evitarle dolor es cruel.

—No quiero hablar de esto, lady Daisy. Háble me de otra cosa, algo menos trágico y doloroso.

—Puedo recitarle un par de poemas que sé. Quizá terminen gustándole.

—Tal vez...

Para pasar el tiempo, Daisy recitó cada poesía que sabía. El conde recostó su cabeza en las patas de una mesa mientras que la oía con atención. Ella turnaba sus ojos entre él y el fuego de la chimenea.

—Es evidente que los libros son sus mejores amigos, milady... —comentó con suavidad. Ese tono que le estaba saliendo con más frecuencia le resultaba desconocido y peligroso, porque solo lo usaba con ella.

—Sí. Desde que mi hermana se casó los disfruto más. Extraño muchas de las cosas que hacíamos juntas. Cogíamos las joyas de nuestra madre sin permiso para ponernos lo mejor que tenía. Era un vicio observarnos en el espejo como grandes señoras, hasta que nos castigaron el año pasado. Fue divertido. Mis otras hermanas son demasiado engreídas para compartir la habitación conmigo. Me he sentido sola estos últimos meses. No sabía que alguien pudiese sentirse mal rodeada de otras personas.

—Yo siempre estuve solo. La única amistad que conozco es Mark. Él me ha mantenido a flote con sus ideas y consejos. Me salvó en los momentos más difíciles y me apoyó incondicionalmente cuando mi vida era un infierno. Mi madre es un ser despreciable y ruin al que solo le deseo dolor y mal. —Él rio sin humor—. Es una

víbora del infierno que nunca debió tener un hijo, y agradezco que no fuésemos más quienes quedásemos a su cuidado.

—Yo misma me cortaría la lengua si dijera eso de mi madre, pero la suya es peor que un animal. Lamento todo lo que sufrió, pero usted puede dejar eso atrás. Ahora que busca esposa, es el momento de sentirse acompañado, de corregir errores y de cambiar.

—Es demasiado optimista. Vive en el país de las maravillas, milady.

—No, mi vida no surgió en el país de las maravillas. Solo aprendí a ser feliz con lo que tengo. Estos padres nuevos y otra oportunidad de vivir. Mis padres pudieron habernos llevado, acabando con varias generaciones de la familia, pero para nuestra fortuna, no fue así. Costó dejar de preguntar por ellos para solo oír que ellos jamás regresarían...

—Espero escuchar esas palabras de que mi madre jamás regresará, muy pronto...

Pese a ese momento conmovedor, Daisy no pudo evitar reír, porque lord Mulgrave no ocultaba su malicia, le resultaba encantadora.

Después de que pudieron secarse un poco y calentar sus cuerpos, acercaron sus prendas al fuego para que pudiesen vestirse pronto. Entre ellos no había enfado o algún tipo de riña, de hecho, se estaban conociendo mejor que nunca.

# Capítulo 17

Cuando oscureció y no había mucho más que hacer aparte de conversar, Daisy sintió que su estómago la devoraría desde adentro. Intentaba comunicarse con el del conde que también alzaba la voz.

Comenzó a rebuscarse en cada rincón del lugar, mientras que Charles cerraba los ojos y la escuchaba hacer ruido.

—No puedo descansar si hace tanto alboroto, milady —la reprendió.

—Y yo no podré descansar de su estómago que habla con el mío. Sé que muchos guardan cecina o albaricoques en las cabañas de caza. Mis hermanos y mi tío lo hacen con frecuencia, supongo que el cerebro de todos los nobles funciona de la misma manera.

—Veo que subestimé su inteligencia...

—¡Lo tengo! Sí, no podía equivocarme. Los hombres son iguales en algunas cosas. —Daisy halló un frasco gigante de albaricoques que estaba a la mitad.

Por primera vez, Charles sonreía sin mala intención. Su sonrisa iluminaba su rostro y dejaba ver que existía algo bueno dentro de él y Daisy lo notó. Ella era demasiado perspicaz. Quizá no fuese la mejor portada de su generación, pero era todo lo que el conde no sabía que necesitaba.

Daisy colocó el frasco frente a él para compartir.

—Traeré agua para que nos deje la boca muy dulce...

Todavía no podía creer que la hiciera daño. Era alguien extrañamente maravillosa. No podía dejar de observarla y de pensar en aquel beso. Era cierto que había besado a muchas damas a lo largo de su vida, pero todas eran suripantas. Esta era una verdadera mujer. No la aceptaba por sus malos hábitos, pero lo divertía de alguna manera. Comenzaba a pensar de manera distinta sobre el matrimonio.

Ella regresó con una olla negra y un par de vasos que usaban para whisky.

—¿Vasos de whisky? —preguntó Charles alzando una ceja.

—Es lo que encontré. No puede quejarse.

—No me quejo, es que me gustaría saber en dónde está el whisky...

De nuevo no pudo evitar carcajear. El conde la estaba divirtiendo. Para ser un hombre del gobierno y amargado, tenía un sentido del humor oscuro y peculiar.

—¿No le parece peligroso el whisky durante la cacería? Podrían dispararse en los pies...

—Es cierto, pero uno no bebe hasta perder la conciencia.

La joven abrió un baúl y sacó una botella de whisky escocés. Con aquel aroma podrían desinfectar una herida sin problemas.

Ver esa botella de whisky volvió a hacerlo sonreír. Esa era una de las mejores noches de su vida, sin duda, la mejor.

—¿Sabía que los alimentos dulces acrecientan las posibilidades de un estado de ebriedad más temprano? —curioseó Charles

sirviéndose un poco de whisky para después coger unos albaricoques.

—No lo sabía. No bebo con frecuencia. Veo a todos beber whisky, pero no sé qué sabor tiene.

—Es fuerte y quema la garganta.

—Eso no parece ser agradable.

—Lo es. Fumaría un poco, pero mis cigarros están mojados.

—Ya debieron secarse.

Charles se acercó a su frac y los sacó, estaban casi secos.

—¿No le molestará el humo?

—No, pero me da curiosidad el sabor. Mi padre fuma con frecuencia, pero a nosotras no nos ha dejado porque dice que las damas debemos tener un aroma grácil y elegante.

—No podría estar más de acuerdo. —Él encendió el cigarro y sacó un par de ondas por su boca y el resto por su nariz como un toro.

—¿Me mostrará cómo hacer círculos?

—Usted no fuma...

—No, pero eso no importa...

—Si se muere, la dejaré tirada afuera, no me haré responsable.

Después de decirle eso, le entregó el cigarro. La vio cogerlo con dudas, pero de forma osada succionó y el humo estuvo a punto de

salirle por las orejas. Comenzó a toser como si pudiese perder un pulmón.

—Se lo dije, esto no es para todos. No me pida el whisky, porque puede ser peor. Perderá otro órgano —masculló con un poco de humor.

—¡Me lo hubiese advertido con más ahínco! —exclamó escupiendo y tratando de respirar—. ¿Cómo es que esto no lo ha matado? ¡Debió insistir más en que no lo hiciera!

—No pensé que una adulta necesitara más dirección o explicación para un «no». Decirle que estaba de acuerdo con su padre era suficiente advertencia.

—No entiendo las indirectas —dijo cogiendo varios albaricoques para llevarlos a su boca y tratar de quitarse el mal sabor de la lengua.

—Debería sorprenderme, pero no es posible... —Él le dio un sorbo a su whisky y notó que ella lo miraba con interés, pero no un interés saludable, sino uno igual de dañino que el tabaco—. No estará pensando en...

—El whisky me sacará el mal sabor...

—Es cambiar un problema por otro. Dos errores no hacen un acierto, milady.

—Solo deme eso, ya sé los riesgos. Si lo primero no me mató, esto último tampoco lo hará.

Para demostrarle que solo cometía otro error, le entregó su vaso de whisky y la vio dar un trago enorme. Ni él daba esos sorbos brutales.

—¡Demonios! —exclamó levantándose. Sudaba por cada poro de su piel.

—Esa boca tan encantadora... —expresó riendo.

—¡Usted es peor de lo que imaginaba!

—No me culpe por su seguidilla de malas decisiones, milady. Soy inocente de cualquier acusación, se lo advertí.

—Su capacidad de persuasión está en duda. Esto debe ser hilarante para usted.

—Mucho. Nunca vi a alguien cometiendo errores. Admita que no es una viciosa.

—No lo soy, lo que sí soy es una pésima compañía para un caballero. Debería estar cuidando mi imagen. ¿Ahora cómo conseguiré un esposo? Si se entera que estuve con un hombre en enagua en una cabaña de caza bebiendo y fumando... Oh, Dios, es la peor cosa que pude hacerle a mi reputación.

—Es tarde para lamentarse; sin embargo, dudo que alguien lo sepa. Yo no diré nada por su bien y por el mío...

—¿Y nuestro beso?

—Otro error para la lista de malas decisiones. Debe saber que en ocasiones no existen sentimientos en los besos.

—Pero yo sí sentí algo.

Charles trataba de buscar algo lógico que decir, pero su cabeza esa noche estaba lenta.

—Fue solo atracción. Usted es bella y yo atractivo. Fue solo una reacción primitiva a una oportunidad. El cuerpo nos traiciona y es oportunista, no crea más que eso.

—Quizá tenga razón...

Los dos siguieron comiendo y, pese a que el conde le dijo que no bebiera el whisky, ella siguió con unos sorbos más hasta que quedó ebria. A Charles le divertía oírla contar anécdotas de cualquier envergadura, desde vergüenzas familiares hasta castigos graciosos, pues para él eso eran, no se trataban de verdaderos castigos.

Cuando la vio acomodarse para cerrar los ojos, fue a ver si encontraba algo para cubrirla. Para su buena fortuna, alguien dejó una capa en el lugar.

—Para que se tape —habló Charles que le entregó la prenda.

—Puede compartirla conmigo.

—No hace falta, puedo dormir bien sin taparme.

—¿Puede extenderla por mí? Estoy mareada y me temo que pueda hacer más tonterías.

—Entonces admite que hace tonterías...

—Sí, a veces no me doy cuenta. Soy feliz de esa manera.

—Mejor ser feliz en la ignorancia que triste en el conocimiento... Buena filosofía, milady... —Él la cubrió con la capa y la vio acomodarse como podía sobre las pieles. Él también tenía su parte y se sentó, cuando cerraba los ojos pensó en que el sueño llegara pronto para descansar.

—¿Todavía está despierto? —curioseó la joven.

—No, estoy dormido.

—No es cierto, pero de todas formas lo molestaré un poco.

—¿No fue suficiente el tiempo que me he dado? Déjeme dormir.

—¿Cuando duerme parece una estrella de mar o habla dormido?

—¿Qué pregunta es esa?

—Simple curiosidad. He juzgado el matrimonio de mi hermana con el marqués. Me dijo que no duermen juntos porque él parece una estrella de mar. Siempre creí que los esposos dormían juntos. Consideré hacer esta pregunta a mis candidatos futuros, ¿qué opina?

—Que lo reconsidere, ¿qué más puedo decirle? Se quedará sin candidatos si llegara a abrir la boca.

—Lo suponía... —Guardó silencio al menos por unos minutos hasta que continuó—. ¿Ronca?

—Condenación... —masculló irritado—. No lo sé, lo sabrá esta noche. No me veo cuando duermo.

—Es una respuesta inteligente. Buenas noches, lord Mulgrave.

—Cierre la boca y duerma...

—¿No me dirá buenas noches?

—Prefiero nadar con tiburones...

Daisy sonreía un poco ebria, pero todavía podía manejarse. Estaba emocionada por lo que había ocurrido ese día. Nunca había

hablado tanto y era evidente que el conde tampoco lo había hecho. Era de pocas palabras y no quería hablar mucho a menos de que ella insistiera. No sabía lo que era estar enamorada, pero ese beso hizo que su mente se nublase por completo. No podía dejar de pensar en él y estaba dispuesta a soportarlo el resto de su vida porque sentía que podía comprenderlo, solo necesitaba que él se diese cuenta de que ella tenía potencial de esposa y debía hacerlo por las buenas, porque era evidente que no le gustaba nada que fuese por las malas.

Se despertó varias veces durante la noche a causa de los truenos. Los relámpagos alumbraban la cabaña volviendo terrorífico el lugar. Ella no estaba acostumbrada a ver estas tormentas. Sus cortinas eran gruesas y apenas dejaban pasar la luz. Con temor, se arrastró hacia donde estaba Charles. Este no se había movido para nada. Primero debía verificar si seguía vivo antes de quedarse a su lado.

Charles sintió que algo se pegaba a él y que lo cubría con una tela. Al abrir los ojos vio a Daisy. Su espalda estaba pegada a su cadera. Eso hizo que él abriera los ojos con sorpresa. Esto era una completa prueba de fuego. Esa mujer terminaría matándolo.

—¿Qué hace aquí? —increpó con rudeza.

—Me dan miedo los relámpagos. Aquí no hay cortinas.

—¿Y cree que su cortina soy yo? Lo que hace es jugar con el demonio, milady.

—Si me cuida esta noche me arriesgo.

Él suspiró agotado y esperó recuperar el control de su cuerpo. Su entrepierna estaba en su contra, buscando avergonzado. Aquel pensaba que podía entrar en la cueva que deseaba, pero él sabía

que, si algo llegaba a salir de esas cuatro paredes, su vida estaría ligada a la de lady Daisy hasta su último día.

Con una malicia de disfrute, se dio cuenta hacia ella, al menos se daría un gusto por un rato hasta que su cuerpo comprendiese que no la podía tener. Colocó su mano en la cintura de Daisy y la acarició.

En lugar de tener el efecto deseado, sentía que se asfixiaba bajo esa capa. Rozó su miembro contra la espalda de la joven, tal vez se asustaría y pasaría a otro lugar, ya que siendo tan atrevida no entendía de peligros ni razones. Se tapó el rostro con desesperación, quería introducirse en ella y terminar con la tortura que había provocado. Rozarla fue su peor error, estaba más firme que nunca y solo esperaba que cometiera la locura esperada y echarse la soga al cuello.

Dejó de frotarse contra ella y le dio la espalda esperando que la sensación disminuyera. Debía pensar en otra cosa, como caballos, su amigo Mark, su madre... Esta última era eficiente, apenas la consideró y su miembro terminó escondido entre su propia piel. Al menos para eso servía su madre.

Luego de esa noche, colocaría una gran distancia entre Daisy y él. Ella era una amenaza para su forma de vida y como sus hábitos eran difíciles de cambiar, tenía miedo a lo que podía encontrar si la aceptaba en su vida.

Daisy logró dormirse al lado de él. Ni siquiera se dio cuenta de que ese hombre que estaba a su lado se había excitado con su cuerpo. Ella solo pensaba en la seguridad de su compañía y estar cerca de él porque creía que después de ese día, solo les esperaban cosas maravillosas; sin embargo, las explicaciones de toda esa noche juntos podrían arruinar la reputación de ambos, a él en su carrera y para ella en la posibilidad de ser aceptada por otros hombres.

# Capítulo 18

Desde la residencia de la duquesa, se envió a personal del servicio en compañía de ella misma, el padre de la joven y de otros caballeros para que pudiesen ayudar en búsqueda de las personas que estaban perdidas.

John no había podido pegar el ojo en toda la noche, al igual que Martha. Temían por la vida de Daisy y estaban asustados; no obstante, el señor Damon estaba feliz de que la joven que lo había visto desapareciera, podría seguir trabajando sin problema.

Recorrieron parte de la propiedad por varias horas, hasta que cerca de las diez de la mañana, encontraron al caballo que el conde sacó de las caballerizas la tarde anterior. El agua del arroyo seguía desbordada, pero no tanto, y el agua era tranquila. Pasaron con los caballos sin mayor inconveniente y continuaron hacia unas colinas.

—¡Humo! ¡El humo viene de la cabaña de caza! —exclamó un sirviente anunciando que ellos podrían estar ahí.

La duquesa y John se miraron. Sus expresiones eran de sospecha. Por supuesto que él, como padre, sabía que Daisy era una niña inocente y que el malvado ahí podría ser lord Mulgrave, aunque también existía la posibilidad de que aquel no encontrara a la joven.

Sin embargo, la duquesa no pensaba lo mismo, pues si ellos estaban juntos en esa cabaña, tendría un matrimonio el cual podría adjudicarse sin mucho esfuerzo.

Bajaron de sus caballos al llegar a la cabaña. Caminaron hacia la puerta y la vieron forzada; no obstante, eso no era lo más inquietante, lo peor estaba a unos metros más adelante.

John vio con horror a su hija y a lord Mulgrave durmiendo abrazados y con poca ropa. Lord Dudley también estaba con la quijada en el piso. Se había estado ilusionando con la joven que al final quedó muy decepcionado.

Antes de que tuviese un desmayo, John se acercó a la anfitriona y susurró:

—Evite que la gente entre aquí, por favor —pidió tratando de no gritar. Era un hombre racional que no podía perder los estribos.

—Esto es un escándalo, lord Preston. No puedo creer que un caballero como lord Mulgrave pudo haber seducido a una joven debutante y más aún con el poco encanto de este hombre. Quizá tenga su encanto un poco más escondido en los pantalones...

—¡Su excelencia! —La reprendió con el rostro enrojecido de vergüenza y furia.

—No se ponga mal, milord, esto apenas comienza...

Él entró a la cabaña y cerró la puerta para evitar que alguien más viese ese verdadero escándalo.

—¡Daisy! —llamó su padre.

Ese grito despertó al conde y a Daisy. Ambos se asustaron mirando a su alrededor hasta darse cuenta de lo que estaba ocurriendo. Charles se puso de pie y puso sus manos abiertas frente a John.

—Lord Preston, puedo explicar lo que está ocurriendo... —dijo Charles con cuidado. Intentaba no perder la calma que se había extraviado junto con su decoro.

—¡Por Dios! —John se tapó los ojos al ver que aquel solo tenía su camisa. No tenía otra cosa que lo cubriese—. No hablaré con usted hasta que se ponga el pantalón, lord Mulgrave.

Charles se tapó el rostro, avergonzado. Esto se veía peor de lo que en realidad era. Sabía que nunca debió dejar que esa mujer tentadora se pegara a él. Su imagen tan bien cuidada estaba a punto de terminar arrastrada en el lodo. Lo verían como un chiste en la junta de Almirantazgo.

—Padre, escuche. Lord Mulgrave ha sido amable al prender el fuego y ayudar a que nuestra ropa se secara... No piense mal de nosotros...

—¡Oh! ¡Cúbrete, Daisy! —gruñó su padre—. No quiero escuchar excusas de inocencia.

—Pero es la verdad, padre. Me acerqué a él porque tenía miedo de los truenos y los relámpagos. Aquí no hay cortinas... —contó con inocencia.

—He dicho que te vistas. No acepto objeciones al respecto —espetó.

Daisy se puso pálida. Ella nunca había oído a su padre hablar de esa manera. Le resultaba algo inaudito. Se apresuró a ponerse la ropa al igual que lo hacía lord Mulgrave. Aquel la miraba con pura rabia. Sabía que esto sería malo para ambos, pero no sabía cuánto podría ser.

Una vez que terminaron de vestirse, ambos se acercaron a John.

—Conservaremos en la casa de la duquesa, lord Mulgrave. Hablaremos de hombre a hombre —declaró John con determinación.

—¿Puedo hablar primero con usted, padre?

—No, no tienes derecho a hablar, Daisy, al menos en este momento no, quizá cuando se me pase el enfado.

Su padre avanzó un poco y Charles y Daisy quedaron un poco más atrás.

—¿Cree que nos metimos en un lío, lord Mulgrave? —preguntó con pesadez en el pecho.

—Me metió en un lío. Aléjese de mí —escupió y avanzó.

Ella se quedó pensativa porque no sabía qué hacer, ni siquiera sabía lo que le esperaba.

Los caballos habían sido recuperados por los sirvientes y los colocaron en condiciones para que ellos pudiesen partir. Daisy vio a lord Dudley y le sonrió, pero este desvió su mirada y azuzó a su montura para desaparecer. Su corazón quedó en el suelo, puesto que entendía que se empezaría a correr el rumor de que estuvo con lord Mulgrave.

Su corazón comenzó a latir con fuerza por esa realización. Su vida, como la conocía, estaba a punto de cambiar.

Un sirviente la ayudó a subir al lomo de su caballo. Sentía que todos la miraban con rostros indescifrables. No sabía qué esperar, aunque la mirada de lord Dudley dijo mucho. Lord Mulgrave evitaba su presencia de cualquier manera. Tenía los labios apretados y las manos bien sujetas a las riendas. Su padre la ignoraba e iba de la misma manera que el conde. Solo la duquesa parecía distinta, no tenía el rostro enfadado, sino que parecía satisfecha con alguna cosa que había hecho.

Al llegar a la residencia, Martha fue la primera en salir a recibir a Daisy. La abrazó con fuerza y tocó sus brazos y rostro para saber si estaba bien.

—Estoy bien, madre, no se preocupe... —dijo la joven al ver que ella estaba al borde de las lágrimas, pero de alivio.

—Querida... —habló John que la cogió del brazo y la alejó de Daisy.

—Menos mal que la encontraste...

—Creo que estaría mejor muerta, cariño...

—¿Qué dices, John? ¿Qué está pasando?

—Durmieron juntos. No hablo de solo haber compartido un lugar, estaban casi desnudos y abrazados.

—¡Esta niña y sus teorías de dormir con alguien! —espetó con molestia.

—Es grave, Martha. No es un juego. Si lord Mulgrave responde mal a mis preguntas, esto terminará en un matrimonio arreglado. Ninguno de nosotros quiere eso para ella, pero no nos quedará otra opción, nadie la aceptará después de este escándalo.

—Ella no quiere un matrimonio arreglado, John. Tú puedes solucionar este problema de alguna manera.

—¿Y cómo quieres que lo haga?

—Haz lo que mejor sabes hacer: repartir dinero. Algo debe funcionar para que la reputación de Daisy no se vea afectada y tenga que casarse con un personaje que siempre está con un limón en la boca.

—¿Cómo compras a personas con dinero, querida? Lo que les sobra es eso. La duquesa se encargó de que aquí solo estuviese gente adinerada. Aquí mi dinero no sirve. Además, no son niñas de diecisiete años.

—Tienes razón. Entonces habla con Daisy para que pueda salir del aprieto, que confiese, que sepa lo que puede pasarle.

—Ella no saldrá de esto ni si se arrodilla sobre pedregullos. Está condenada, lo presiento. Tendremos que soportar a lord Mulgrave.

—No hables así, tenemos esperanza de salvarla. Habla con Daisy.

—No tiene voz en este asunto. Debiste haberla visto. Por un segundo pensé que era mejor encontrar su cadáver. Creo que soy un padre bastante exigente con la educación de estas niñas. Iré a hablar con lord Mulgrave. Tendrá que darle varias explicaciones.

Lo único que Charles quería hacer era cambiarse de ropa y desaparecer para regresar a su cueva londinense; sin embargo, sería sometido al escrutinio de un hombre que, claramente, lo creía culpable de actividades indebidas con su hija. La situación no estaba a su favor, todo estaba en su contra. Debieron ahogarse en el arroyo para no tener que vivir esta situación tan humillante.

—Lord Mulgrave, John Preston quiere verlo en una de las salas de la casa. Lo llevaré hasta ahí —musitó la duquesa con una risita de satisfacción que solo ella tenía, mientras en su casa se esparcía el chisme como si fuese humedad.

La joven veía cómo la anfitriona acompañaba a Charles a un lugar. Su corazón no dejaba de latir descontrolado. Su padre pasó junto a ella sin mirarla y eso la destrozó.

—Padre, ¿puedo ir con usted?

—¿No te pareció suficiente estar pegada a lord Mulgrave? No comprendo por qué quieres perseguirlo.

—No quiero eso. Solo deseo decir que en aquella cabaña no pasó nada. Usted me conoce, padre. No haría nada que pudiese perjudicarme, sé el alcance de esos. Este hecho fue desafortunado e irremediablemente agravado por el clima. Ambos somos inocentes.

—Guarda tus explicaciones, quizá sirvan para que después me limpie las orejas de un lado al otro —espetó con enfado.

Su corazón estaba roto por el trato que recibía de su padre. Nunca había creído que la trataría tan mal.

—Cariño, ven conmigo, tenemos que hablar... —musitó su madre que la vio desolada.

—¿Mi padre va a castigarme?

—Oh, querida, ya quisieras que él te dé un castigo en comparación con lo que te depara el destino. Ven a cambiarte de ropa.

Martha cogió a su hija de la mano para llevarla a su habitación y ayudarla a cambiarse. Tendría que hablar con ella sobre las implicaciones de sus actos, por más que estos fuesen inocentes ante los ojos de sus padres, pero no ante los demás.

***

Charles entró a un estudio que olía a tabaco de hacía años, papeles viejos y whisky caro. Ese lugar debió ser la guarida del duque antes de fallecer.

Unos minutos después entró John con seriedad.

—Sentémonos, lord Mulgrave —pidió tratando de no perder los estribos—. ¿Puede explicar qué pasó?

—No salgo bien parado de esto explicando o no.

—Es bueno que lo entienda. De esta no sale bien de ninguna manera.

—¿Espera que me case con su hija?

—Esperaba que no, pero la situación es inexplicable, no hay forma de solucionar esto y más con testigos. Si solo lo hubiese visto yo, esto no sería un problema; sin embargo, no fue así.

—Comprendo...

El conde sabía que estaba condenado a casarse con Daisy. Si hubiesen hecho algo la noche anterior, al menos valdría la pena. Debió hablarle mejor y terminar involucrados para que esto al menos tuviese un poco de sentido. Terminaría casado por absolutamente nada, sin sentido alguno.

—¿Cómo le dirá esto a su hija? Es evidente que ella no comprende que, haberla salvado, me ha metido en un problema que no tiene gracia, porque ella no es lo que espero para esposa.

—Es comprensible, usted tampoco es lo que esperaba como esposo de mi hija y yerno. Estamos a mano en no pertenecer, lord Mulgrave. Solo le dejaré claro una cosa. Si hace llorar a mi hija, puede considerarse un hombre muerto. Ni una sola lágrima. Ahora que sé que apenas quizá la tolere, estaré más atento, respirando en su nuca, con papeles agitándose. Usted cree que tiene mucha influencia, pero no más que yo, un viejo letrado que conoce los

trucos de todos. A mí, no me verá la cara y menos a mi hija que ya ha tenido una vida marcada por la pérdida. No la hará sufrir.

—No tengo la intención de hacer eso, milord. Puedo ser grosero en muchas cosas, pero no tengo la intención de maltratar a una dama. Sé lo frágil que es lady Daisy y no me atrevería a hacer algo en su contra, al menos de manera consciente.

—Sea respetuoso e intente quererla, sé que ella se encariñará rápido con usted, porque siempre le ha gustado encariñarse con alimañas peligrosas.

# Capítulo 19

En la habitación en compañía de su madre, Daisy se cambiaba con la ayuda de Martha. Aquella lo hacía en silencio y eso comenzaba a desesperar a la joven. Además, no sabía lo que estaban haciendo su padre y lord Mulgrave encerrados en un lugar. Suponía que estarían discutiendo sobre qué había ocurrido.

—Querida, ¿sabes lo que ocurrirá contigo? —preguntó Martha que la cogió de ambas manos para llevarla hasta la cama para que pudiesen conversar ahí sentadas.

—No lo sé con certeza, pero un castigo es lo mínimo.

—Tendrás el máximo castigo posible por haber pasado la noche con un caballero. Sé que no ha sido algo que buscaste, pero así son las reglas.

—No pasó nada con él, lo juro. ¿Qué castigo es, madre?

—El matrimonio, uno largo y tortuoso con un hombre que se nota que no ha sometido en al menos dos décadas.

—¿Matrimonio? Pero... —Ella se quedó sin palabras. Había imaginado discusiones, sobornos, quizá unos muertos, pero no matrimonio. Esto le estaba costando mucho comprender—. No hay razón para eso.

—Oh, sí la hay, Daisy. Durmieron juntos. Se presume que han ocurrido cosas que no deberían hacerse antes del matrimonio.

—¿Qué cosas, madre?

—Debía hablarte de esto el día de tu boda, pero debo hacerlo ahora. En la cama no solo se duerme, Daisy, sino que también complaces a tu esposo con tu cuerpo. Ese acto no se puede deshacer, sus cuerpos se unen para tener hijos, ¿entiendes?

—Pero nada de eso pasó, madre. Solo me abracé a él y aquel ni siquiera estaba de acuerdo. Si me casan con él, me condenarán a la infelicidad por siempre, madre. No es malo, pero tampoco quiere ser bueno.

—Tendrás que usar tu encanto o un látigo para domar a una fiera, cariño. Al menos tienes el consuelo de saber cómo duerme.

Daisy cerró los ojos y se dejó caer en la cama.

—En qué lío me metí por no ser más rápida. Yo quería escoger a mi esposo. Lord Mulgrave no me desagrada, pero no le agrado. Sé que me odiará.

—Tendrán que aprender a tolerarse. Si fueron capaces de dormir abrazados, cualquier cosa puede pasar. Endulza la vida de ese hombre, tú tienes carisma, encanto e inteligencia. Si lo haces bien, vivirás una vida cómoda y aceptable.

—Pero yo quería amor, madre.

—En algunos casos el amor viene con el tiempo, no pierdas la fe. Este hombre, por más que parezca amargado, es alguien importante, te dará relevancia y estatus. Créeme, es algo bueno para ti.

—Quisiera pensar que sí. Por un lado, me da miedo estar con alguien que quizá nunca me soporte, pero por el otro... Debo confesarle algo, madre... —Daisy se mordió los labios, se puso de pie y comenzó a caminar por la habitación—. Creo que ayer descubrí que estoy enamorada de lord Mulgrave.

Su madre no podía creer. Su boca abierta solo hablaba de su incredulidad ante lo que ocurría. No sabía si era suerte o qué, pero se sentía aliviada.

—Daisy... Deseo que ese hombre te merezca. Quiero que tengas un buen matrimonio como el mío y el de Lily. Tal vez al principio no sea fácil, pero si perseveras, lo lograrás.

—Solo lamento que mi felicidad momentánea pueda ser construida sobre el enfado de lord Mulgrave. Creo que puedo lidiar con él, pero es desgastante intentar que alguien entienda un punto.

Unos golpes en la puerta interrumpieron a ambas mujeres. Martha se acercó a abrir y ahí estaba John, que la miró antes de entrar.

La joven guardó silencio, se sentía un poco avergonzada de su comportamiento.

—Tenemos que hablar, Daisy —pronunció con rigidez.

A ella le dolía el corazón al no ver al padre cariñoso que conocía desde pequeña. Agachó la cabeza esperando que empezara.

—¿Quieres que me quede, John? —preguntó Martha.

—Sí, pero en silencio.

Su madre fue a sentarse en una silla cerca de la ventana y agarró uno de los libros de Daisy. Era evidente que no leería, mas lo hacía por simple ocupación.

—Ahora puedes explicarme lo que pasó...

—Quedé atrapada en el arroyo, padre. Lord Mulgrave me salvó poniendo su vida en riesgo. Me torcí el pie y él comenzó a buscar un refugio conmigo en brazos. Es un caballero de verdad. Encontramos la cabaña, encendió la chimenea, encontré unos albaricoques y whisky...

—¿Por qué no habla de la ropa?

—Eso fue una idea desafortunada de mi parte. Fui yo quien lo propuso, tenía frío y la ropa mojada no ayudaba a ninguno de nosotros. No fue con mala intención.

—¿Por qué estabas en el arroyo? No eres una persona que va hacia el agua por gusto.

—Yo...

—Confiesa, Daisy, ¿en qué estabas pensando?

—Lo seguí para hablarle del señor Damon. Vi que esta mañana estaba maltratando al hijo de la duquesa y le dije al conde que interviniera para que nadie terminara siendo como él. Este hombre cruel fue el preceptor de lord Mulgrave y le hizo mucho daño. Se negó a hacer algo y se fue. Me quedé ahí, pensando en cómo ayudar, la lluvia empezó y... ya sabe el resto de la historia, padre.

La expresión de John se suavizó. Daisy no dejaba de ser esa criatura de corazón noble que esperaba lo mejor de lo peor.

—Por buena persona te pasó algo malo. Hablé con lord Mulgrave, está dispuesto a casarse contigo, pero aclaró que prefiere mantener distancia porque no eres lo que esperaba. Sé que estas palabras pueden ser dolorosas en este momento, pero considero que te ayudarán a futuro. Podrás saber en dónde estás metida, armar estrategias... No quería esto para ti, Daisy... —lamentó John sin poder ocultar su dolor.

—Yo tampoco, padre. ¿Cree que pueda hablar con lord Mulgrave?

—Puedes hacerlo, pero con la presencia de una carabina. Es mejor que lo hagas después del almuerzo. Si necesitan privacidad se alejan un poco, pero no demasiado. La situación está tensa y muchos murmuran en los pasillos sobre cómo fueron encontrados. Lord Dudley es uno de los que desea verte hundida.

Lord Dudley, alguien que le pareció agradable en un primer momento y que en ese instante estaba pidiendo su cabeza como si ella fuese María Antonieta. Lo lamentaba, ya que por un corto tiempo lo vio como su oportunidad de matrimonio, pero todo se había perdido y debía lidiar con un ogro del que quizá estuviese enamorada.

No se animó a bajar para la hora del desayuno, le pidió a su madre si podían desayunar juntas en la habitación, porque le daba pánico tener que bajar con tantos chismes. Cogería valor por un par de horas antes del almuerzo.

Para su buena fortuna, los sirvientes llevaron el desayuno para ambas y trataron de no hablar de lo que pasaría después, porque Daisy comenzaba a ponerse nerviosa. Una de sus piernas parecía tener vida propia, vibraba sin que ella pudiese evitarlo. Debía ser la ansiedad por saber qué ocurriría con ella cuando Charles la viera. Temía por su seguridad. Más de una vez se acarició el moretón accidental en el brazo. Eso le hizo temer al pensar en un futuro a su lado.

Se llamó un monstruo por ese hecho, lo vio arrepentido, pero eso no hacía que su miedo se fuera. Pensaba si le pediría perdón a su cadáver si se le pasaba la fuerza en otra oportunidad.

Para ella el pasar de las horas era difícil, quería quedarse ahí hasta que terminara su estancia en esa casa, de hecho, deberían considerar irse lo más pronto posible.

Cuando llegó el momento de bajar para el almuerzo, sentía todas las miradas en ella. Lord Dudley estaba pegado a lady Anabelle como si fuese una sanguijuela. Aquel era un prejuicioso. Todos creían que ella había hecho algo malo con el conde; sin embargo, no fue así, pero de nada servía intentar explicarse. Le dirían que mentía y no había más que decir.

Se sentó junto a Charles de manera incómoda. Él también ya se había cambiado y volvió a su elegancia habitual.

—Tenemos que hablar después... —pronunció Charles en voz baja y sin mirarla.

—Lo sé, después del almuerzo. Leeré...

—También tendré que leer...

Charles evitaba cualquier forma de contacto visual con Daisy. Trataba de disminuir las habladurías a su alrededor. Esperaba que en estos días olvidaran lo que había ocurrido para que las circunstancias de ese futuro matrimonio no se viera afectado por lo que era definido como inmoral.

El almuerzo se sintió tenso. Nadie hablaba en voz alta, pero los murmullos no dejaban dudas de lo que pasaba por sus mentes. La incomodidad estaba devorando a Daisy. Quería salir corriendo, sentía que la colgarían siendo inocente de lo que se le acusaba. Tal vez ese beso que se dieron fue más un pecado que un gusto. Le daba mucha vergüenza que la gente los imaginara en situaciones inadecuadas, que hablara de ellos a sus espaldas y que los miraran como si no pertenecieran a la misma raza. Los estaban señalando no abiertamente, pero sí con esos silencios extraños y los cuchicheos

que surgían cada vez que levantaba la mirada y la cruzaba con la de alguien.

Cuando por fin acabó esa comida tan tortuosa, ella se alejó con prisa. Buscaría el conde de otra manera, una que no implicara ser el blanco de las burlas. Quería meter la cabeza en la tierra con tal de no ver a nadie, estaba avergonzada.

Fue a por su libro de la habitación, fingiría leer y con eso se cubriría el rostro de las miradas inquisitivas. Era la única forma de pasar desapercibida o, al menos, intentarlo. Cuando regresó al salón, se dio cuenta de que estaba lleno. Salió al corredor de la residencia y buscó un lugar en el cual sentarse.

Fue hacia el jardín y se sentó en un banco que todavía parecía estar un poco húmedo, pero como suponía que ya había atravesado muchas lluvias antes, no creía que se le pudiese pegar algo en la ropa.

Colocó el libro frente a su rostro y trató de concentrarse, pero cada cierto tiempo levantaba la vista y veía a la gente dirigiendo su mirada hacia donde ella se encontraba. Le daba tanta vergüenza que quería desaparecer con un chasquido de dedos. No pensó que compartir una habitación fuese tan difícil. Su institutriz no pensó en la posibilidad de que ella hiciese algo inadecuado; sin embargo, ocurrió. Dejó que un hombre la salvara. Sí, lord Mulgrave. Aquel se veía tan gallardo acercándose a ella sin dudar, la cargó, encendió fuego para que no muriera congelada y la besó. Oh, ese fue el momento que la condenó.

Lord Mulgrave estaba buscando a Daisy. La vio con rostro sospechoso, observando a todos como si fuesen una amenaza. Él consiguió un libro de la biblioteca, pero no le interesaba demasiado, solo lo cogió como excusa.

Se acercó a la joven y se sentó. Abrió el libro y la miró de reojo.

—¿No pudo encontrar un lugar más privado? —cuestionó Charles que también comenzaba a sentirse observado y no solo por los otros invitados, la servidumbre no se quedaba atrás con el chisme.

—Mi padre dijo que nos dejáramos ver.

—Pues un mal consejo. Por supuesto, no podía esperar menos de un hombre que me dijo un par de cosas. Definitivamente, por más que no sea su padre, lleva su sangre.

—No me dio un mal consejo, escogí un pésimo lugar, pero supongo que nada puede salvarnos ya.

—Es exactamente lo que quería decirle. Nada puede salvarme de la desgracia de unirme a su familia.

—¿Qué dijo? —increpó ofendida—. Puede hablar mal de mí, pero no de los míos.

—No estoy hablando de ellos, sino de mí. Usted no es lo que esperaba.

—¿Si lo repite más veces cambiará su destino? No lo creo. Resignarse es la mejor forma de enfrentar esto.

—Por supuesto, usted sale ganando. Tendrá esposo con el mínimo esfuerzo.

—¿Mínimo esfuerzo? Ni siquiera bebió vino en el almuerzo para decir sandeces, lord Mulgrave.

—No estoy mintiendo. La mayor beneficiada es usted.

—No, usted es el beneficiado, puesto que se quedará con mi dote y yo con usted. ¿Quién cree que gana?

# Capítulo 20

Él parecía considerar lo que había dicho la joven.

—Es cierto, me quedo con el dinero, pero no es tan satisfactorio. Pude casarme con una mujer más rica.

—Ajá. Con su encanto de piedra, por supuesto. Tiene a muchas damas agitando sus pestañas para tenerlo. Lástima que fui la criatura desafortunada que cayó en sus garras.

—¿De qué garras está hablando, lady Daisy? Usted fue quien se aprovechó de mí. Si hubiese dormido en el otro extremo y no se hubiese pegado tanto, nada de esto estaría pasando.

—¡Tenía miedo! ¿No siente compasión?

—No tengo compasión, ni corazón, ni emociones la mayor parte del tiempo.

—Es evidente que no tiene nada de eso.

—Entonces no pregunte si ya lo ha visto.

Ella miró su libro, pero enfurruñada.

—¿Eso es todo de lo que hablaremos? —interrogó la joven.

—No. Quería decirle que no espere nada de mí. Ni amor, ni compañía, ni nada de esas cosas que cualquier mujer espera de un hombre. Tendrá techo, dinero, comida, joyas y vestimenta. Tendrá todo lo que necesita.

—Como si necesitara que me diera algo. No espero nada de usted —respondió fingiendo que no le importaba lo que él decía, pero por dentro, estaba rota. Aquel no pensaba cambiar y ella, con su sensibilidad característica, no sabía si lo toleraría.

—Es importante saberlo. Si mantenemos nuestra distancia, nadie saldrá herido. No quiero que espere algo de mí, sabe que no podré darle nada.

—Lo acepto.

—¿No va a quejarse?

—No, tengo un esposo con el mínimo esfuerzo, ¿por qué debería quejarme? Tengo más que un mendigo. No creo que necesite nada más que eso que usted ofrece tan humildemente.

—Noto sarcasmo en sus palabras.

—Solo lo está imaginando o tal vez sea la culpa galopante que siente al no darnos una oportunidad de algo distinto, pero sí algo entiendo es que no se puede salvar a quien no quiere ser salvado, si le gusta revolcarse en su miseria, yo no haré ningún esfuerzo para sacarlo de ahí, de hecho, tal vez le traiga más miseria.

Charles la observó con atención. Esa criatura, que parecía tan frágil como una mariposa, era peor que cualquier alimaña rastrera cuando las cosas no le salían bien, pero, por un lado, no hacía que se sintiera ofendido, sino más bien comprendido. Ella parecía ser la única criatura capaz de tolerarlo. Era sensible, aunque resistente ante sus ataques.

—Le daré el anillo en Londres y haremos una fiesta de compromiso decente. No la privaré de jactarse de casarse conmigo.

Los ojos de Daisy casi salieron por completo de su órbita al oírlo. Esto cruzaba el límite de lo chistoso para parecerse más a lo indignante.

—Puedo apostar que la mitad de los asistentes se compadecerá de mi desgracia y querrán tenderme la mano para salvarme de usted.

—Será la condesa de Mulgrave, un título que necesita a alguien distinto que al demonio que me trajo a este mundo. Espero que sepa lidiar con este asunto. Todavía no la conoce y espero que no se asuste. Contará con mi apoyo, aunque creo que podrá moverse bien en un ambiente envenenado.

—No soy ninguna víbora, solo me adapto, lord Mulgrave. Me ingeniaré con lo que me dé.

Él se puso de pie para retirarse.

—La veo en la cena. No asistiré al té —anunció haciendo una inclinación de cabeza.

Daisy asintió y dejó que se fuera. Cerró su libro de una vez por todas, declarando que no podía concentrarse en nada. Después de oírlo expresarse como si fuese solo un trámite más, algo en ella cambió y recordó los consejos ingenuos que le había dado a Lily diciéndole que podría amar con el tiempo, que el dinero no importaba, pura parafernalia barata que en ese instante no le servía para nada. Su esposo le ofrecía solo riqueza, algo que cualquiera le podría dar, pero el sentimiento de amor se desdibujaba con lentitud. ¿Podría conformarse con un matrimonio sin amor? Y si no se casaba, ¿sus hermanas saldrían afectadas? Lo que había hecho era probable que las afectara si el chisme se extendía. No quería que eso pasara.

En ese instante ella se dio cuenta de que tenía algo que perder y no solo ella, también su familia. Los había envuelto en un lío sin

querer. La reputación de todos estaba en juego. Quizá dijeran que sus hermanas eran mujeres de poca moral. Eso la acongojaba y comenzaba a preocuparla.

Abandonó el banco y fue dentro de la casa. Ya había conversado con el conde y ya no tenía nada que hacer exponiéndose ante los ojos de los curiosos.

Al regresar a la casa, recordó que sus problemas no eran los únicos que existían, sino también tenía algo que le recordaba que otros podrían convertirse en el que sería su futuro esposo. No, no podía dejar que lo hiciera, debía conversar con la duquesa para saber si era cierto que ella sabía lo que su hijo estaba sufriendo.

Le habló a una doncella y le pidió que le preguntara a la duquesa si podrían conversar antes de la hora del té al menos por unos minutos. Aquella asintió y fue a cumplir con el pedido, regresó después de unos minutos con la respuesta de que sí la recibiría en su habitación a las cuatro.

Debía pensar lo que le diría y si estaba de acuerdo con ese tipo de enseñanza, persuadirla de que no era lo mejor y que lord Mulgrave era el ejemplo más cercano de lo que causaban las torturas: un ser sin corazón.

Le dolía pensar en Charles como alguien que no sentía nada, porque sabía que todos, de una manera u otra, sentían algún tipo de emoción. Lo que él hizo fue algo que le recordaba a la señorita Bruster, la preferencia de varias habilidades sobre una. El conde desarrolló las emociones más dañinas porque estuvo expuesto a eso, mientras que no sabía nada del resto, solo era cuestión de que ella le hiciera practicar para saber que podía amar.

Cuando llegó la hora de ir a la habitación, lo hizo con tranquilidad. Estaba dispuesta a hacer el bien. Golpeó la puerta y la

duquesa abrió, dejándola pasar a un amplio salón. Era como tener una casa dentro de otra.

—Siéntese, lady Daisy... —pronunció la dama, educada—. Supongo que quiere hablar conmigo de lo que ocurrió con el conde.

—No, no quiero hablar de él, su excelencia —respondió con serenidad.

—Oh, ¿en verdad? Yo sí quisiera conversar de eso con usted. El señor Damon me contó que los había visto juntos ayer. Él supone que esto entre ustedes ha sido un encuentro calculado que no salió como esperaban...

Daisy no podía creer lo que estaba escuchando. Ese preceptor la estaba difamando. Utilizaba su caída en desgracia para desacreditarla.

—Esa no es la verdad, milady. Lo he visto maltratando a su hijo...

La duquesa sonrió.

—Él me dijo que cuando los descubrió usted amenazó con inventar el maltrato hacia mi hijo. El señor Damon lleva tres años como preceptor y no he tenido quejas. Mi hijo menor no habla mucho, creo que envidia a su hermano mayor, ya que él es el duque y el otro solo tiene un título de cortesía y la gracia de ser hermano de un hombre importante.

La joven negaba con la cabeza, incrédula ante lo que oía, esa mujer estaba ciega y sorda. Veía y oía solo lo que no le diese problemas.

—Eso no es cierto. Lord Mulgrave y yo nunca hemos tenido nada. Él no me tolera.

—No es lo que yo he visto. Me sorprende que quiera negar algo tan evidente. Tengo lacayos en todas partes. Los ojos nos vigilan y siempre estoy informada de lo que ocurre a mi alrededor.

—Debería pedir que sigan al señor Damon, excelencia. Descubrirá que esto que le digo es cierto.

—Milady, sé que el señor Damon tiene razón en lo que ha visto. Quiero que me cuente todo. Tengo buen ojo para las parejas y desde que los vi en uno de los salones, dije: estos dos se comprometerán después de mi evento. Su padre me ha contado que acordaron un compromiso y que también evite que la forma en la que se dio salga de esta finca, aunque eso escapa de mis posibilidades, tal vez si su padre amenaza a la gente con contar sus sucios secretos legales y comerciales, las cosas cambien. Todo en este mundo se soluciona mediante influencias...

Todavía no lograba entender el nivel de fantasía en el que vivía la duquesa. Cualquier cosa que dijera sería desviada hacia el compromiso con Charles. No podía hacer nada por salvar al pobre joven de seguir sufriendo con el señor Damon. Su esperanza era el conde, pero si este se pusiera a conversar con la duquesa, tendría el mismo resultado que ella estaba recibiendo y, para empeorar la poca paciencia de su reciente prometido, tendría que escuchar estas barbaridades ofensivas para su corazón de piedra. Si lord Mulgrave pudiese llorar, en lugar de lágrimas, saldrían piedritas.

La gran dama la retuvo más de lo que esperaba y solo le hablaba de su deber como esposa y de lo mucho que debía preocuparse por hacer quedar bien a su esposo frente al resto. Le recordaba que una mujer era reflejo del varón que la cuidaba. Cuando acabaron la conversación, el acotamiento de Daisy era visible. Quería regresar a su casa.

Antes de entrar a su habitación se fijó en la del conde y suspiró. Les esperaba un largo camino que quizá fuese poco alentador. Él le gustaba, sentía cosas, pero no sabía si aquel algún día correspondería a lo que ella expresaba.

Una vez en su habitación, una doncella le llevó el té con un par de galletas. Daisy los disfrutó en silencio con un libro. Pudo concentrarse en él para evitar pensar en lo que no podía controlar. Con una lectura tenía un principio y un final, no había más que eso, sabía cómo terminaría, no había inquietud en el resultado, pero su vida no era lo mismo. La posibilidad de escoger se le fue de las manos y la de ayudar también. Las dos estaban perdidas por una terrible confusión. Mientras estaba mordiendo una galleta, oyó un par de exclamaciones de la anfitriona. Ella se asomó por la ventana y vio a un joven, de rostro impasible, aunque de mirada amable. Sus ojos azules transmitían paz y quietud, al menos a Daisy. Su cabello rubio era largo, por debajo del hombro. Parecía sedoso y saludable. ¿Quién podría ser si dijeron que el duque no estaba ahí? Aquel no parecía uno, sino un terrateniente como los que veía en las propiedades de sus hermanos. No parecía un ser intimidante y suponía que un duque lo era, salvo William, al que creía un tonto con título.

Para la hora de la cena, Daisy volvió a armarse de valor para ir al comedor. A todos les llegó el mensaje de la duquesa. Tendrían una cena más elegante que de costumbre porque su hijo estaba de visita y quería presumirlo con todas las mujeres que estaban ahí. Con eso pudo asegurar que el hombre que llegó sí era el duque de Pemberton y no un simple terrateniente. Mientras se arreglaba con los aretes que compró el año pasado, cuando su padre le dio dinero a ella y Lily, oyó que alguien tocaba la puerta. Abrió y ahí estaba Charles, de pie, con su rostro de siempre: impasible. Esa elegancia y seriedad definitivamente eran parte de su encanto.

—Debo preguntar la razón por la que está aquí —curioseó la joven en tono mordaz.

—Vine porque lo mejor es que nos mostremos como lo que somos: prometidos.

—Me sorprende... En fin, no puedo librarme de usted.

A Charles no le importaba la grosería de Daisy, no podría alcanzarlo en ese campo, no era competencia para él y su lengua. Había pensado en lo conveniente de mostrarse juntos para que los murmullos se contuvieran. Tenía sus dudas, pero al verla tan hermosa y con los ojos brillantes, se sentía agradecido de que una mujer así fuese su futura esposa.

# Capítulo 21

Él extendió su brazo para que Daisy lo tomara. La vio cerrar la puerta y coger lo que le ofrecía.

—No estaba segura de bajar. No creo que sea ventajoso conocer a un duque estando comprometida.

—La ventaja es para las otras. Usted me tiene a mí.

—Vaya, qué premio.

—De nuevo está siendo sarcástica —se quejó.

—Usted empezó con sus burlas.

—¿En qué me burlé?

—Al decir que yo lo tengo a usted. Esa es suficiente burla para cualquiera.

—Ha conseguido esposo, no puede quejarse. Muchas estarían dispuestas a todo por casarse conmigo.

—Pues yo estaría dispuesta a todo para cederlo a otra mujer que sí necesitara a un esposo sin sentimientos, quizá un arbusto tenga más emociones que usted.

—Le resultará difícil ofenderme, no caigo en esas cosas, lady Daisy. No puedo hacer milagros de la noche a la mañana. Llevo más de veinte años en esto.

—¿Y los anteriores?

—Tampoco fueron mejores. Me crie con personas con almas de hiena, aunque yo no lo soy. Siempre dije que sería diferente. Mis hijos no tendrán la misma educación y tendrán sus propios objetivos.

Ella se sonrojó al pensar que serían sus hijos. Hablaba de esos que tendrían juntos después de casarse. Sentía que la temperatura le subía y por eso apretó con fuerza el brazo de Charles.

—¿Y les dará afecto?

Charles parecía pensativo. ¿Podría dar afecto? No lo sabía, solo entendía lo que no debía darles.

—No estoy seguro. Quizá tratarlos con respeto sea la clave del amor.

—Sus hijos querrán abrazarlo al igual que sus hijas. ¿No le gusta que lo abracen?

El conde ladeó la cabeza volviendo a caer en aquel torbellino de pensamientos con cada pregunta capciosa de la joven.

—No es que no me guste. No me han abrazado mucho desde hace tiempo. Es incómodo.

—Podríamos practicar abrazos hasta que se sienta cómodo. Es por el bien de nuestros hijos. Vengo de un hogar en donde el amor es lo que sobra y en mi casa deseo que sea de la misma manera.

En esta ocasión le tocó sonrojarse a Charles. Era cierto, serían los hijos que tendría con ella. No dudaba que Daisy convirtiera a sus hijos en pequeños seres malcriados con ternura. No sabría cómo lidiar con algo semejante. Imaginar niños corriendo felices por cada rincón era algo que no podía con la facilidad que cualquier otro

tendría para hacerlo, porque él no recordaba cuál fue la última vez que corrió como niño sin que su objetivo fuese evitar un castigo.

—Lo mejor es evitar el contacto, milady. Tendremos lo justo y necesario. De hecho, sería bueno que conversáramos sobre lo que nos trajo a este compromiso arreglado.

—¿Hablaremos más sobre este malentendido?

—Sí, porque he pensado que, si me acusaron de haberme aprovechado de usted, al menos debería disfrutar del botín del cual me acusan haber tomado. Total, estamos comprometidos, ¿qué más podríamos perder?

Daisy se llevó la mano libre al pecho, escandalizada. Después de lo que su madre le había explicado sobre el matrimonio y la cama, ella sentía cierto temor, eso que él quería no debía hacerse hasta que se casaran.

—Eso no está permitido, milord —se excusó.

—¿Importa que esté o no permitido? Por esa presunción estoy amarrado a usted. No me diga tonterías moralistas en este momento.

Ambos llegaron al comedor con lentitud, porque habían ido andando todo el camino en medio de sus conversaciones.

No los habían cambiado de lugar, sus nombres seguían indicados sobre la mesa, por lo que ambos se sentaron. John y Martha aparecieron unos minutos después. Aquellos parecían aliviados al ver ahí a su hija.

—Pasaré por su habitación en la noche. Que me culpen de algo que sí hice —gruñó el conde.

—No se atreva a aparecer. No le abriré la puerta, ¿escuchó?

—Es mi prometida, debería hacer lo que le digo. Estamos así por eso, no porque nos encontraran abrazados. De haberlo sabido, me hubiese acostado con usted anoche. Al menos así les daría una buena razón para condenarnos a esto.

Esas palabras lograron escandalizar a Daisy que miró a su alrededor para saber si alguien los había oído. El conde sabía controlar el tono de su voz frente al resto, pero quizá ella no pudiese hacerlo. Ese hombre no quiso tocarla hasta el día anterior y en ese momento quería acostarse con ella. Esa era una verdadera contradicción, puesto que era incoherente con la verdadera personalidad de su prometido.

—No sigamos hablando de eso. Mejor cuénteme, en dónde viviremos al casarnos.

—En la casa que habita mi madre. La echaremos.

—¿Qué? Se acostumbra que las madres vivan con los herederos.

—No, eso no va a pasar, salvo que quiera que su vida sea más infernal de lo que será solo conmigo. No la conoce y no le deseo ese mal. Debemos echarla sin contemplaciones. Aprovecharé para decir que mi esposa es una mujer de gran carácter. Los miembros de la junta de Almirantazgo podrían juzgarme con dureza si llegara a hacerlo yo, esa es la razón por la que sigue viviendo en mi propiedad.

—Pero ¿en dónde vivirá?

—Por mí puede vivir en el monte o mejor que eso es que more en el cementerio junto a su esposo. Eran tan unidos en mi contra que hasta en la muerte deberían continuar juntos. Lamento que no partieran el mismo día.

—Sus palabras están llenas de odio...

—¿Y qué esperaba? ¿Flores y buenos deseos? No sea tonta, personas como yo somos incapaces de sentir algo distinto por nuestros agresores. Esas personas que desde siempre debieron cuidarme... Era su maldito heredero y me torturaron como a un animal. ¿Cuál se suponía que debió ser mi destino como tal?

La joven bajó la mirada. Él tenía razón. No podía tener palabras de cariño o respeto para personas que siempre le habían negado eso.

—¿En algún momento me contará toda su historia?

—No es una historia de las que acostumbra a leer, lady Daisy. Es cruda, vil y honesta.

—Leo de todo, lord Mulgrave. No sienta pena por eso. Solo me interesa conocer la historia del que será mi esposo.

—No me gusta hablar de mis debilidades para que después sean usadas en mi contra.

—No gano nada estando en su contra. Me conviene estar de su lado.

—Al menos en eso es inteligente...

—¡Su atención, por favor! —llamó la duquesa que golpeaba su copa con su cuchillo de plata—. Esta noche es especial, mi queridísimo hijo, Alexander, ha venido a visitarme. Para quienes no lo conocen, él es el duque de Pemberton.

El duque no parecía apenado, solo permanecía sin expresión alguna, aunque cualquiera podría pensar que solo necesitaba una

oportunidad para salir corriendo. Sin embargo, muchas de las damas parecían afilar los dientes y las uñas. Las miradas que se dirigían eran de competición pura. No estaban ahí para perder, sino para coger al mejor candidato y todos sabían que ser la próxima duquesa de Pemberton era el ideal para cualquier joven de la nobleza.

Daisy no le prestaba mucha atención al duque, aunque una idea salvaje cruzó por su cabeza. Él era la esperanza para que su hermano se salvara del señor Damon que era un verdadero manipulador.

—Lord Mulgrave, hoy intenté hablar con la duquesa sobre el señor Damon... —comentó dirigiendo su mirada hacia Charles.

Él rio con burla.

—Le dije que sería una pérdida de tiempo.

—Está equivocado, milord. Ella no tiene idea de lo que pasa con su hijo. El señor Damon le dijo una mentira monumental. Inventó que él nos vio besándonos y que yo lo amenacé con inventar maltratos para que no contara nada. Este hombre es peor de lo que imaginaba.

—Pensé que me creía cuando le conté sobre él y vio mis manos. No eran una mentira ni un invento descabellado. Siempre está un paso adelante.

—Mi esperanza es que el duque de Pemberton sepa la verdad. Él no ha sido envenenado por el señor Damon. Es una oportunidad perfecta para desenmascararlo frente a quien tiene el verdadero poder.

—Es atrevido de su parte...

—¿De mi parte? Oh, no. Pienso usar la influencia de mi prometido para esto. Usted hablará con él y yo lo apoyaré.

—Ni se le ocurra meterme en asuntos que no son míos y tampoco use mi nombre para sus asuntos particulares...

—Necesito que lo atraiga es solo eso. A mí no querrá conocerme porque estoy comprometida, pero entre caballeros se comprenden. ¿Quién no querría hablar con alguien tan importante como usted?

—No me meta en otro lío, ¿entiende?

—Solo quiero que ayude con esto. Prometo dejarlo en paz, solo no permita que el niño termine como usted.

El conde suspiró y no dijo nada más o terminarían involucrándolo hasta en un asesinato, aunque se le hacía demasiado atractiva la idea de dejar mal al señor Damon, lo merecía, porque seguía haciendo las cosas que nunca debió. En los años que pasaron debió destrozar la vida de muchos otros niños como él. Por un lado, Daisy tenía razón y era admirable su determinación para salvar al prójimo, pero él no tenía el mismo pensamiento, le costaba tener empatía por otros a los que no conocía, ni por los que conocía. Era como si no sintiera nada. Mark era quien lo mantenía en el mundo real diciéndole que debería sentir algo y corregirse y después estaba la que sería su futura esposa sin desearlo.

Esa joven le parecía un castigo que merecía por no ser un buen hombre. Sí, ¿qué peor cosa para un insensible que tener a la sensibilidad encarnada viviendo bajo su mismo techo? Era una tortura solo pensar que tendría que escuchar su idea de salvar al mundo de todo mal. Pronto estaría exigiéndole que la santificara por preocuparse por los demás. Con el mismo Charles parecía estar haciendo su obra de caridad al casarse, porque sabía que ella, por venir de cierta familia, le daría más prestigio. Estaría ligado al

letrado más importante de la ciudad. Eso era algo que él se había negado a ver, pero pensándolo con la cabeza fría, Daisy era conveniente. Además, físicamente le atraía, por lo que no sería difícil convivir con ella en la cama.

Mientras sopesaba lo que aquella representaba, la observaba de reojo. Ella también siempre parecía estar observándolo, porque sus miradas se encontraban sin quererlo. La química entre ambos era innegable y parecía que solo la duquesa de Pemberton lo había visto cuando ni siquiera él ni Daisy lo notaban.

Cuando terminaron la cena, pasaron a las demás actividades. Daisy se quedó pegada a Charles como si siempre hubiesen sido amigos, mas solo estaba ahí, dando de qué hablar, aunque las cosas parecían haberse calmado un poco más. Los cuchicheos fueron disminuyendo, porque quizá, estaban guardando el grueso del chisme para cuando regresaran a Londres.

Martha se acercó a Daisy para que fueran a jugar a las cartas antes de que alguien le solicitara tocar el piano o algo peor que la pusiera en el centro. Lo mejor era mezclarse para pasar desapercibidos. Mientras tanto, John se quedaba con Charles. Ambos tenían mucho que conversar y entre esos estaba el anuncio del compromiso y la dote que le darían. Los dos cogieron copas de whisky y buscaron un lugar más alejado que les permitiera privacidad en medio de la diversión.

Cuando John fue arrebatado por un par de caballeros que deseaban conversar sobre leyes, Charles aprovechó la oportunidad para despejar su mente. El letrado era un hombre absorbente, de moral rígida y condiciones estrictas. La dote de Daisy era más de lo que había imaginado. Este matrimonio era conveniente en todos los aspectos, ya no lo veía como algo tan malo, aunque todavía debía sostener eso en su cabeza. Todo era muy reciente, tal vez mañana cambiara de opinión. Después de coger su copa, vio al señor Damon

entrando al salón con una sonrisa confiada. Iba a tocar el pianoforte, relevando a una mujer que él no conocía.

Ambos se reconocieron y el preceptor se acercó a lord Mulgrave con total naturalidad.

# Capítulo 22

Charles quería chirriar sus dientes, pero se contuvo. Prefirió afrontar el asunto como un caballero, aunque no sabía de qué tipo. Solo necesitaba una provocación para que un puñetazo le rompiese los dientes.

—Lord Mulgrave... He sabido sobre lo exitoso que es. Ha seguido el camino que trazó su padre con mi guía —dijo jactándose de lo que era Charles en ese momento.

Él no dijo nada ante las palabras del señor Damon, se limitó a darle un sorbo a su copa.

—También me enteré de su compromiso con esa joven tan imprudente. Le enseñé a buscar cosas mejores que esa. Es bella, con familia influyente, pero es un problema, tiene algo que usted no: corazón. Dormirá con un problema a su lado. Todavía está a tiempo de buscar a una mujer sumisa a la cual enseñarle quién manda en la casa. Si usted quiere, puedo enseñarle a respetar a los hombres...

No podía creer la desfachatez de ese hombre. Estaba diciéndole que golpearía a Daisy solo porque era sentimental. Ni él, en sus momentos más oscuros, consideró hacerle daño y si lo hizo, fue sin intención.

—Cierre la boca o se la cerraré yo. No se le ocurra acercarse a mi prometida, mantenga sus sucias intenciones alejadas de ella. No me desafíe, porque tengo el poder de destruirlo.

El hombre rio con desdén.

—Yo lo eduqué, sé todos sus puntos débiles. No le gustará enfrentarse a mí y más ahora que tengo a la duquesa de mi lado y

ella no tiene una buena imagen de usted, porque me encargué de que nadie creyera la versión de su prometida. Usted fue uno de los niños con los que trabajé con mayor libertad. A sus padres no le importaba lo que tuviese que pasar, solo el resultado. Y lo hice perfecto, es mi obra, lord Mulgrave.

—Una obra que caerá muy pronto. No se sienta cómodo y orgulloso con su educación, señor Damon, porque su final está cerca...

Después de decir aquello, Charles se retiró hacia otro lugar o acabaría tirándole toda la dentadura. Aquel era capaz de hacerle daño a Daisy. No podía dejar que lo hiciera. Él estaba jugando como sabía: de forma sucia. No había algo bueno que rescatar de aquel hombre que se pasaba torturando a niños de la nobleza.

Salió del salón, se recostó en la pared y encendió un cigarro con una lámpara cercana. Debía considerar no ensuciarse las manos. Para eso estaba Russell, alguien que cualquier persona que necesitara un «trabajo» especial, podía contratar. Sabía que como él lo había hecho, tardaría más tiempo, puesto que no debería saberse que el primer lord del Almirantazgo era un hombre consumido por la venganza, no se vería bien para su reputación, pensaba salir de ese puesto con el nombre limpio. No sabía si valía la pena, pero ese era su pensamiento.

Estar ahí lejos de las personas y el barullo lo tranquilizaba. Ese día había tenido demasiadas emociones que nunca había experimentado y se sentía agotado. No sabía cómo explicar la transformación que estaba sufriendo su mente. Daisy era la criatura mágica que estaba haciendo estragos en su vida. Se esforzaba para encontrarle esos defectos que observó en ella las dos primeras veces que la vio; sin embargo, nada de eso tenía sentido, se casarían, tendrían hijos, una vida en conjunto. Eso era tan extraño. El único bien que al parecer le hizo su madre fue empujarlo hacia el matrimonio por medio de Su Majestad. Había conseguido a una

mujer que ella odiaría por completo. Eso lo hizo sonreír como no lo hacía desde años atrás.

Daisy quería salir tras su prometido, pero su madre la tenía pegada a la mesa de cada juego que tenían. Ella solo deseaba estar cerca de Charles y saber lo que pensaba, aunque también consideraba que lo mejor era mantenerse alejado después de que él propusiera que pasaran la noche juntos. Eso era una completa locura y debía cuidarse, las cosas podrían empeorar en sus reputaciones y eso no era bueno con tantas hermanas que pensaban casarse en un futuro próximo.

Cuando por fin su padre apreció cansada de los juegos que la hicieron aburrirse, fueron a su habitación. Su madre comenzó a prepararla para dormir.

—¿No quiere quedarse a dormir una noche conmigo, madre? Creo que estoy asustada por lo que pueda ocurrir más adelante. Todo es tan reciente —comentó la joven para que Martha se preocupara por ella.

—Ni hablar, querida. Llevas muchos años sin decirme que quieres dormir a mi lado. —Martha le dio un beso en la frente—. Aprovecharé cada segundo antes de que te cases. Estoy perdiendo a mis pequeñas niñas una a una... Para mí es doloroso.

Los ojos de Daisy se llenaron de lágrimas de compasión hacia Martha, esa mujer que las amaba mucho y que desde el primer día las acogió como un tesoro. La abrazó para consolarse mutuamente. Este momento era de las dos, no tenía que compartirla con las demás.

—Yo siempre la visitaré, madre. No puedo vivir sin ustedes. Son lo más importante que tengo en esta vida. Son mis ángeles...

—Mi pequeña Daisy... —Martha la alejó un poco y le limpió con la mano una pequeña lágrima que escapó de su hija.

Su madre la dejó preparada en la habitación para ir a desearle las buenas noches a su esposo y buscar un camisón y una prenda para el día siguiente.

La joven aprovechó ese tiempo para mirar hacia la puerta de su prometido. Aquel aún no había subido. Debía seguir afuera haciendo parecer que el jardín se quemaba. Ese hombre podría fumar un campo si se lo permitieran, no le parecía que ese fuese un hábito saludable.

Al verlo aparecer por el pasillo aflojando su pañuelo lazado, se apresuró a entrecerrar su puerta. No quería que la viese espiándolo, solo quería saber que estuviese bien. Después cerró para que no quedara duda de que ella no le haría caso esa noche. Martha regresó y Daisy la ayudó a vestirse. Esa noche tenían pensado conversar antes de dormir.

Una vez que Martha apagó la lámpara que les daba luz, las dos comenzaron a charlar. El primer tema que tocaron fue el nuevo compromiso. Por un lado, su madre se mostraba escéptica, pero a la vez emocionada. Sabía que ella estaba enamorada de lord Mulgrave, mas no sabía si él sentía lo mismo que Daisy. No quería que aquella sufriese por nada, aunque sabía que no podría evitarlo en el futuro. Su hija tendría que defenderse de quien fuese con sus propios métodos.

***

Charles se cambió de prendas con la ayuda de un sirviente. Tenía puesto un camisón por debajo de la rodilla. Encendió una vela y decidió salir con rumbo a la habitación de enfrente. Cumpliría con lo que había dicho de aparecer en el lugar. Esperaba que las cosas salieran bien. Miró a ambos lados del pasillo y no había nadie, solo la

luz de la luna que se colaba por una ventana cercana. Dio unos pasos hasta llegar a la habitación de Daisy. Golpeó con cuidado.

Al oír los golpes, Martha, que estaba riendo con Daisy, guardó silencio.

—¿Qué es ese ruido? —cuestionó con presteza.

—La puerta, madre.

—¿Esperabas a alguien?

Daisy escondió la cabeza bajo la manta.

—Habla ahora mismo, jovencita —ordenó su madre con seriedad.

—Lord Mulgrave dijo que al menos quería pasar la noche conmigo, ya que lo obligarían a casarse por un supuesto. Entonces, él quería cumplir el delito del que se le acusaba.

—No pensé que fuese un joven tan irracional, pero lo pondré en su lugar, querida.

La mujer se levantó de la cama y se dirigió a la entrada de la habitación. Al escuchar que golpeaba de nuevo, abrió con violencia.

—Sorpresa, lord Mulgrave —expresó Martha pudiendo ver el alma de ese hombre abandonar su cuerpo a causa del susto.

Charles dio un salto hacia atrás como si fuese un gato. Su corazón había dejado de latir por el susto. Era la madre de Daisy. Observó el pasillo midiendo si se había equivocado de lugar, pero no, esa era la habitación de la joven.

—Nunca pensé que el primer lord del Almirantazgo sería un verdadero sinvergüenza. Esto es increíble. Pensó en aprovecharse de una joven inocente. Si no lo hizo la noche anterior, creyó que ahora era un tiempo más prudente para hacerlo.

—Milady, por favor, no me malinterprete, solo venía a desearle buenas noches a mi prometida —titubeó. No se le ocurría nada más que decir.

—Eso se dice antes de que cada uno esté en camisón. —Ella lo miró de pies a cabeza—. No está apropiadamente vestido para eso.

—¿Me hablará de vestimenta apropiada? Ayer vi todo de su hija. Hoy sé que no veré nada —masculló molesto.

Martha lo golpeó en el pecho.

—¡Sinvergüenza! Lo acusaré con mi esposo y la duquesa que ha venido a seducir a una dama.

En ese instante Charles se dio cuenta de que había cometido un error garrafal, debió mantenerse callado, disculparse y regresar a su habitación, pero su prepotencia fue una mala consejera y terminó de una manera que era absurda.

—Lo siento, lamento haber dicho esas cosas. Me retiraré, pero guarde silencio. Con permiso.

Ella lo vio retirarse y después cerró la puerta. Al girar sobre sus talones, Daisy estaba de rodillas en la cama, observando todo desde ahí.

—Vaya, es un hombre inescrupuloso. Pensé que pasaría sobre mí, pero lo reconsideró por su reputación. De todas maneras, se lo contaré a tu padre. Él no puede estar ajeno a estos comportamientos del que será un miembro más de nuestra familia.

—Le pedí que se quede a dormir para evitar a lord Mulgrave. No es porque no lo deseara, considero que nuestras reputaciones están lo suficientemente dañadas para añadirle más problemas.

—Eres inteligente, querida. Te felicito por eso. Ahora debemos dormir. Esto que hice hoy servirá para mantenerlo lejos hasta el día del matrimonio.

Daisy no estaba tan segura, pues en el penúltimo día previsto compartiría tres momentos con el conde. Él le reprocharía el claro engaño que sufrió, aunque ella se había negado desde un principio. Le incomodaba que pudieran descubrirlos otra vez y que el escándalo fuese mayor, con sus padres alerta, todo se mantendría en su sitio.

A la mañana siguiente, su madre salió primero de la habitación para ir a informarle a su esposo sobre lo ocurrido la noche anterior. Ella no se atrevía a despertarlo, puesto que se ponía como un ogro al ser molestado. Daisy se dirigió a la puerta y al abrirla, ahí estaba Charles, con los brazos cruzados y la mirada impasible.

—¿Le pareció bueno avergonzarme? —interrogó molesto—. Me morí de la vergüenza, lady Daisy.

—Buen día, lord Mulgrave. No aprobé que se acercara a mi habitación. Debió entender mis indirectas.

—Quería pasar la noche con usted y decirle un par de cosas sobre el señor Damon.

—Los vi hablando ayer.

—Él amenazó con que algo podría ocurrirle a usted si llegáramos a hablar. Puede parecer un simple preceptor, pero tiene

al diablo pegado al cuerpo. No debe descuidarse, evítelo por su seguridad. Es capaz de cualquier cosa, no tiene escrúpulos. Créame.

—No puede hacerme nada, no tiene acceso a mí, milord.

—No se confíe. ¿Irá conmigo al desayuno?

—¿Por qué es tan amable hoy?

—Debo convencer a mi prometida que me deje entrar a su habitación, ¿cree que debería ser grosero para conseguir eso?

—El que no tiene escrúpulos es usted, lord Mulgrave, pero me hace reír... —Ella tomó su brazo sin que él se lo ofreciera. Era como si el hecho de que se iban a casar les daba más confianza para interactuar.

El conde no estaba tenso, nervioso o fingiendo, por primera vez se sentía cómodo con alguien y esa persona era Daisy. Comenzaba a disfrutar de su compañía y eso le daba cierto temor por su seguridad. Ella no había tomado en cuenta su advertencia, pero él no podía dejar de pensar en la maldad y envidia que siempre rondaba por ese hombre.

# Capítulo 23

Bajaron juntos hasta el comedor y se sentaron. John los observaba negando con la cabeza. Por supuesto que este ya sabía lo que había ocurrido antes y no estaba feliz.

Tuvieron que soportar algunas miradas, pero dentro de todo, Daisy y Charles comenzaron a acostumbrarse a eso. Tendrían que enfrentarlo en el futuro.

Ese día, la duquesa propuso cacería para los caballeros en honor a su hijo recién llegado y pintura para las damas.

Charles no estaba interesado en ir de cacería, pero sabía que lo presionarían. Tenía un mal presentimiento de irse y dejar a su prometida en aquel lugar. Ella estaba demasiado confiada para entender el peligro que la rondaba. En cambio, él estaba atento.

—Aproveche para hablar con el duque sobre el señor Damon, tiene cara de hombre razonable —comentó acercándose a Charles después de salir del comedor.

—No quiero ir de cacería, no me apetece.

—¿Y qué se supone que hará todo el día?

—Molestarla. Usted va a pintar. Aprovecharé para ver sus habilidades.

—Se llevará una gran decepción, no soy tan buena con la pintura. Suelo colocarles seis dedos a las personas.

—Es bueno que me diga que no debo presumirla con estas habilidades. —Él le sonrió y ella le correspondió.

Ambos sintieron un cosquilleo al verse sonreír. La comodidad cada vez se instalaba más en ellos.

John estaba entusiasmado con la cacería. Se vistió para la ocasión y no estaba dispuesto a ir sin lord Mulgrave, necesitaba hablar con él de lo que hizo anoche.

Mientras que Daisy iba a la planta alta a por su delantal, John se acercó a Charles.

—¿No se pondrá algo más apropiado para la cacería? —preguntó John.

—No iré, milord —respondió con una inclinación de cabeza.

—¿Se quedará a ver pintar a las damas? Es una grosería no acompañar al duque de Pemberton.

—Le aseguro que él no quiere un montón de lambiscones detrás.

—Pues a mí me interesa la caza y conversar con usted. Esperaré que se cambie y le comunicaré a Daisy que ha decidido ir. Me debe esta conversación por lo que mi esposa me contó. Formará parte de mi familia, estoy seguro de que no quiere empezar enemistándose con su futuro suegro, un importante letrado, que, pese a no llevar sus asuntos, puede saber lo que guarda...

Lord Mulgrave sabía que John Preston hablaba en serio. No estaba jugando, solo debía ir, pasar el día en medio de la nada y después regresar exhausto por no hacer mucho. No era lo que había pasado para pasar aquella jornada, pero no podía negarse, aunque le preocupaba estar lejos de Daisy con el señor Damon acechando en los rincones de esa propiedad.

Charles asintió y fue a cambiarse de ropa. Sabía que había llevado un traje de cacería porque era lo que se acostumbraba cuando un hombre de la casa lo proponía, como antes no estaba el duque, esa propuesta no estuvo sobre la mesa, pero en este momento sí.

Cuando Daisy regresó con el delantal en la cintura, encontró a su padre en el lugar en el que se había quedado su prometido. La sonrisa que ella llevaba en el rostro se había desvanecido.

—Parece que te ha caído mal el desayuno, querida —dijo John al ver su rostro.

—No, padre. Es solo que no esperaba que usted estuviese aquí.

—Sí, lo sé. Esperabas que fuese más alto, joven y amargado, pero no te preocupes, llevaré a lord Mulgrave de cacería.

—Por favor, no le dispare, padre.

—Qué idea tan buena me has dado, pero no lo haré, lo prometo. Sé que quizá lo merezca, mas soy un hombre justo, cariño.

—No puedo pensar mal de usted, padre, sé que quiere lo mejor para mí, tendré que conformarme con que nadie se avergüence de mi pintura, aunque dejaré que lo vea al regresar.

—Ve al patio, Daisy. Ya todas las damas están ahí.

Ella fue hacia el jardín y ahí estaban montón de caballetes con los lienzos puestos encima. En realidad, todo estaba preparado para que fuese perfecto, al igual que el modelo a pintar, que era un jarrón con flores de lavanda saliendo de él. Era algo muy sencillo, al menos no quedaría en vergüenza.

Después de empezar con sus primeros trazos, notó que varios caballos partían hacia la espesura de la propiedad. Daisy imaginó al conde yendo hacia ahí con su padre respirándole en la nuca. Sonrió al pensar en lo que su padre le diría a ese hombre. Sabía que él trataría de ser sutil para hacerle llegar lo que quería. No era un caballero de desafíos, sino uno de advertencia. Le encantaba hablar de consecuencias.

***

El conde tenía el arma en su mano, buscando el mejor lugar para cazar. Llevaba tiempo sin hacerlo, pero al menos quizá eso sirviera de distracción, mas su futuro suegro estaba ahí y aquel estaba más interesado en cazarlo a él que perseguir alguna perdiz.

—¿Pensó que sería fácil entrar a la habitación de mi hija? — increpó John que se acercó a él con un pato cogido del cuello.

Dejó la posición de caza para prestarle atención al hombre.

—Fue un error de juicio, milord. Estaba un poco enfadado y dije cosas que no debería. Es cierto que me insinué a lady Daisy con la clara intención de obtener ventajas sexuales. No vi problema en que me encadenaran a ella por una presunción, quería que se convirtiera en realidad para que me consolara un poco más.

John quedó boquiabierto ante la confesión de aquel. Este era un verdadero sinvergüenza. En todos sus años no imaginó que alguien pudiese tener la cara tan dura para hablar con la más vergonzosa verdad.

—Me ha dejado sin palabras. Al menos lo hubiese suavizado.

—No lo haría, eso sería engañarlo. Somos hombres y sabemos cómo pensamos, ¿o no? De nada me serviría decir esas palabras suavizadas que podrían agradar más a una dama que a usted. Me

preguntó y le respondí. Lamento si es más de lo que esperaba. Ahora sabe lo que me impulsó a proponer eso.

—Todavía debo digerir su sinceridad, milord. He quedado perplejo. Como varón, entiendo lo que quiere decirme, como caballero; me indigna que lo considere y como padre, creo que es un buen momento para matarlo.

—Apelo a su varón interior, milord. No quisiera terminar muerto por algo que puede llamarse instinto. Quería justificar lo que ocurre y que, si me acusan de algo, que sea sobre un hecho.

—Hasta cierto punto es comprensible, pero recuerde que, pese a no ser mi hija, es de mi sangre. Es difícil desprenderse de cada una de ellas. Quiero que vayan bien casadas. Quería pedirle que respete la virtud de Daisy hasta el día de su matrimonio. Considero que, dentro de todos sus problemas, usted es un buen hombre. En cualquier momento puede terminar bendecido con una niña y sé que no querrá que nadie abuse de su confianza y la cuidará como un verdadero tesoro.

—Gracias a su hija estoy practicando la empatía. Al parecer, soy el único que no fue criado solo con normas estrictas, sino con torturas. Eso me ha quitado mucho de mi humanidad, algo que quizá tuve hasta los diez años. Después todo fue una nube borrosa de dolor, ira, frustración, llanto y odio hacia las personas que me concibieron. La educación no debía ser tan importante para casi matar a alguien.

—¿Lo maltrataron? Fui criado con normas muy estrictas como mi otro hermano, pero jamás nos han maltratado. Nuestro preceptor, el señor Hubert, siempre fue correcto y lo único que deseaba era que entendiéramos todo lo que se requería. Si no podíamos, solo nos daba clases adicionales o castigos cansadores para aprender a respetar y seguir órdenes. Hay una época difícil para nosotros y es después de los quince, nos creemos invencibles.

Esas palabras le arrebataron una sonrisa sincera a Charles. No podía darse cuenta de cuánto sonreía. Parecía que un peso enorme desaparecía de su espalda. John Preston lo comprendía de una manera extraña y lo aconsejaba como no lo había hecho su propio padre.

—Sí, a esa edad conocí a Mark Sloan, me mostró lo que era un poco de felicidad en mi mundo. Eso permitió que experimentara algunas cosas normales. No me daban acceso a mi dinero, solo cuando mi padre murió pude hacer algo. Me tenían atado de manos.

—Comprendo. Las cosas son tan difíciles cuando los padres no piensan en la seguridad ni en el afecto, lord Mulgrave. Mis dos varones han sido criados y educados con respeto, porque sé lo que una mala educación puede hacer.

—Soy fruto de eso. Perfecto para un puesto, pero imperfecto para una vida real. No quería casarme con lady Daisy porque es frágil y no estoy preparado para tratar con alguien como ella.

—Si sigue un camino distinto, podrá hacerlo. Daisy es la luz en medio de la oscuridad. Su fragilidad puede ser su mayor fortaleza para conseguir lo que quiere. Mi sugerencia es que no se guíe por lo que ve, sino por los resultados que obtiene. Si ella lo hace pensar diferente y para bien, es el camino correcto. Sería bueno que le llevase una ofrenda. Ya que aún no le dará un anillo porque estamos aquí, puede llevarle una perdiz, es uno de sus platillos favoritos.

Charles asintió y entre los dos caballeros continuaron en la cacería. Para el conde, John era buena compañía, se notaba que era alguien exigente y que buscaba la mejor ubicación social para su sobrina. Le confesó que él no había estado en la mira por su impersonalidad y sabía que eso era algo que no quería para Daisy por su sensibilidad y romanticismo. Lo que le sorprendió fue saber que su esposa, le dijo que ella tenía sentimientos.

Aquello lo dejó pensando. Cada vez que la soledad durante la cacería lo atrapaba, se encontraba sopesando lo que le contó John sobre Daisy. El único sentimiento que ella debería tener por él era desprecio, ya que desde un principio se había ocupado de hacerle la vida imposible, de menospreciarla e insultarla y, aun así, la joven era capaz de ver lo mejor en él. Se sentía un poco más miserable que ayer.

El resultado de la cacería formaría parte de la cena. Muchos de ellos lograron cazar patos y otros pocos a las perdices. Charles pudo matar a dos y los llevaba como le había dicho John: como una ofrenda.

Regresaron un poco antes del almuerzo. Charles esperaba que Daisy todavía continuara pintando para poder entregarle lo que tenía o al menos mostrarle lo que había cazado. Dejó su caballo en las caballerizas y fue hasta donde estaban las mujeres pintando. Vio a la joven sentada, trazando con tranquilidad. Sin querer, una sonrisa se formó en su rostro.

Daisy continuaba con sus trazos un poco torpes por falta de práctica. La señorita Bruster siempre le decía que practicara sus habilidades por más que no tuviese una institutriz designada. Aquella la ayudaba en ocasiones, aunque criticaba mucho lo que había aprendido.

—He regresado —anunció Charles que se quedó de pie junto a ella.

La joven lo observó con una sonrisa. Se veía bien en su ropa verde y su sombrero de fieltro. Tenía mucha elegancia para matar un animal.

—Lord Mulgrave, qué bueno que mi padre no lo mató.

—Ni siquiera lo intentó. Me dio un buen consejo para traerle una ofrenda.

—¿Una ofrenda?

El conde respondió mostrándole las dos perdices que llevaba colgando de las patas. La sangre se escurría de aquellas aves ante la mirada de Daisy.

Ella se quedó tan sorprendida que no podía articular palabra. Se sentía horrorizada, puesto que nunca había visto un animal en esas condiciones, siempre todo lo que cazaban sus familiares estaban servidos en la mesa. Sus ojos pasaron del horror de la sangre a la mirada satisfecha de un hombre que recibió un consejo que interpretó de una manera literal. No podía culparlo, era una pequeña bestia.

—Me halaga, lord Mulgrave. Estaré encantada de devorarlos... —replicó con una sonrisa complaciente.

# Capítulo 24

—¡Oh, lord Mulgrave! —exclamó la duquesa, que se acercó a él con una sonrisa nerviosa—. Querido, ¿podría entregarle eso a uno de mis sirvientes? Está aterrorizando a las jóvenes...

Charles estaba tan ensimismado en su ofrenda a Daisy que no había notado a los demás. Las otras jóvenes se tapaban la boca con horror. No parecía normal para ellas ver a dos perdices colgadas.

—Sí, tiene razón... La veré después, lady Daisy... —Él caminó hacia un sirviente y le entregó los animales.

—Milady, los modales de lord Mulgrave están un poco oxidados... —Rio la duquesa con humor.

—Me pareció un gesto encantador que me mostrara su cacería. Dijo que era una ofrenda para mí.

—No sabía que podría ser tan romántico, aunque considero que quizá se excedió en su atención al detalle. Ha conseguido un excelente esposo. Quise juntarlo con él desde que supe que mi hijo no estaba interesado en nada que tuviese que ver con la aristocracia. Sin embargo, me arrepentí porque usted es una joven hermosa, privilegiada y de buena familia para un duque. Sería la nuera perfecta.

No podía hacer nada más que sonreírle por su extraña confesión de desearla como duquesa. Sentía que no había mucha diferencia entre lord Mulgrave y el duque de Pemberton en el aspecto anímico, los dos parecían flemáticos.

—Es un honor tanta consideración... —correspondió como gesto de sorpresa con una mueca de tranquilidad en el rostro.

Después de que la duquesa la dejó, ella miró hacia la casa y vio al señor Damon observándola. Le dio escalofríos y desvió la mirada. Su corazón latía con tanta fuerza por el susto. Esa sensación era desagradable. Le hacía pensar en lo que le dijo lord Mulgrave sobre que aquel hombre era más peligroso de lo que parecía.

Cuando sonó la campanilla del almuerzo, todas dejaron sus cuadros y delantales en el mismo lugar para regresar en unas horas a continuar. Esa sería la actividad de todo el día para ellas.

Al entrar al comedor, vio que lord Mulgrave estaba cerca, pero no sentado. Cuando la vio, se acercó, corrió la silla y después se sentó a su lado. Ese gesto de amabilidad le sorprendía. Él ya había dejado de lado su ropa de cacería y volvía a ser aquel caballero sobrio de antes.

—Lamento que la duquesa no me dejara seguir disfrutando de mis perdices —dijo con humor.

—Me ha dejado en evidencia que no sé reconocer el halago de una dama de un rostro horrorizado. No debió mentirme.

—No me mentí, es un halago, quizá uno sangriento, pero me hace pensar que nuestro matrimonio puede ser hermoso, pese a sus hábitos de ser despectivo, frío y cruel.

—No se ilusione. Creo que esas cualidades que tengo son las que la mantienen interesada en mí.

El sonrojo recorrió el rostro de Daisy sin descanso. El conde no había escatimado en la locura para decirle algo semejante.

—Se siente un poco poderoso cuando lo dice, lord Mulgrave —alegó la joven sin afirmar ni negar nada.

—No, de hecho, me desconcierta su amabilidad y su optimismo para un buen matrimonio. Podría ser solo educada, responder con monosílabos y aceptar su destino, pero esa no sería usted. Necesita hablar, quejarse, reclamar, intentar cambiar cosas...

—Y usted se ha puesto más suave que cuando lo conocí, hasta su mirada ha cambiado. Creo que me está queriendo —dijo buscando avergonzarlo, mas él la observó y cogió su servilleta para acomodarla. Había hecho lo mismo que él antes y este le respondió de la misma manera, sin negar ni afirmar nada. Ese silencio los unía de alguna forma.

Se sirvió el almuerzo, y lord Dudley la miraba siempre con desaprobación. Cada vez que ella levantaba la mirada, aquel parecía enfadado. No se atrevía a hablarle, solo estaba ahí, odiándola en absoluto silencio.

—¿Cuándo hablará con el duque para que pueda intervenir? —preguntó Daisy al terminar su almuerzo.

—Trataré de hacerlo hoy, porque me he dado cuenta de que si no lo hago no me dejará en paz.

—Gracias. Mmm... Vi al señor Damon espiándome desde la ventana mientras pintaba —contó.

Lord Mulgrave dejó su copa y la observó con atención.

—Se quedará conmigo cada rato. No debe estar sola con él. Ese hombre sabe que usted puede hablar de lo que hace con el duque, pues no ha funcionado con la duquesa.

—Primero pensé que exageraba, pero me doy cuenta de que sí puede ser peligroso porque inventó cosas que no son ciertas. Es capaz de cualquier cosa por defender su posición, eso habla de su moral y no solo es relajada, es inexistente.

—No trate de apelar a sentimientos que él pueda tener, jamás los tuvo ni los tendrá. Es un demonio que se escapó del infierno.

—El duque puede ponerle un hasta aquí. Si él habla, nunca volverán a contratarlo.

—Siempre habrá alguien que siga su misma línea, no subestime a los malos padres, son capaces de muchas cosas.

Los dos abandonaron la mesa y fueron caminando hacia el jardín en donde estaban las obras. Al llegar hasta ahí, vieron que alguien destrozó la pintura de Daisy echándole otros colores.

Ella se tapó la boca, asustada.

—Lo dejé impecable, créame. No soy una gran artista, pero esto es demasiado malo hasta para mí —dijo incrédula.

—La única persona que piensa que el arte es basura, es el señor Damon. Torturó mis dedos para que dejara de pintar. Esto es una advertencia, quiere amedrentarla.

Daisy endureció el rostro.

—Lejos de asustarme hace que tenga más sentido defender lo correcto.

—Al parecer, él es quien no sabe con quién está tratando. Yo estoy empezando a conocerla y considero que su bondad es solo una fachada de alguien que podría devorar lo que quisiera. Espero que no sea como mi madre, ella tiene esas características.

—Es distinto la determinación que la maldad, milord. Tengo valores y una familia que amo. Definiendo lo bueno, ¿cree que alguna vez podría ser mala como ella?

Él lo consideraba y en realidad no la veía haciendo algo así.

—No me culpe por considerar que su carácter podría ser una amenaza para mí, milady.

—Después de todo lo que le ha ocurrido, sé que no es del todo descabellado. Ahora sí creo que es el momento de hablar con el duque de Pemberton —declaró con determinación.

—Sí, es la hora...

Los dos fueron dentro de la residencia, pero supieron que el duque fue a hacer unas compras en el pueblo cercano, por lo que no regresaría hasta entrada la noche. Sabían que la duquesa no creería en nada de lo que dijeran sobre el señor Damon, por lo que tuvo que empezar de nuevo su pintura para pasar el día.

Charles se sentó en la silla para observarla trabajar. Le desesperaba la técnica que ella usaba, era su lienzo, por lo que él no podía meterse y corregir lo que Daisy hacía mal.

—Puede mezclar un poco más el óleo, milady. Ese color es muy pálido para la lavanda.

Ella se giró hacia él con suficiencia.

—¿Cree que no estoy viendo los colores?

—No dudo que los esté viendo, mas creo que no los está distinguiendo como se debería.

—Entonces hágalo usted... —Ella le colocó la paleta en una mano y en la otra el pincel.

Él no podía reaccionar a lo que hizo la joven, solo la miraba con desaprobación.

—No pinto desde que era pequeño.

—Si no puede pintar ahora, entonces no se atreva a criticar las obras de los demás, considero que su falta de autoridad en la materia, lo imposibilita para tal fin.

—Era un prodigio de esto. Puedo demostrarlo...

Sin perder tiempo, Charles comenzó a mover sus manos como si nunca hubiese dejado de pintar. Estas ya no temblaban como antes cuando quería regresar a sus hábitos de pintura. Sus extremidades parecían estar saludables, en ese instante se dio cuenta de que los años habían pasado y él seguía congelado en el tiempo en que no podía mover sus dedos por el dolor. Era como un despertar diferente y lo más llamativo era que su mano izquierda trazaba con habilidad y naturalidad.

Daisy, que había dejado la pintura en manos de alguien que, según él mismo, no podría pintar; sin embargo, al verlo usar su mano izquierda con tanta soltura para trazar con el pincel, quedó boquiabierta. Aquel mezclaba los colores y estaba completamente concentrado, sin percatarse de su presencia. Sí, era cierto, ese hombre era un prodigio que siempre pensó que era diestro.

—¿Usa la mano izquierda? —curioseó para que él le prestara atención.

—El señor Damon odiaba que escribiera con ese lado, ya sabe todo lo que hizo para que pudiera hacerlo con el otro —respondió sin mirar a la joven.

—Eso fue antinatural.

—No, eso fue cruel y nadie lo impidió. Mis propios padres pensaron que era algo malo y le dijeron que me corrigiera de cualquier forma.

—Ahora no solo usted quiere que esta gente esté bajo tierra, yo también. Son seres que no merecen seguir aquí.

—Uno se fue, solo faltan dos. Quizá tome la justicia por mi mano con el señor Damon. Creo que ha pasado los límites amenazándola.

—Ese sirviente es demasiado audaz para tomarse ciertas atribuciones. Siempre he sido una persona que trata bien a quienes no están en nuestro mismo estatus, pero ese hombre no dimensiona qué tan desviado vive de la verdadera realidad.

—Humilla los que tienen más porque él tiene menos. Es solo un envidioso de lo peor. Uno que está dispuesto a todo por tener relevancia. Se hace ver como un salvador, cuando solo es un maldito conspirador y torturador. Pronto su máscara caerá y todos lo verán. Será su ruina.

La joven asintió y siguió apreciando la maravilla que hacía lord Mulgrave. Sus manos eran rápidas y mágicas. Ni su institutriz pintaba tan bien como él lo hacía. No le costaba nada darle forma a un montón de colores que se mezclaban. Era el único caballero entre las damas que continuaban con sus pinturas. Los miraban con cierta envidia y admiración, porque compatibilizaban muy bien, tanto, que eso era beneficioso para la reputación de ambos. Quizá al llegar a Londres, el chisme de cómo se dio el asunto del matrimonio terminara siendo algo de menor importancia cuando contaran que entre ellos existía más que una obligación, al menos eso imaginaba Daisy cuando estaba con Charles. La imagen de ese hombre malvado e inalcanzable se difuminaba para dejar ver al verdadero caballero detrás de esa fachada de dureza. Era alguien que había

tenido una vida difícil y aprendió que ignorar y creerse superior, era la mejor forma de sobrevivir.

Cuando acabaron con el cuadro, ambos miraron la obra con cierto orgullo. Charles llevó el cuadro hacia su habitación, pero cuando vio que Daisy estaba a punto de entrar a la suya, le entregó la pintura.

—Consérvela —dijo Charles evitando mirarla.

—Es muy amable, lord Mulgrave. —Ella se sonrojó al instante y aceptó su obsequio.

—No se ilusione con eso, es solo una pintura.

—Una pintura de alguien que no pinta desde que era un niño...

Después de eso, cada uno entró a su habitación. Daisy colocó la pintura cerca de la ventana para que se secara más rápido, sería difícil trasladarla a Londres si estaba muy húmeda. Se encontró suspirando al recordar a Charles trazando con los colores. El florero no mostraba sus verdaderas dotes artísticas. Su concentración para los detalles era algo que a ella le había fascinado. Varias veces aquel le había pedido silencio para que pudiese concentrarse, cuando lo hacía, aquel se perdía en otro mundo y ella también detrás de él, observándolo con una devoción demoledora. Sentía admiración y respeto. Dentro de ella comenzaban a crecer aún más los sentimientos que nunca consideró tener hacia ese hombre.

Se acostó a dormir hasta la hora de la cena porque estaba cansada, se saltó el té porque prefería guardar sus energías para una noche distinta. Sentía que podía estar despierta por más tiempo junto a Charles.

# Capítulo 25

Mientras ella se preparaba para salir, Martha entró y vio la obra de Charles. La admiró y después ayudó a Daisy a prepararse para la cena y el baile. Esa noche tendrían la diversión de la danza y Daisy pensaba aprovecharla para bailar con el conde. Estaban a poco de que terminara su estadía en ese lugar y no podía perderse esto.

Cuando su madre se retiró, ella salió al pasillo acomodándose los guantes. No sabía si encontraría al conde, aunque así parecía porque el pasillo estaba vacío. Caminó con tranquilidad con los pensamientos perdidos en lo que podía ocurrir más tarde. Si de ella dependiera, volvería a perderse con el conde.

—Milady... —llamó la voz de un hombre.

Daisy se giró para ver quién era y tan solo al hacerlo sintió que unas manos la empujaron hacia la escalera. No pudo sostenerse y por eso comenzó a rodar casi sin descanso. Los escalones hasta llegar al suelo eran largos, pero ella quedó casi inconsciente a mitad del camino de las escalinatas.

—¡Daisy! —exclamó Charles que había visto todo. Ni siquiera le dio tiempo al señor Damon para esconderse después de hacer su fechoría. Se arrojó sobre aquel como si fuese un gato cogiendo un ratón.

El conde y el preceptor rodaron por las escaleras. Para Charles ese era un desfile de puñetazos que le propinaba a ese hombre por lo que le había hecho a Daisy. Se lo advirtió, pero no fue su culpa, fue emboscada y atacada sin previo aviso. La vio como una verdadera amenaza.

Al detenerse la caída de ambos, Charles se obsesionó con romperle la cara al señor Damon, lo odiaba con toda su alma. Lo merecía, estaba seguro de que así era. No merecía seguir con vida.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó la duquesa que vio la escena con horror.

Los demás asistentes fueron hasta los pies de la escalera para encontrar a una joven inconsciente a mitad de los peldaños y a un conde golpeando a un tutor.

—¡Daisy! —llamó Martha corriendo hacia su hija escaleras arriba.

—¡Que alguien haga algo! —ordenó la anfitriona con las manos en el pecho.

Lord Dudley y el duque de Pemberton cogieron a Charles que estaba despeinado después de haber atacado al señor Damon.

—¡Maldito malnacido! —vociferó frente a los demás.

—¿Por qué golpeó al señor Damon? —preguntó el duque.

—Porque me torturó toda la maldita infancia y porque está haciendo lo mismo con su hermano, excelencia. Lady Daisy lo vio y desde entonces, comenzó con su campaña de dejarla mal, amenazarme con atacarla y llevar a cabo de plan.

El señor Damon se retorcía de dolor en el suelo.

—Traigan a Louis —mandó el duque a los sirvientes que estaban cerca.

—No creo que el señor Damon pueda hacer eso, es un hombre que tiene excelentes referencias —dijo la duquesa, incrédula.

—Pues sus buenas referencias son manos quemadas, dedos rotos, torturas físicas más allá de solo las extremidades. Le están sacando el corazón a su hijo, su excelencia. Lo convertirán en alguien que jamás podrá sentir como el resto.

Los sirvientes llevaron al hermano del duque y este vio al señor Damon revolcándose en el suelo con sangre saliéndole por la boca y la nariz.

—¿Es cierto que este hombre te tortura? —increpó Alexander mirando a su hermano con expectativas.

El niño lo miró por un rato más y asintió. Se sacó los guantes y le enseñó sus manos.

Su madre fue la primera en acercarse a mirar y se horrorizó al ver que uno de ellos estaba en carne viva. Tanto ella como su hijo querían la cabeza de ese hombre.

—Vaya junto a su prometida, lord Mulgrave. Este asunto lo resolveremos nosotros... Al señor Damon le falta conocer el trabajo de remover tierra, ahora tendrá la oportunidad de hacerlo. —Alexander hizo un gesto de cabeza para los sirvientes y estos, como hormigas, llevaron al hombre lejos del salón.

Lastimado, Charles subió las escaleras. Vio a Daisy abriendo los ojos en brazos de su madre.

—No se ha peinado, lord Mulgrave —comentó Daisy con humor y un poco de dolor en el cuerpo.

—Peleé con los demonios del pasado. Creo que ha logrado salvar al hermano del duque, lady Daisy... —habló acercando su mano a la de ella, pero aulló de dolor en la muñeca.

—Necesita un médico —afirmó Martha. Ella miró a su esposo que se acercó a ella—. Ve a por alguien que pueda atender a Daisy.

—La llevaré a su habitación —musitó Charles que, con todo el dolor de su cuerpo, colocó a Daisy en sus brazos, mientras su padre conseguía ayuda para ella.

Martha lo seguía, preocupada por las heridas que pudiese tener su hija.

Pese al dolor, estaba en el lugar que deseaba: los brazos protectores de Charles. Aquel la recostó en la cama y buscó alguna otra herida visible en su cabeza. Ahí tenía un chichón que estaba creciendo.

—Parece que ahora pensará un poco más. —Él señaló su frente indicándole a ella que tocara la suya.

Ella, con su mano que no estaba lastimada, tocó su frente y sonrió.

—La última vez que tuve uno de estos fue cuando Dimitry dejó caer la rueda de un carruaje sobre mí... —comentó con añoranza.

—Dinos en dónde te duele, querida. Tu padre fue a por el médico.

—Me duele todo el cuerpo. Ese hombre me llamó, me di la vuelta y sentí los golpes de sus manos en mi pecho, después comencé a caer sin parar. Definitivamente, no debí confiarme, ese hombre es el mal encarnado.

—Se lo dije. Solo la descuidé unos segundos y las cosas se complicaron. Vi cómo la empujó y solo pensé que estaría muerta al llegar al último escalón. Quería silenciarla para siempre, créanme

que no lo vi venir. Pensé que jugaría sucio, pero no imaginé que sería tanto para hacerlo con la vida de las personas.

—Descansa que el médico ya viene —alegó su madre fingiendo una paciencia que no tenía. Fue hasta la puerta y miró el pasillo esperando a su esposo.

John regresó a la habitación y se sentó en la cama de Daisy, junto a ella para acariciarle su cabello. Era solo cuestión de esperar a que viniera el médico.

Se les comunicó que la cena sería servida y que podían acudir al comedor o podían ser servidos ahí. John pidió la cena para tres en la habitación de Daisy, el conde de Mulgrave iría a ver qué pensaba hacer el duque de Pemberton con el señor Damon.

Antes de irse, Charles miró a Daisy de una manera en la que nunca lo había hecho antes. La valoraba más de lo que quería admitir. Verla caer por las escaleras fue algo que lo dejó sin aliento, por primera vez sintió temor de algo: de perderla.

—Volveré después de ver qué hará el duque con el señor Damon —anunció Charles a Daisy desde la puerta.

—Por favor, cuídese, milord. Si ese hombre se escapa puede ser peligroso —dijo ella con preocupación.

—Sé que es peligroso, pero no me hará daño porque todos saben sobre su manipulación. Descanse...

Quería quedarse con ella, pero la dejaba en manos de sus padres, por lo que estaría bien cuidada.

Preguntó por el duque de Pemberton a los sirvientes y ellos me dijeron que estaba en las caballerizas en compañía de su madre y de su hijo menor.

Él fue hasta ahí a largas zancadas. Al llegar, vio que los mozos estaban atando al señor Damon de las manos a un caballo para ser arrastrado.

—¿Qué le harán? —preguntó Charles a Alexander.

—Aprenderá a que todo lo que se siembra, se cosecha. Él cosechó maltratos y lo que recibirá serán consecuencias. Nadie toca a mi hermano ni a ningún miembro de mi familia.

—Me hubiese gustado tener a alguien que me protegiese. Este hombre me mató por dentro. Lady Daisy Preston es una criatura bondadosa que se dio cuenta de lo que ocurría. Me convenció de hablar con usted sobre lo que pasaba, pero no alcancé a hacerlo, porque se fue al pueblo. El señor Damon me amenazó con hacerle daño a ella y esta tarde dañó la pintura de milady.

—Lamento no haberle creído a lady Daisy cuando me contó lo que vio. Lo descarté porque el preceptor fue más convincente al adelantarse y cambiar la narrativa —contó la duquesa—. Dejé sufrir a mi hijo y no sé cuánto más hubiese sufrido sin la intervención de usted. Tiene mi agradecimiento perpetuo, lord Mulgrave, y también su futura esposa.

—Gracias a usted y a milady, ya no seguiré sufriendo en sus manos. Él es una persona cruel y no merece nada...

Charles asintió y después caminó hacia el señor Damon que estaba ensangrentado en el suelo sin decir una palabra.

—Parece que tendrá un buen viaje, señor Damon. Si puede, salude a mi padre en el infierno —declaró Charles con una sonrisa maliciosa en el rostro.

—Usted es lo que es gracias a mí, lord Mulgrave. Logré lo que me pidieron y entre todos mis pupilos usted fue el que más satisfacción me dio torturar. Un jovencito lleno de sueños que a nadie le importaban, ni a sus propios padres. Seguirá siendo ese hombre que hice hasta su último día, por eso sigue la línea de su padre —escupió con burla.

—Está equivocado, señor Damon. Esa mujer que usted arrojó por las escaleras tiene más poder del que alguna vez usted tuvo sobre mí. Ya no soy un jovencito, soy un hombre que puede cambiar y lo hará. Solo que primero, algunas personas tendrán que desaparecer. No olvide saludar a mi padre y espero que pronto mi madre se una a usted en el averno.

Le dio la espalda al hombre y caminó de vuelta junto a Alexander. Esta vez el duque se acercó y le dio una patada.

—Aprovecharse de los débiles es algo divertido, ¿no es así? Oh, no tanto cuando usted es el débil, ¿o me equivoco? —expresó Alexander, socarrón—. Denle un par de vueltas, si sobrevive, arrójenlo en un camino lejano y si no, entiérrenlo en el corral de los cerdos, donde merece estar.

Hizo un gesto con la mano y los mozos obedecieron. Se prepararon dos caballos más para acompañar la tortura.

Los ojos del señor Damon no tenían una pizca de arrepentimiento. Hasta el último momento los miraba por encima del hombro, orgulloso y prepotente.

Una gran satisfacción invadió el pecho de Charles al ver al señor Damon ser arrastrado por el suelo como si no fuese nada. Ese era el fin del hombre que tanto daño le había hecho. Sirvió como instrumento del mal para sus padres. Se sentía liberado de la carga que significaba estar vacío por dentro.

Conversó con el duque de Pemberton, dándose cuenta de que este era un caballero de hacer las cosas bien, pero cuando le fallaban, él no podía perdonar. Le gustaba la gente de palabra, por lo que no fue difícil ser compatible con aquel.

Una hora después regresó a la habitación de Daisy. Un médico la estaba revisando y solo Martha se había quedado con ella, mientras John miraba a través de la puerta entreabierta.

—¿Cómo está? —curioseó Charles al ver a John, preocupado.

—Espero que esté bien, pero al parecer, pasará lo que queda de su estadía aquí en la cama. Su tobillo parece no estar bien y su mano, tampoco.

—Es culpa de ese maldito, pero no volverá a molestar a nadie. Todas estarán seguras.

—Nadie juzgará al duque o a usted, aunque si algún día, una autoridad pregunta, solo deben decir que se fue a perseguir mejores oportunidades en Francia —dijo John.

—Es un buen consejo que seguiremos, se lo aseguro.

El médico salió, se colocó frente a John antes de hablar.

—Milady tiene una torcedura en la pierna derecha, otro en la muñeca del mismo lado y muchos golpes, pues cayó de espaldas. El cuerpo le dolerá un par de días, pero no hay nada que el láudano no pueda solucionar en pequeñas dosis —recomendó el médico.

# Capítulo 26

Era un alivio saber que no tenía ningún hueso roto.

—¿Puedo pasar a verla? —indagó Charles.

—Vaya, milord. Yo conversaré con el médico —afirmó John.

Al notar la presencia del conde, Martha fue hasta la puerta para estar en compañía de su esposo y del médico. Daisy estaría en buena compañía.

Daisy le dedicó una media sonrisa a Charles.

—¿Cómo le fue con el señor Damon?

—No creo que vuelva a torturar a nadie, salvo que vuelva a ser vasallo del demonio en el infierno y torture a los que ahí residen.

—Eso quiere decir que...

—Que usted no debería darle vueltas a nada en su cabeza. No merece que desperdicie sus palabras o pensamientos en alguien que intentó matarla.

—Lo vi cuando estaba cayendo... —contó Daisy—. Él todavía no sabía que usted estaba detrás cuando lo hizo.

—Estaba esperando que saliera de la habitación, al oír que se abrió su puerta, pensé que era la señal para acompañarla.

Con su mano sana, Daisy cogió la mano enguantada del conde.

—Lo oí gritar mi nombre...

—Lamento haberla tuteado sin su permiso.

—Estoy encantada con esa idea...

Tanto Charles como Daisy no dejaban de mirarse a los ojos. Ella lo miraba como si él fuese el hombre más maravilloso del mundo. Para la joven, ese conde engreído, maleducado y vil, no estaba ahí. El que estaba frente a ella eliminó al anterior abriendo los ojos.

—Está lastimada y no dejo de culparme, tal vez si hubiese sido más rápido, no le hubiese ocurrido nada.

—No se culpe. Creo que fue la mejor manera de comunicarle a los demás lo que hacía ese señor con los jóvenes a los que debía educar. Me doy cuenta de que él no logró romperlo, lord Mulgrave, solo lo confundió. La persona amable que es usted siempre estuvo ahí.

—No es cierto. Tal vez estoy siendo más razonable o más tonto por juntarme con usted... —Él apretó la mano de Daisy y sin detenerse a pensar en las consecuencias, besó la mano de la joven y se detuvo más de lo debido sobre su piel cálida y pálida.

Daisy sentía que estaba a punto de desmayarse después de eso. Los ojos grises que la observaban tenían un brillo distinto al que vio por primera vez.

—Estoy siendo inapropiado para avisarle que no he cambiado en muchos aspectos. Solo estoy siendo amable porque usted está herida y me debo al compromiso al que fui sometido.

—Si eso lo consuela, no puedo cambiar su forma de ser de años, pero ahora sé que es solo una forma de defenderse de lo que le puede causar dolor. Conmigo no tenga miedo, siempre lo trataré con respeto y paciencia...

El conde le entregó una sonrisa melancólica. Esa mujer lo estaba convirtiendo en un blandengue, pero lo disfrutaba más de lo debido.

—¿No comerá algo, lord Mulgrave? No quiero que pase hambre por estar aquí...

—Soy responsable de cómo está. ¿Le molesta que coja un libro?

—Por supuesto que no.

Él abandonó la mano de la joven para coger uno de los libros que estaba junto a su cama.

—Una vez leyó porque le pedí. Leeré para usted. No tengo una voz bonita de mujer, pero le servirá para distraerse.

—Gracias...

Con las mejillas sonrojadas por la amabilidad de Charles, Daisy escuchaba su voz, hechizada por su tono. Él leía tan bien que estaba pensando en que solo el conde leyera para ella en el futuro. Sabía que esa idea le disgustaría, pero con el tiempo la aceptaría, porque su prometido atravesaba un proceso de cambio.

La madre de Daisy golpeó el brazo de John para que prestara atención a lo que hacían los jóvenes. Ninguno de los dos podía creer que lord Mulgrave estuviese leyéndole un libro a su hija.

—Ella ha logrado domar a la fiera, John. Solo mírala, está tan feliz con él. Serán felices... —declaró Martha con emoción en su voz.

—Me alegro de que la haga feliz. Me preocupaba que la llenara de lágrimas, esto me da paz.

—Deberíamos buscar comida para él, aún no ha comido nada, querido.

—Ve tú y yo los cuido desde aquí, no me atrevo a romper este momento, no quiero que el antiguo lord Mulgrave regrese de las sombras.

—Tal vez se fue con ese preceptor tan malo y nos han dejado a otro joven igual a él... —dijo Martha antes de irse.

Mientras que Daisy cerraba los ojos con esfuerzo porque no quería dormir para disfrutar de Charles, pero su propio cuerpo cansado le exigía dejar de luchar.

Cuando Charles vio que Daisy cerró los ojos, él cerró el libro y la observó por un rato, apreciando sus facciones mientras dormía. Los moretones en su mejilla comenzaban a mostrarse y le daba rabia. Quería acabar él mismo con ese preceptor, pero el duque se encargó de todo eso.

—Prometo que no le volverá a ocurrir nada, estaré más pendiente de su seguridad...

—Le traen la cena, lord Mulgrave. Puede tomarla aquí o en su habitación, aunque todos sabemos que es más apropiado que regrese a la suya —alegó el letrado que interrumpió la apreciación de Daisy.

—Que lo lleven a mi habitación, estaré aquí temprano.

La doncella que tenía la bandeja fue a la habitación del conde y dejó la comida sobre el escritorio.

Después de que la doncella se fuese, él cerró la puerta y se sentó a cenar. Una perdiz bien condimentada con un acompañamiento de patatas lo esperaba en aquel plato. Los

alimentos eran deliciosos; sin embargo, él no podía disfrutar porque tenía la mente en otro lugar. Esto solo le ocurría cuando era un problema grave de seguridad nacional. Ese era el único tiempo en el que se desvelaba.

La copa de vino de su cena no era suficiente para mantenerlo quieto o tranquilo en su cama. Tendría que cruzar el pasillo para llegar a la habitación de Daisy después de que todos se durmieran, solo esperaba que su madre no se quedara a pernoctar porque ese sería un problema con el que no quería lidiar.

Cuando Charles no oyó ningún sonido en el pasillo, se decidió a ir junto a Daisy. Sabía que era arriesgado, pero no le importaba demasiado, solo tenía esa necesidad inmensa de verla.

Salió a hurtadillas y abrió la puerta de la habitación con cuidado. Se introdujo en la estancia con premura y suspiró aliviado. Aquel lugar estaba en penumbras. No había ninguna lámpara encendida. Se acercó a la cama y se sentó. La observó en silencio, recorrió todo su rostro como pudo en medio de esa oscuridad. Había deseado estar a solas con ella con el fin de acompañarla. Dentro de él afloraban un montón de sentimientos desconocidos. La preocupación por la joven era algo que estaba experimentando desde hacía días, pero no así la desesperación. Cuando la vio caer pensó que él era quien se perdía en las escaleras. Se sintió desorientado, huérfano y desesperado. Esos sentimientos se parecían a aquellos que dejó en el pasado, escondidos detrás de su orgullo, sus juicios y terquedad, los dejó llenándose de polvo en ese rincón.

Desde que ella entró en su vida, todo había cambiado, su mente, pensamientos, intenciones, aspiraciones y futuro. Esa noche, solos en la cabaña de caza, fue el detonante para que Charles cambiara su vida. No se dio cuenta de que ese techo que compartieron acabó tirando por la borda veinte años de sufrimientos y dolor que él llevaba a todas partes como fruto de su educación.

Daisy le mostró que el mundo es distinto, que podía sentir, que debía sentir y no quedarse en un rincón revolcándose en su miserable insensibilidad. Muchas cosas dentro no podían cambiarse de la noche a la mañana, pero los primeros pasos estaban dados.

El gimoteo de Daisy intentando girar en la cama rompió el encanto de observarla.

—Lady Daisy... —pronunció Charles que cogió la mano tibia de la joven.

Daisy abrió los ojos y no podía creer que él estuviese ahí.

—Está aquí...

—Estaba pendiente de usted. Pensé que podría necesitar algo... —Ella apretó con suavidad la mano de Charles.

—Nunca he sido tan mimada en mi vida. Ha golpeado por mí, ha besado mi mano con descaro y me leyó un libro. Creo que soy demasiado afortunada... —confesó sentándose en la cama.

—No soy un hombre de palabras amables, me cuesta hacer que algo así suene sincero. No sé ser romántico, no soy así...

—¿Quién dijo que yo deseo a un romántico? Tengo muchas ideas equivocadas sobre el afecto, el amor y la amistad. Usted me ha demostrado que no hace falta ser el más bueno para amar y merecer amor. Este día confirmó que el destino nos juntó porque soy lo que necesita y usted lo que yo necesito. Debo confesarle que llevo días evaluando si lo que siento es amor y concluyo que, si no lo es, es como si fuera su medio hermano.

—No sé cómo se siente el amor, pero si significa desesperación, preocupación, fascinación y obstinación por una persona, entonces

quizás esté muy enamorado —confesó Charles que de nuevo llevó la mano de ella a su boca para dejar un beso largo.

—Si no lo es, lo acepto con gusto. Puede quedarse a dormir a mi lado, solo no golpee mi pie. Ahora me aseguraré si después de casarnos dormiremos juntos o cada uno en su habitación. Eso es importante... —dijo burlona haciendo una mueca de dolor al mover la mano lastimada.

—No puedo quedarme. Si su madre vuelve a verme aquí, quizá no responda por sus actos. Le prometí a su padre que mantendría mis garras lejos de usted hasta el matrimonio.

—Mi madre dirá como mucho: «¿Otra vez usted?». Si no acepta dormir aquí, al menos podríamos dejar el trato impersonal. Dígame Daisy y yo lo llamaré por su nombre.

—Charles, ese es mi nombre.

—Lo sé, lo oí cuando nos presentaron hace semanas. Antes solo lo conocía como lord Mulgrave o por su cargo.

—Está bien que lo recuerde. Es un nombre fuerte. Ahora me iré para que pueda dormir y yo también.

—¿Me dará un beso en la frente?

Él iba a hacerlo, pero ella le cogió el cuello con la mano sana y lo acercó a su boca para besarlo. Eso lo tomó por sorpresa solo un segundo para después unirse a la danza de la lengua de Daisy. Lo hicieron al menos por unos minutos hasta que Charles se alejó.

—Deje algo de mi cuerpo para que pueda llevarlo —la reprendió con un tono tierno en su voz.

—Duerma bien, Charles...

—Buenas noches, Daisy.

Ella vio al conde salir de la habitación y sonrió. Estaba tan feliz que no podía creer que sus desgracias se convirtieran en suerte. Tenía al hombre de su vida, tal vez no con el que había soñado como un romántico empedernido, pero sí a uno que la había defendido y que cambiaba sus malos hábitos por ella. Eso era más de lo que esperaba de él. Estaba conforme y comprometida con aceptarlo como era. Consideraba que parte de su encanto era ser como una piedra sin sentimientos. No se había dado cuenta de que eso la había llevado hasta lo que tenía.

Sentía que su vida era increíble, puesto que había conseguido un esposo, aunque de manera cuestionable. Tendría que enfrentar los desafíos del cotilleo una vez que estuviese en Londres, pero eso no le preocupaba demasiado, ya que suponía que a alguien de su posición podrían perdonarle todo.

Pese a sus dolores en el cuerpo, logró dormir bien porque solo pensaba en su enamoramiento idílico con el conde de Mulgrave. Estaba extasiada con todo lo que le rodeaba. Su entusiasmo iba más allá del compromiso, pensaba en la boda y en que debía enfrentar a la actual condesa, la madre cruel y despiadado de Charles. Ella no le temía, defendería su posición ante quien fuese y más aún para que Charles estuviese tranquilo. Odiaba a su madre por lo que no sería difícil ponerla en su sitio cuando llegara el momento.

# Capítulo 27

Había llegado el día en que todos debían retirarse de la residencia de la duquesa. La familia de Daisy se quedó un poco más por la caída que sufrió y también Charles, porque quería quedarse con ellos.

En ese tiempo, Charles se dedicó a estar cerca de Daisy. Él se quedaba a leerle, pero en el jardín. La bajaba en brazos con cuidado bajo la estricta mirada de John para que ninguna mano estuviese fuera de lugar.

Después él habló con el duque de Pemberton sobre sus tierras y negocios. La duquesa siempre conversaba con Daisy y le daba consejos sobre cómo llevar un buen matrimonio con un hombre que ella consideraba difícil, pero adecuado.

Los mejores días fueron los adicionales en los que se quedaron, todos lo disfrutaron más.

Antes de subir al carruaje, Charles se despidió de Daisy que ya estaba en el suyo.

—En unos días estaré en casa de tu padre. Hablaré con él sobre la organización de la fiesta de compromiso. Quiero que te encargues de esos asuntos...

—Me encargaré sin problemas, Charles, aunque quisiera saber si invitaremos a tu madre.

—Es un compromiso social, seríamos mal vistos de no hacerlo. No es conveniente seguir alimentando habladurías. Que no te incomode su presencia, ella no significa nada. Querrá menospreciarte, pero sé que, en ese cuerpo débil, golpeado y

amoratado, hay mucha fuerza suficiente para enfrentarse al mismo diablo.

—Fueron muchos calificativos para mi condición de convalecencia, pero es encantador viniendo de ti.

—Debería subir a su carruaje, lord Mulgrave. Es hora de partir —anunció John que se acercó después de despedirse de la familia anfitriona.

—Sí, milord. Solo estaba conversando con Daisy sobre la fiesta de compromiso. Yo me encargaré de la publicación en el periódico apenas llegue, aunque con la ventaja que nos llevan los demás invitados que se retiraron, la noticia debió regarse como pólvora.

—Esperamos la solemnidad de momento, lord Mulgrave. Vaya...

Charles le dio una última mirada a Daisy antes de subir e hizo una inclinación de cabeza para John.

El camino de regreso a Londres fue tortuoso para Daisy. Su cuerpo todavía le dolía, aunque ya podía caminar mejor y usar su mano con moderación. Solo quería llegar a su casa y acostarse en la cama por más que a veces pensara que se la tragaría de tanto estar encima.

Cuando llegaron a la casa, sus hermanos estaban esperando en la entrada con el rostro de preocupación. Lo más probable era que supieran lo que había ocurrido en la propiedad de la duquesa.

Bajaron del carruaje y comenzaron a saludarse.

—¿Es cierto que Daisy está comprometida con un conde porque durmieron juntos en una cabaña? —preguntó Primrose sin disimulo.

—Oh, querida, ¿de dónde sacas esas cosas? —La reprendió su madre que la abrazó.

—Es lo que salió en el periódico, madre. No es un invento nuestro, si así fuera, ella hubiese sido devorada por un lobo... —replicó Iris.

—¿Cómo tuvieron acceso al periódico? —interrogó John.

Las tres niñas señalaron hacia sus hermanos.

—Es vergonzosa la situación en la que Daisy ha dejado a la familia... —espetó Dimitry, molesto.

—Escucha, jovencito. Antes de juzgar a tu hermana, te pondrás a escuchar —gruñó John defendiendo a Daisy.

—Es lo que queremos, padre. Sé que estos periódicos tienen cierto grado de verdad; sin embargo, sería bueno saber qué parte lo es —dijo William que quería darle el beneficio de la duda a la situación de su hermana.

—Pues lo hablaremos en la cena, Daisy debe descansar después del accidente. Supongo que también eso estaba en la lectura... —alegó el letrado con sorna.

La joven subió las escaleras rengueando, con sus hermanas siguiéndola como si fuesen moscas sobre un festín. Estaba segura de que querían hacerle preguntas indiscretas, lo tenían en la lengua y solo aguantaban porque su padre había dicho que conversarían más tarde. Ellas prepararían sus argumentos para destrozarla.

En el pasillo, antes de llegar a su habitación, se cruzó con la señorita Bruster.

—Sea bienvenida, milady. Hemos sabido sobre la buena nueva desde Bath... No sabía que su institutriz le había mostrado ciertas técnicas poco ortodoxas y cuestionables para conseguir esposo.

—Si quiere conocer la verdad, puede colocar su oreja en la pared para oír durante la cena. Mi padre ha dejado claro que hablará sobre eso en la noche. Vaya a descansar sus oídos para esa hora, señorita Bruster.

—Vaya grosería, milady. Mis pupilas no andan escuchando a través de las paredes, jamás les he enseñado algo semejante.

—Quizá no les enseñó, pero lo hacen.

—Es gracias a la mala influencia de las mayores. Y ustedes, jovencitas, vayan a hacer sus tareas y no acosen a milady, todavía tiene que recuperarse de su semana tan ajetreada.

Ella rodó los ojos al ver a la institutriz desaparecer y Daisy pudo abrir la puerta de su habitación para ver su adorada cama en el medio de ese sitio. No perdió tiempo y se recostó para sentir la suavidad de su pequeño rincón del mundo; no obstante, pensaba en que en un par de meses estaría compartiendo la cama con su esposo. Charles no se movía mucho al dormir, por lo que suponía que ella no necesitaría el cuarto de la condesa. Además, no quería dormir en la misma cama que ocupó su madre, una mujer que le hizo mucho daño. Podría poner eso como excusa si él quería expulsarla de su lado, porque sabía que intentaría algo así al sentirse abrumado con sus emociones, ya que no sabía cómo reaccionar ante ellas y lo primero que hacía era ponerse agresivo y utilizar todas las tácticas que conocía para defenderse de un ataque inexistente.

Se durmió en unos minutos, antes de pensar demasiado en todo. El viaje fue agotador y doloroso, pero se sentía feliz al estar segura, sin los riesgos que corría en la propiedad de la duquesa. Para su buena fortuna, el señor Damon ya no era un problema para

nadie. Pudo salvar no solo al hermano del duque, sino también a Charles con todo lo que había visto en una mañana cuando estaba enfadada.

***

Cuando el conde llegó a su casa, su sirviente se acercó con presteza, como si tuviese algo que contarle.

—Iré a descansar, Steve. Después hablaremos de todo lo que ocurrió...

—Milord, lo que pasa es que su madre...

—Ese también es otro asunto para después. Necesito descansar...

—Pero, milord, ella...

—No descansarás hasta que me digas todo sobre ese compromiso escandaloso —dijo la condesa viuda—. Llevo días esperando que regresaras, Charles.

Charles suspiró con fastidio.

—Si esperó días, puede esperar horas a que descanse. Disfrute de su estancia, madre —masculló antes de continuar su camino hacia la planta alta.

No dejaría que aquella interviniera en su merecido descanso. Sentía que todo el peso de ese tiempo lejos había caído en sus hombros y debía enfrentar las consecuencias de sus revisiones. No estaba arrepentido de su compromiso. Era un alivio estar comprometido con Daisy. Lejos de ser la mujer tonta que él pensaba, sabía que era fuerte, inteligente y preocupada por lo importante. No era una mujer hueca. Él había estado buscando a

alguien que solo siguiera órdenes, pero se encontró con una mujer capaz de pensar por sí misma. Su fortaleza era un aliciente importante, por más que antes lo hubiese visto como una amenaza por compararla con su madre, pero desde eso, Daisy jamás podría ser como esa arpía. No era capaz de seguir las mismas diatribas de su progenitora. Agradecía que aún no se conocieran para darle un disgusto a su prometida, mas quería que se conocieran para que la disgustada fuese la condesa viuda. Pagaría lo que fuese por ver su rostro después de oír a Daisy defendiéndolo a él. No solo consiguió una futura unión ventajosa, sino también a alguien que podía hacerle vivir un verdadero infierno a su madre.

Su prometida tenía la apariencia de ser débil, pero su paciencia y fortaleza interior eran algo que comenzaba a ser memorable. Era capaz de dominar una habitación si quería y pasar desapercibida si también lo deseaba. Era una mujer poderosa y a la que no le temía, solo esperaba respeto de su parte para cuando fuesen esposos. Él le daría todo lo que estuviese a su alcance, ya que Charles quería ver cómo evolucionaba después de una etapa de iluminación al enfrentar a uno de sus demonios de toda la vida: el señor Damon. Ese fue un punto de quiebre importante con su pasado y lo hacía ver el futuro de manera distinta: con esperanza y posibilidades casi infinitas. Si no hubiese conocido a Daisy, seguiría siendo el hombre grosero que se escudaba en la educación rígida y los prejuicios sociales, algo que siempre fue alentado por su antiguo preceptor y su madre. Al despertar la enfrentaría y vencería a su último punto débil que era esa víbora.

Durmió un par de horas y despertó antes de la cena. Steve entró a la habitación viéndose cansado.

—Milord, esa mujer lleva metida aquí al menos tres días porque estaba esperando saber qué tenía que decir sobre su compromiso con lady Daisy Preston. También ha venido su amigo Mark.

—Sabía que los chismes corrían más rápido que el agua de río. ¿Puedes decirme a grandes rasgos lo que se rumorea?

—Dicen que usted sedujo a una joven de familia y que golpeó al sirviente de la duquesa. Le ha llegado una carta del consejero del Su Majestad, milord. Espero que no sean malas noticias para su posición.

—Y yo espero que sean las peores noticias, la deseo.

—Pero...

—No significa nada para mí, Steve. Ese cargo es el sueño de otro, de un muerto y no quiero seguir con esto. Deseo que mi vida sea mía y no lo conseguiré siguiendo el camino que otros han trazado para mí.

Steve se mostró comprensivo con esas palabras y sintió alivio. Ya no lo oiría quejarse por algo que no le gustaba la mayor parte del tiempo.

—Está diferente, milord. Hasta sus ojos tienen un brillo distinto en ellos. Este viaje lo ha cambiado.

—No fue el viaje, fue Daisy. La mujer que dije que era torpe e inapropiada. Ahora es mi prometida. Debí quedarme callado y no decir tantas cosas ofensivas hacia ella.

—¿Tiene sentimientos por ella?

—No lo sé. Solo sé que a su lado me siento en paz y felicidad como no lo he sentido antes. Ella me mostró la verdadera libertad, Steve. Me enseñó el mundo a través de sus ojos y abrió los míos en el camino. No fue fácil, no lo es. Todavía lucho con todos mis demonios maliciosos. Han sido muchos años de vivir como me inculcaron, protegiéndome del dolor, desconfiando y siendo frío.

—Usted ha cambiado por completo, solo ver a su madre resulta ser el inconveniente. Es una verdadera víbora que me ha tenido trabajando como si fuese un esclavo. Ni siquiera paga mi salario, pero no se lo pude decir por respeto a usted.

—Se lo hubieses dicho acompañado por una patada en la espalda para echarla. ¿Todavía sigue ahí?

—Sí, está enroscada en el salón con un montón de bordados. Vino preparada para quedarse mucho tiempo.

—Pues es buen momento para acortarle sus objetivos.

El sirviente lo vistió para que Charles pudiese bajar. No se serviría la cena hasta que ella se fuera porque no estaba dispuesto a compartir ni siquiera un plato de comida, para eso tenía su pensión.

—Por fin te dignas a venir hasta aquí, Charles —masculló su madre con desaprobación.

—Si ya sabe lo que ocurre, no veo la razón por la que usted tenga que estar aquí. Me casaré y es lo que importa.

—¿Quién es esa mujer?

—Es la hija del letrado Preston. Una familia influyente, con conexiones interesantes. ¿Algo más?

—¿La hija de un letrado? ¿Es todo lo que pudiste conseguir?

—Conseguí a una mujer hermosa, inteligente y rica.

—Tonterías estúpidas, Charles. Tú debes casarte con la hija de algún político importante de la cámara de Lores. No puedes alejarte de ese mundo.

Él rio sin humor.

—Y no sabe lo que viene: renunciaré a mi puesto, me pondré a pintar, a leer y a cabalgar como cualquier otro noble.

# Capítulo 28

—¡Tu padre y yo no aprobamos algo semejante!

—Un muerto ya no aprueba. Es tiempo de que yo haga mi vida y usted se haga a un lado. No tiene voz ni voto y próximamente tampoco tendrá un techo sobre su cabeza si sigue hincándome el tridente. He tenido suficiente compasión para alguien que nunca la tuvo conmigo.

—No puedes deshacerte de tu madre, querido. No apruebo a tu prometida y te ordeno que la dejes.

—A la única que dejaré es a usted. No tienes poder sobre mí. ¿Sabes qué pasó con el señor Damon? Murió como vivió: intensamente, quizá fue un poco doloroso ser arrastrado por caballos. La justicia llega tarde, pero llega. Si no quiere terminar así es mejor que se haga a un lado.

—El señor Damon dedicó sus mejores años a educarte como debías y fue lo mejor. Ahora resulta que no lo agradeces y que reniegas de lo que se te dio.

—Nunca quise educación, quise que mis padres me quisieran, se preocuparan y me curaran, pero estaban tan inmersos en sus patrañas que me olvidaron en un rincón, dejando que este hombre hiciera cosas impensables para un niño.

—Nunca te quise y para lo único que sirves es para que no quede desamparada. Te di lo que necesitabas para vivir y eso es más de lo que debería. Solo tu padre te quería, pero para sus fines. Tú no existes, Charles, eres el resultado de lo que tu padre deseaba.

—No, ya no soy ese niño, adolescente y joven al que torturaron y olvidaron. Soy un hombre y no te quiero en mi vida. Te mantenía bajo mi techo porque quería quedar bien con Su Majestad, pero ya no tengo razones para hacerlo porque dejaré todo para dedicarme a lo que me robaron durante toda mi vida. ¿Recuerda que tenemos una hermosa cabaña en Durham? Ahí es donde terminará sus días con lo básico para comer y vivir.

—¡No puedes hacer eso, Charles!

—Por supuesto que puedo y lo haré. Se acabó su reinado, madre. Abusó de su buena fortuna y se le terminó.

—Te arrepentirás, Charles. Estás cometiendo un error al no continuar con el legado de tu padre.

—Y con el suyo. Ningún hijo mío jamás sufrirá todo lo que yo sufrí por culpa de ustedes. No merecieron tenerme, y es un alivio que no tuvieran descendencia aparte de mí. Ah, y otro punto importante: jamás se acercará a mis vástagos. No crecerán cerca de alguien que es capaz de dejarlos morir. Despídase de su sueño de torturar niños por objetivos ajenos. Lárguese.

—No me iré hasta que recapacites. Tendré que mover mis piezas e influencia si hace falta para poder cambiar lo que quieres hacer.

—La influencia solo funciona cuando hay algo que perder y a mí no me importa perder mi cargo. Ahora váyase o la sacaré a la fuerza.

—No te atreverías a tocar a tu madre. Me debes todo lo que eres, Charles.

—Sí, gracias a todos soy un monstruo en lugar de un ser humano común. ¡Steve! —llamó a su sirviente. Una vez que este se

presentó le hizo un gesto con la cabeza—. Abre la puerta, sacaré lo que no necesito de esta casa.

De inmediato, Charles cogió a su madre del antebrazo y la arrastró hasta fuera en donde la empujó. Cerró la puerta de golpe y respiró como un toro.

—Qué mujer tan exasperante. ¿Crees que debí sentir compasión?

—No puede forzar algo que no siente. Además, no lo merece. Esto nos da alegría.

—Pide a un lacayo que vaya a por mi amigo, él estará feliz por mí. Desde hoy solo me rodearé de personas que quieran mi bienestar.

—Por supuesto, milord. Lord Milltown estará feliz al tener la premisa sobre lo que ocurrió.

Lord Mulgrave esperó una hora a que su amigo apareciera. Aquel lo hizo con una botella de whisky de excelente calidad. Aquel siempre sabía hacer buenos festejos.

—¡Demonios! Sabía que te casarías con esa mujer. Por cómo la negabas solo decía que estabas desesperado por ella.

—Nunca dije que estuviese interesado.

—No lo dijiste, pero era evidente. Lo noté desde que empezaste a hablar mal de ella, pero lo que importa es que la tienes. ¿Cómo se lo tomó tu madre?

—Como puede tomarlo cualquier persona egoísta que ha perdido su fuente de diversión y de dinero: mal.

—Ella quería que te casaras, ¿qué ocurrió?

—Quería que lo hiciera, pero con una mujer que ella deseara, con la hija de alguno de los políticos de la cámara de Lores. Quiso controlar hasta en donde tendré a mis hijos. Nunca lo hubiese permitido y creía que yo haría lo que ella deseaba. Me hace reír tanta incredulidad de su parte. Ni siquiera estaba cerca de lograr su objetivo de que le diese a mis hijos en el futuro. Ahora logré que comenzara a tener miedo. La enviaré a Durham y contrataré a una dama de compañía que le haga tanto daño como el que me hicieron a mí.

—¡Debemos brindar por esa idea! —estalló su amigo, sonriente —. Esa bruja por fin tendrá su merecido y espero que sufra mucho.

—¡Salud por eso, mi buen amigo!

Los dos tomaron demasiado esa noche. Acabaron la botella de buen whisky que había llevado Mark. Se divirtieron pensando en las muchas formas que existían para que a la condesa viuda le cayeran un par de maldiciones por haber sido una mala persona. Charles no se animaba a darle el mismo destino que al señor Damon, no porque no quisiera, sino que podría meterse en un lío y no quería ensuciarse las manos por alguien que no valía la pena.

***

Días después, se publicó sobre el compromiso de Daisy y Charles. También se enviaron las invitaciones para la fiesta en la que serían presentados oficialmente como prometidos.

Martha envió una de ellas a la madre de Charles, pese a que este había comunicado que estaba un poco reacia a la idea del matrimonio, pero que la invitaran por convencionalismos, para no quedar mal ante la sociedad.

La noche de la cena, Charles se veía distinto, todos lo notaban diferente, parecía no tener un peso en los hombros y hasta lo notaron sonreír más, no sabían si era por encajar, pero lo estaba haciendo bien.

—Se me está acabando la sonrisa social —habló Charles que se aflojó el pañuelo lazado en compañía de Daisy. Ambos estaban en la entrada recibiendo a los invitados.

—Es evidente. Estoy viendo al viejo lord Mulgrave asomándose. Esa mirada turbia, los dientes apretados y el ceño fruncido. Oh, un verdadero hombre encantador... —dijo cogiéndole el brazo con cariño.

—No me toques tanto, hablarán de nosotros...

—Está bien, no quiero que comience a ladrar porque le da miedo el contacto —replicó sonriente.

El conde de Mulgrave se mantenía de pie con su seriedad habitual, aunque con un rostro menos desaprobador, hasta que vio a su madre llegar hasta la puerta y dar sus primeros pasos hacia ella.

—Es ella —anunció Charles haciendo un gesto hacia la entrada.

La joven estudió a su futura suegra y entendía que la sangre no era agua.

—Dios bendigo. Esto explica muchas cosas, en especial, la expresión de tu rostro, mi querido prometido.

—Mantén la guardia alta, estoy seguro de que intentará alguna barbaridad como es su costumbre.

—No puede hacer mucho, si se dirige a mí le daré el disgusto de conocerme.

La condesa viuda observó a la joven y, pese a que no desaprobó su belleza, no era lo que esperaba para que su hijo siguiera el camino impuesto.

—Charles... —musitó ignorando a Daisy con intención.

—Ella es mi prometida, milady —indicó a su madre.

Como buena niña educada, Daisy hizo una reverencia para la mujer y le sonrió como si no conociera los antecedentes de esa arpía.

—Es un placer conocerla, milady —pronunció Daisy con amabilidad y tono dulce.

—Para mí no lo es. Por eso, he venido a dejar claro que Charles no se casará con usted ni con cualquier otra hija de alguien de poca monta.

Los que estaban a su alrededor oyeron las voces que se alzaban y comenzaron a observar hacia ellos.

—Si no está dispuesta a guardar la compostura, no me culpe cuando las consecuencias sean inminentes. No se atreva a desafiar mi autoridad. Si mi prometida desea, usted pasará esta puerta, pero si ella se niega, tendrá que irse en el más absoluto silencio.

—Nadie dirá si debo o no permanecer en un sitio, soy quien hace las reglas. Soy la condesa de Mulgrave.

—Disculpe la intromisión, milady, pero la que deberá llevar el título soy yo y usted solo abusa de su cortesía. Ya no es la condesa, yo lo seré y todo lo que una vez creyó suyo, será mío. Me gustaría tener una relación tranquila con usted, pero si se niega, nos

veremos obligados a enviarla a algún lugar lejano en donde no pueda hacer daño a nadie.

—¡Corrige a esta mujercita, Charles! —espetó la condesa viuda.

—La única a la que corregiré será a usted, madre. Daisy puede hacer lo que desee, será mi esposa y eso la faculta a hacer lo desea y si eso incluye arrojarla a un río de fuego, que así sea.

—Considero que es inútil cuidar los convencionalismos sociales con usted, milady. Si quiere permanecer en Londres o al menos cerca de sus amistades y su círculo. Las cosas van a cambiar —advirtió Daisy.

La mujer miró a su alrededor notando que sus conocidos la observaban con curiosidad en medio de aquella discusión. Ella alzó la barbilla y pasó de largo.

El conde sonrió y asintió hacia Daisy. Estaban salvados y no tendrían más escándalos después de eso. A su madre no le gustaba perder su estatus y sabía que, sin su apoyo, podría considerarse una mujer sin poder y recursos. Nadie la tomaría en cuenta. La vida daba muchas vueltas y a él le había demostrado que todo podía cambiar con solo conocer a la persona correcta y decidir ser libre.

# Final

*Dos meses después...*

Charles verificaba los últimos detalles en su casa. Su madre había sido removida de su lugar para ser colocada en la residencia que antes ocupó el conde. Como hombre que se casaba al día siguiente, no podía vivir en otro lugar que no fuera la residencia oficial de su título.

Renovó la habitación de su madre y la que fue suya para cambiar todos los muebles y cortinas y pintar las paredes. Después, Daisy se ocuparía de convertir esa curva oscura en algo distinto.

Ella se presentó en la casa con sus padres y hermanas para conocer el lugar y llevar sus pertenencias para apoderarse de la residencia.

—Esto se ve un poco tenebroso —comentó Camilla que se abrazó a sí misma.

—Creo que es cuestión de abrir las ventanas para que entre luz. Los muebles son bonitos, pero la energía es extraña —replicó Iris que observaba todo buscando una explicación racional para cualquier cosa.

—Estoy seguro de que es el espíritu de mi padre, retorciéndose porque renuncié a ser el primer lord del Almirantazgo —alegó Charles que las invitó a recorrer con un gesto de la mano—. Steve, sube los baúles de milady y haz que la doncella que le asigné comience a colocar sus cosas.

—Tendrás una doncella propia, Daisy —habló Primrose, sonriente, porque su madre solo tenía una doncella que las ayudaba

a todas y después se ayudaban entre ellas. Siempre dijo que eso serviría para unirlas más que teniendo una doncella cada una.

—Sí, tendré una. No tendré a ninguna hermana para que me ayude a trenzar mi cabello o apretar mi corsé... —comentó con un poco de tristeza en sus palabras. Daisy sabía que llegó el momento de dejar su nido de familia para formar el propio junto a Charles.

Ella sintió la mano de él en su cintura y sonrió. Con él la vida era suficiente. Seguía siendo arrogante en ocasiones y un poco áspero, pero cuando se disponía a ser encantador, verdaderamente lo era.

—Deberíamos recorrer la casa... —dijo John. Él suponía que esa casa era más grande que la suya.

—Serán solo dos en esta residencia tan grande. Espero que pronto comiencen a llenar la casa con niños. No hay nada mejor que una familia numerosa —comentó Martha con una sonrisa—. ¿Y la condesa?

—Mi madre ha preferido no vivir con nosotros... —mintió Charles con naturalidad—. Como saben, es una mujer un poco avispada y por eso quiso dejarnos un poco de espacio para no entorpecer nuestro matrimonio.

—Eso es lo mejor. No es bueno que la suegra viva bajo el mismo techo. No pueden vivir dos serpientes en el mismo lugar, terminarán devorándose —reconoció John que comenzó dando pasos por la planta baja para conocerla mejor. Su esposa y sus demás hijas lo siguieron, aunque Iris se detuvo para correr las cortinas y desalentar la oscuridad que reinaba en esa vivienda.

—Solo queda un día para venir aquí... —dijo Daisy que hizo un gesto con la mano para referirse a la casa.

—Sí, estos serán tus dominios. Apenas cumplamos el primer mes y nos iremos a recorrer todas las propiedades que poseo. Quiero que en todas se note que está la mano de la nueva condesa. Que todo el mal se borre de esas paredes para siempre.

—Así será... —Ella miró a los costados y se colgó del cuello de Charles para besarlo un poco, puesto que no tenía permitido hacerlo en su residencia. Era difícil besar a su prometido. Cualquiera pensaría que tenían más libertades, mas eso estaba lejos de ser verdad.

Él correspondió a su beso y después sonrió antes de susurrar sobre sus labios:

—No veo la hora de empezar a vivir de verdad... Te amo, Daisy...

—Y yo a ti, Charles...

Tuvieron que alejarse al oír pasos. Era Steve que regresaba de la calle con algo en la mano y no era parte de lo que Daisy llevaba a su nueva morada.

—Lord Mulgrave, ha llegado esto para usted. Viene desde Yorkshire...

El conde frunció el ceño. No sabía quién podría enviarle algo desde ahí. El sirviente le entregó un papel que venía con el presente.

—Es el sello del duque de Pemberton —reconoció Daisy al observar eso con curiosidad.

—Veremos qué dice.

Estimado lord Mulgrave.

En vista de que no podré asistir a su matrimonio por la distancia que nos separa y otros compromisos que he tenido, le envío un presente que he guardado para usted desde hace un tiempo.

Es más valioso que un carruaje, una joya, una propiedad y el oro. Solo usted sabrá su valor al contemplarlo. Le pido discreción al momento de sacarle la tela que lleva. Puede parecer insensible para otros, pero para nosotros, es una muestra de libertad.

Mis felicitaciones por las nupcias.

Alexander Pemberton.

—¿Qué puede contener esa tela? —curioseó Daisy.

—Vayamos a mi despacho, síguenos, Steve.

Los tres fueron hasta ahí y el sirviente colocó lo que parecía un frasco sobre el escritorio. Desató la tela y el contenido hizo que Daisy se llevara una mano a la boca, pero que Charles sonriera con facilidad. Una mano estaba dentro del líquido que contenía el vidrio.

—Reconozco ese anillo... —contó al verlo con detenimiento—. Este es el mejor obsequio que cualquiera pudo haber recibido.

—¿De quién es esa mano? —interrogó Daisy, impresionada.

—Del señor Damon. Este es el verdadero símbolo de libertad.

La joven observó aquello que regocijaba a su prometido y de corazón esperaba que el duque de Pemberton se mantuviese lejos. Suponía que Primrose estaría bien en la casa de su tía en Yorkshire cuando fuese a visitarla antes de la próxima temporada. Era un condado grande, confiaba en que nunca se cruzarían.

# Continúa con la serie Hijas de la desgracia

## **Y llegué a ti**

Lady Primrose Lowther, solo espera casarse con el amor de su vida y está confiada en que lo encontrará en un salón de baile, aunque a veces los planes no salen como se espera y más en un condado lejano.

Alexander Pemberton, duque de Pemberton, se alejó de todo lo que era el mundo de la aristocracia empujado por una gran decepción amorosa. Prometió no volver a caer y por eso prefiere a los caballos que a las mujeres. Sin embargo, una criatura sucia y cubierta de lodo lo hará cuestionar su determinación.

¿Podrá mantenerse firme y evitar a las damas o caerá con una joven que está empeñada en conseguir su corazón?

# Si te gusta el romance contemporáneo, podría gustarte…




Disponible en Amazon.

*«Gloria se sonrojó con rapidez. No podía creer que su jefecito se sintiera atraído por ella. Era increíble, porque no podía creer que al menos en algo era correspondida.*

*—Mmm... Señor...*

*—Henry —la corrigió. Él estaba en el momento más importante de su coqueteo.*

*—Sí, sí, Henry... No sé qué decir.*

*—El sonrojo dice que quizá yo también te gusto, Gloria. Para mí no es fácil admitir que me gusta mi secretaria, en verdad es... complicado.*

*—Muy complicado. Yo creo que es mejor que...*

*Henry no pensaba perder a la presa que había caído en sus garras. Abandonó la ventana y fue hacia ella para rodearla. Con discreción, pegó su mano a la de Gloria y apretó sus dedos con delicadeza.»*

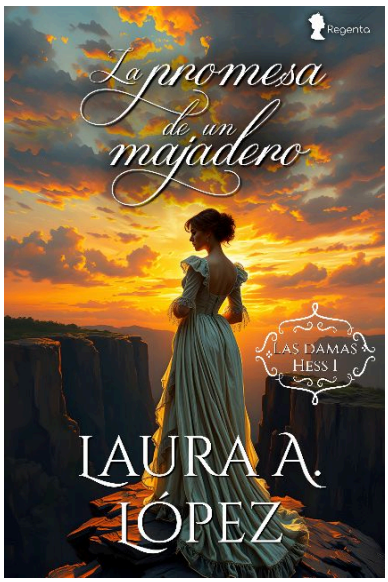



***Susan Culligan,*** *una universitaria curiosa, amante de su país, ve con buenos ojos el matrimonio de uno de los príncipes de Westland, tanto, que decide asistir a la boda de cualquier manera, colándose entre los invitados.*

*Una vez dentro de la ceremonia religiosa, corrió con la mala fortuna de parecerle agraciada a* ***Arlan Wilburg-Berger, duque de Coast****, comenzando su gran sueño de cenicienta aquel día.*

*No te pierdas esta novela que te divertirá.*

# Si te gustó No me convencerás, podría gustarte…




***Lady Mildred Hess***, pensaba que el amor de su vida pronto regresaría para casarse con ella; sin embargo, con un desahucio para abandonar la propiedad familiar después de la muerte de su padre, su vida ya no se tratará de esperar, sino de actuar por el bien de sus hermanas.

***Daniel Cooper, conde de Cholmondeley***, nuevo dueño de Autum Hall, quería tomar posesión de aquel lugar para dedicarlo a ser una residencia solariega para sus diversiones de libertino; no obstante, la aparición de una de sus residentes lo lleva a hacer una promesa a cambio del sacrificio de la joven.

¿Mildred esperará por una ilusión o terminará cediendo ante sus deseos prohibidos por Daniel?

*«—¡Milord, no puedo creerlo! —exclamó con una sonrisa que iluminaba su rostro por completo.*

*Daniel dejó que Mildred siguiera festejando su logro. Era tan hermosa cuando sonreía de forma genuina, aunque ella tendría que saber que su generosidad traía consigo condiciones.*

*—Debes creerlo. Con eso tu familia recuperará su brío y hasta tendrán un protector como yo… —Él se idolatraba para que ella se sintiera aún más en deuda con ella.*

*—Es más de lo que esperaba. No sé la razón por la que decían que era alguien tan malvado, cuando es obvio que no lo es del todo.*

*—Las personas tienen razón en algunas cosas, Mildred, y lo sabrás ahora. Lo que te otorgo será bajo mis condiciones. Si quieres ver bien a tu familia, te prometo que jamás les faltará nada y será gracias a ti…*

*—¿Condiciones? ¿Qué condiciones? —Esas preguntas que hizo le daban temor. La generosidad no parecía ser el fuerte del lord Cholmondeley.»*

# Biografía

Mi nombre es Laura Adriana López, soy de nacionalidad paraguaya, nacida el 05 de Julio de 1988, estoy casada y tengo una hija. Estudié Ciencias contables y Auditoria en la Universidad Americana.

Desde el año 2016 me encuentro escribiendo lo que realmente me apasiona, que son las novelas de romance de época, ambientadas en la época victoriana, regencia, etc.

También he escrito novelas contemporáneas, pero más ambientadas antes de la revolución tecnológica que tenemos actualmente, pues tengo la creencia de que la tecnología ha entorpecido de cierta forma las relaciones sociales, y más aún el romance. Es una razón, porque más me agrada soñar con un romance a la antigua.

En el 2018, empecé a publicar de manera seria, con dos editoriales. Selecta, que es del grupo Penguin Random House y que se dedica a publicar novelas románticas en digital, y con la editorial Vestales de Argentina. Con Selecta he publicado, seis títulos de una saga, comenzando por: *Rescatando tu alma perdida, Belleza y Venganza, Amor y dolor, Entre las sombras, Obligándote a amar y Te deseo para mí*; todas de romance histórico esta editorial es la que me abrió las puertas para que la gente me conociera. En el 2019 se publicaron una novela contemporánea de nombre *Un romance real,* y otra para novela histórica: *Tan perversa como inocente*. En 2020 salió a la venta *Desavenencias del amor.* **Todos los derechos han sido recuperados en el año 2025.**

Con la Editorial Vestales de Argentina, tengo publicado en físico y digital las obras de nombres: *Una perfecta señorita, La ventana de los amantes y Mi amada señorita Angel.*

También he incursionado en la auto publicación en Amazon, con*: Los mandatos de Rey*, que es un cuento corto y *Una dama infortunada*. Otros títulos: *Corazón de invierno, Una heredera obstinada, Una beldad indomable, La esquiva señorita Millford, Las peripecias de los amantes, Nuestro tiempo perfecto, La dama de Sandbeck Park, Las oscuras intenciones de lord Coventry, El amante de Londres, Anhelos de primavera, Una candidata inadecuada, El silencio de los amantes, Amantes en la eternidad, Amantes en guerra, La prometida desconocida, Enamorar a un lord inglés, La acompañante del marqués, El candidato perfecto, La joven matrona, La herencia del duque de Gloucester, El esposo ausente, Una forajida cautivadora, El preceptor, La justicia de un canalla, El domador, La nueva esposa, Una solución para lord Nottingham, El prometido despreciado, Un beso irreverente, El querido enemigo, Un compromiso accidentado, Un caballero misterioso, Un seductor afortunado, Una diablesa enamorada, Su encanto inglés,*

*Una elección peligrosa, Una casadera incorregible, Una decisión imperturbable, Mi inocente secretaria, Una situación escandalosa, Un duque codiciado, La dama adecuada, El último soltero, La promesa de un majadero, El amor de un granuja, Las dotes de un calavera, Las argucias de un sinvergüenza, Los juegos de un disoluto, Cuando el amor llega tarde, No me convencerás y Un lord insufrible.*

Me manejo también con el alias de Leah Heart, donde publiqué: *Mi gran sueño londinense, Nuestro tiempo perfecto y The elusive miss Millford*, la traducción en inglés de la novela corta *La esquiva señorita Millford*.